ESA MINA LLEVABA MI NOMBRE

NO ACEPTE SU VENTA
Distribución gratuita
NO ACEPTE SU VENTA

Centro Nacional de Memoria Histórica

ESA MINA LLEVABA MI NOMBRE

Centro Nacional de Memoria Histórica

ESA MINA LLEVABA MI NOMBRE

Diana Durán Núñez
Relatora

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

Gonzalo Sánchez Gómez
Director General

Camila Medina Arbeláez
Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica

Jorge Iván Posada Duque
Adriana Correa Mazuera
Grupo de Comunicaciones

EMBAJADA DE SUIZA EN COLOMBIA

Esta publicación fue posible gracias al apoyo de la Embajada de Suiza en Colombia. Los contenidos son responsabilidad de sus autores y no necesariamente reflejan la opinión de esta entidad.

ESA MINA LLEVABA MI NOMBRE

ISBN:

Primera edición: septiembre de 2016

Número de páginas: 240
Formato: 15 x 23 cm

Coordinación editorial:
Tatiana Peláez Acevedo

Edición:
Jorge Iván Posada Duque

Corrección de estilo:
Martha J. Espejo Barrios

Diseño y diagramación:
Andrea Leal Villarreal

Fotografías:
Portada: ©María Paula Durán
Internas: ©César Romero, María Paula Durán, Maria Luisa Moreno, Diana Durán..

Impresión:
Panamericana Formas e Impresos

© Centro Nacional de Memoria Histórica
Carrera 6 N° 35 – 29
PBX: (571) 796 5060
comunicaciones@centrodememoriahistorica.gov.co
www.centrodememoriahistorica.gov.co
Bogotá D.C. – Colombia

Impreso en Colombia. *Printed in Colombia*
Queda hecho el depósito legal.

Cómo citar:
Centro Nacional de Memoria Histórica (2016*), Esa mina llevaba mi nombre*, CNMH, Bogotá.

Este documento es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente y/o en cualquier caso, se disponga la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica como titular de los derechos patrimoniales de esta publicación.

Para quienes aprendimos a vivir
con heridas en el cuerpo o en el alma.

Para quienes queremos que no haya
más guerra que hiera.

CONTENIDO

PREFACIO 8

AGRADECIMIENTOS DE LA RELATORA 16

INTRODUCCIÓN 18

"FUE MI CULPA, FUE MI CULPA" 24

LA MINA QUE CAMBIÓ EL COLOR DE UNOS OJOS 46

EL SOLDADO QUE SOBREVIVIÓ UNA, DOS, TRES VECES 74

EL HOMBRE QUE SIN MANOS DISPARA 88

EL MIEDO DE ENTERRAR A UN MUERTO AJENO 108

RELATO DE UN CABO QUE LE RUEGA A DIOS NO TENER QUE MATAR A NADIE 128

EL SOLDADO PERFECTO 150

PISTORIUS, DAME UNA PIERNA 166

"¡VE, ESTE NO TIENE PATAS!" 192

MANUEL, EL CANGREJO 218

PREFACIO

En Colombia la paz aparece como un horizonte cada vez más alcanzable a medida que avanzan los puntos acordados con las FARC y se inician conversaciones con el ELN. No obstante, el tránsito de **sociedad dividida a comunidad política reconciliada** exige, además de la firma de unos acuerdos, aprendizajes particulares que nos permitan un **buen vivir juntos** y un trabajo de construcción de **memoria histórica integradora** enmarcados en los principios de justicia transicional contemporáneos.

Frente a este horizonte, el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) reconoce que en muchos procesos de justicia transicional experimentados en otros países, los caminos adoptados hacia el esclarecimiento y la reparación integral no integraron las voces y experiencias de todas las víctimas y actores del conflicto armado en la producción de los relatos del pasado conflictivo. Quizás por esta razón, los resultados de estos esfuerzos se convirtieron en objetos de profundas disputas y prolongaron y en algunos casos ahondaron la división social y política producto de la guerra.

El CNMH es consciente de que en un contexto como el colombiano, producto de más de cincuenta años de conflicto armado interno, los procesos de construcción de memoria histórica pueden auspiciar el surgimiento de memorias **fragmentadas**, cada una de espalda entre sí o en franca guerra con las otras. En una espiral de producciones y contra-

producciones de memoria, el país puede terminar, a la vuelta de algunos años, con versiones de lo acontecido **no solo distintas sino que se niegan a hablar entre sí y que profundizan la división y la desconfianza**.

Frente a este peligro el CNMH viene promoviendo un proceso de construcción de memoria histórica con distintos actores y en particular con la Fuerza Pública que resulte, no en una memoria histórica homogénea y unificadora, pero sí en una **memoria histórica integradora, compleja, plural e irrigada de tensiones y conflictos que se viven como legítimos**. Tanto el proceso mismo de construcción de esa memoria como sus resultados se orientan a despolarizar el escenario político y a propiciar la tramitación democrática de las diferencias, además de contribuir al esclarecimiento de los hechos, al reconocimiento de responsabilidades y a la dignificación de todas las víctimas.

Avanzar en la construcción de una memoria histórica integradora que incluye la voz de la Fuerza Pública, exige, como bien lo afirma un colega, "definir el enfrentamiento armado como superable y, por lo tanto, como no llegado al extremo de pensar su final, únicamente, en el aniquilamiento del enemigo. Participar en una negociación, así sea con mucha desconfianza, es retirarse de los extremos" (Relatoría # 5, mayo 28 y 29 de 2015, Seminario Internacional "El Sector Seguridad: Esclarecimiento

y Memorias para la Paz", Bogotá). Pero, ¿cómo hacer para que la memoria histórica, en sus dos acepciones de dignificación de las víctimas y esclarecimiento histórico[1] contribuya a que quienes apoyan y libran la guerra se "retiren de los extremos"? ¿Cómo contribuir a transformar el campo de la memoria histórica visto por algunos sectores como extensión de la guerra, en un escenario de deliberación democrática donde los antiguos enemigos se asuman y descubran como adversarios legítimos? ¿Cómo hacer para que la memoria histórica, en lugar de ahondar la división y la animadversión, propicie el encuentro y el reconocimiento entre los colombianos y las colombianas?

Para propiciar una memoria histórica integradora el CNMH propone, entre otras, un paso orientado a desarrollar una escucha activa y dignificante de **todas** las víctimas, sean ellas víctimas de presuntos integrantes de las organizaciones paramilitares, guerrilleras o agentes de la Fuerza Pública, o sean ellas combatientes victimizadas en eventos y prácticas que infringen las normas del DIH. Esta escucha, **abierta, integral y comprometida**, nos arroja historias de sufrimiento que la mayoría de colombianos y colombianas no hemos estado dispuestos a escuchar, y permite construir vínculos y tender puentes con quienes han sufrido la guerra, desde el reconocimiento de su humanidad.

1 El esclarecimiento, en un proceso de justicia transicional, implica el establecimiento, a través de procesos rigurosos, de un conjunto de hechos inobjetables y a la vez el reconocimiento de responsabilidades por parte de los presuntos responsables.

Además de los testimonios de las víctimas, las memorias de los sufrimientos cotidianos y los traumas padecidos por los combatientes de la Fuerza Pública víctimas por infracciones al DIH son potencialmente pedagógicas. Permiten que quienes no hemos sufrido los rigores de la guerra podamos captar y comprender con mayor profundidad y finura el mosaico de desgarramientos que ella produce. Por esta razón, el CNMH se comprometió con ejercicios de memoria dignificantes para agentes de la Fuerza Pública que han sido víctimas de minas antipersonal, en una clara infracción al DIH.

En las memorias de los integrantes de la Fuerza Pública víctimas de infracciones al DIH, reside un potencial para que instituciones y sociedad reconozcan que existen **prácticas injustificables** que deshumanizan a las víctimas pero también a los perpetradores y a los testigos, y que degradan y hieren el tejido de la convivialidad que supuestamente rige entre ciudadanos y ciudadanas. La curaduría incluyente de estas voces, ya sea en un gran archivo de derechos humanos, en los muros de un museo o en iniciativas de memoria, nos permite empatizar con **todas** las víctimas, humanizar a los combatientes-víctimas y captar e incorporar el horror de la guerra en su crudeza y múltiples dimensiones para, desde ese lugar de empatía y escucha activa, comprometernos con su no repetición.

A partir de las voces de las víctimas y las memorias cotidianas de ellas, personas de distintas procedencias

políticas, ideológicas, sociales y culturales podemos sintonizarnos con las experiencias de los otros y construir un espacio que podríamos llamar pre-político en el que nos descubrimos como comunidad-en-nuestra-humanidad. La posibilidad de ser-con-los-otros puede emerger entonces de un terreno de "paridad emocional" en el que descubrimos las **similitudes** en las experiencias de sufrimiento de las distintas víctimas a la vez que acogemos las memorias humanizantes de los agentes de la Fuerza Pública. Un proyecto así no inicia la travesía por la memoria histórica por el reconocimiento de las diferencias políticas, sino desde una primera mirada humanitaria que acoja, valide y dignifique el sufrimiento de todas las víctimas, **sin preferencias**[2].

Es, además, en la escucha empática de los testimonios de todas las víctimas que los colombianos y las colombianas podemos apreciarnos como **una comunidad de destino**, fundamento indispensable para que los antiguos enemigos se traten y acojan como semejantes y entonces sí, por fin, diriman sus conflictos y sus antagonismos como adversarios legítimos.

Este libro recoge diez crónicas de soldados profesionales, oficiales y suboficiales del Ejército Nacional de Colombia víctimas de minas

2 Un proyecto así es cercano a los relatos basados en innumerables testimonios de mujeres combatientes del ejército soviético durante la II Guerra Mundial y escritos por la premio nobel de literatura 2015, Svetlana Aleksiévich, en su libro L*a guerra no tiene rostro de mujer.*

antipersonal y de algunos de sus familiares, ocho de estas personas participaron en talleres de memoria realizados por el CNMH en 2015. El conjunto de crónicas evidencia, a partir de relatos íntimos y personales, memorias de sus trayectorias de vida y memorias sobre los caminos que han dibujado sus vidas luego de sobrevivir a los eventos, incluso desde el duelo. Son relatos que, no obstante, construyen una memoria colectiva acerca de los efectos corporales, sociales, sicológicos y familiares de esta modalidad de violencia, de las distintas afectaciones y de las regiones y lugares donde ocurrieron los hechos. Transmiten, además, las maneras como estas personas han asumido, enfrentado, luchado y resistido lo sucedido, y los efectos de lo que aún sucede, sin que desaparezcan las huellas físicas, emocionales y mentales que en sus voces reafirman el sentido plural de las memorias de las víctimas del conflicto armado en Colombia.

María Emma Wills Obregón
Centro Nacional de Memoria Histórica

AGRADECIMIENTOS DE LA RELATORA

A las personas que me entregaron sus historias para este libro, por su tiempo, su generosidad, su paciencia y por abrirme su corazón para mostrarme la fuerza con que enfrentan a los fantasmas que allí habitan.

Al Centro Nacional de Memoria Histórica, por haberme invitado a hacer parte de este proyecto de hacer memoria a través del periodismo.

A la Embajada de Suiza, por haber aportado los recursos para hacer de esta iniciativa una realidad.

A la Escuela Superior de Guerra y el Comando Estratégico de Transición, por la colaboración y la disposición.

A la Misión de Apoyo al Proceso de Paz de la Organización de Estados Americanos, por su respaldo al proyecto.

A Jorge Cardona y Daniella Sánchez, por haberse tomado el tiempo de guiarme en la edición de los textos. Su trabajo fue valiosísimo.

A Gynna Ariza, María José Medellín, Jaime Flórez y Jorge Posada, por la ayuda y las sugerencias.

A Cami, con quien todos los días crezco. Gracias por esos 8 años de paciencia que nos abrieron las puertas para este mundo fantástico.

A mi familia. A mi padre Miguel; a mis hermanos Ana María, Miguel y Manuel; a mi abuela Albita. Su amor es mi hogar.

A mi mamá, que aunque se fue nunca ha dejado de estar.

INTRODUCCIÓN

A ella, Ana María, una zona minada la hizo viuda con apenas veintisiete años. A F, C, S, Eduardo, Manuel, José Gregorio, Juan David, L. D. y William, una mina antipersonal los expulsó de la vida que conocían. A casi todos los despojó de sus camuflados y los obligó a enfrentarse con un universo paralelo por el que algunos, incluso, sienten miedo: la vida civil. "¿Qué me voy a hacer a la civil si yo solo sé de armas?", me decía un suboficial en una de las entrevistas. "*Allá yo hablaba con mis compañeros, recochaba con ellos. Acá no sé cómo llegarle a la gente, no entienden mis chistes*", expresaba, con desconsuelo, otro de los militares que quiso contar su testimonio.

A todas las personas que entrevisté para este libro una mina los dejó heridos por fuera o por dentro; las suyas son historias que hablan del dolor, pero también de la resiliencia que nace cuando se enfrentan situaciones extremas. Este proyecto surge de la idea de contar ese dolor; de mostrar qué significa para un ser humano, que es militar, volverse víctima del conflicto. En este caso, se trata de víctimas de la guerrilla: son estos grupos en específico, Farc y Eln, los que se han dedicado en las últimas décadas a plagar el territorio colombiano de esta pésima idea, con este medio ilícito de guerra. No existe documentación que pruebe que los grupos paramilitares usaron minas también. Los paramilitares fueron tan fundamentales en el conflicto como lo fue la guerrilla. No obstante, en

los relatos de los militares aquí entrevistados, el enemigo tenía sobre todo rostro de guerrillero.

Para que un fusil dispare una bala alguien tiene que apretar el gatillo, se supone, reconociendo en el otro a un enemigo. Pero a una mina antipersonal, ¿cómo se le exige que se active solo ante combatientes y se contenga ante niños, ancianos o animales de carga? Es por esa falta de distinción que la comunidad internacional las rechaza. Por eso son una infracción al Derecho Internacional Humanitario, el cual hace parte del bloque de constitucionalidad colombiano y cuyo propósito es recordar que en medio de los conflictos hay todavía una humanidad por proteger. Por eso están prohibidas por el Tratado de Ottawa, que Colombia firmó en diciembre de 1997 y con el cual se comprometió a desenterrar las minas con que protegía sus bases militares y a dejar de producirlas; las Fuerzas Militares terminaron de destruir sus reservas en 2005. Por eso están vetadas por la Convención sobre Prohibiciones o Restricciones del Empleo de Ciertas Armas Convencionales que puedan considerarse Excesivamente Nocivas o de Efectos Indiscriminados (CCW en inglés), que Colombia firmó en el año 2000.

El valor de esta propuesta del Centro Nacional de Memoria Histórica yace en que los militares que se han convertido en víctimas del conflicto interno a raíz del uso de las minas antipersonal, aquellos hombres que sufren la guerra y sus familias, poco

chance han tenido de contar su historia de vida. El libro se vuelve así una invitación a conocer un poco más sobre estas personas antes, durante y después de portar un uniforme. Algunos ingresaron al Ejército porque, genuinamente, anhelaban la vida castrense, la disciplina, el sacrificio. Otros querían serlo sin siquiera entender en qué se involucraban. Unos más solo querían un trabajo que los sacara de la pobreza o, criados en el campo, reconocían que su única opción era unirse a un grupo armado: uno legal, como las Fuerzas Militares, o uno por fuera de la ley, como la guerrilla. Sus relatos, más que verdades absolutas, son sus memorias de la guerra que pelearon.

Naciones Unidas calcula que cada día diez personas son afectadas por minas antipersonal, principalmente, en lugares como Colombia, Afganistán, Pakistán o Siria. Desde 1997, el Tratado de Ottawa lo han firmado 162 naciones. En Colombia no existen registros exactos sobre cuándo las guerrillas empezaron a usar estos artefactos: los conteos oficiales de víctimas datan desde 1990, pero se sabe que fue una táctica de guerra copiada de conflictos de los años setenta, como Vietnam y Camboya, y de otros centroamericanos como Nicaragua, El Salvador y Honduras, que se desarrollaron entre los ochenta y los noventa. Desde 1990 hasta el 31 de mayo de 2016 se habían contabilizado 11.418 personas afectadas en Colombia, 61 por ciento eran militares y 39 por ciento personas ajenas al conflicto armado. Cuando

este libro sea publicado, el número de víctimas con seguridad habrá aumentado: en nuestro país, en promedio, cada dos días alguien se topa con una mina.

Los números sirven para dimensionar realidades pero fracasan en transmitir sentimientos, que son el camino para que los seres humanos nos conectemos los unos con los otros. Ira, venganza, amor, dolor, envidia, esperanza. Sentimientos como los que componen estas historias. Con sus fragmentos se forma una vasta radiografía de los efectos devastadores de la guerra en Colombia, especialmente desde las voces de quienes raramente son oídos: los militares que han estado en el frente de batalla. Efectos, en el caso de las minas, silenciosos, que van mucho más allá de perder una parte del cuerpo. En un club militar, un día de conversación intensa, uno de ellos me confesó que a veces, mientras tenía pesadillas, ahorcaba a su esposa que dormía a su lado; ella estuvo a punto de abandonarlo. Verse en el límite también los ha llevado a descubrir que aquello que parecía el final era solo un giro más en el camino.

Suficiente, por ahora, con esta introducción. Los reflectores son para las historias de vida de nueve hombres y una mujer a quienes una mina antipersonal los cambió para siempre.

"FUE MI CULPA, FUE MI CULPA"

1. Antes de que la tierra temblara

Me crie por los lados de El Tambo, Cauca, en una parte que llaman El Veinte. Mi mamá y mi padrastro tenían una finquita con ganado, plátano, bananos, caña y hartos puercos y gallinas. Había seis potreros y mucho monte. Era inmensa. Nunca he hablado con mi mamá de por qué resultaron cultivando coca, simplemente sé que también la sembraban en la finca nuestra. Para ir a los cocales había que andar hora y media a caballo, de pequeño cogía hojita por hojita. La guerrilla ponía cambuches a veces. Iban raspachines jóvenes, mujeres, de todo, yo les llevaba agua. A la escuela nos íbamos con mi hermano, que es como diez años mayor, cruzando ríos y montañas. Cada trayecto eran tres horas a pie. Él se dedicó a raspar coca

“Atravesar esas plantaciones inmensas de coca era como estar en una selva. Recordaba nuestra finca en El Tambo y les decía a mis amigos cómo era la vida allá.” Fotógrafo: @ César Romero para el CNMH.

en otros lados, se fue de la casa con diecisiete años. No hablo mucho con él.

El peligro más grande era que minaran el camino, pero yo creía que eran las culebras. ¡Por allá sí que había culebras! A lo que aparecían, había que parar y dejarlas pasar. Estaban la Equis, la cabeza'e candado, la mataganado, que es la misma coral. Una vez regresábamos con mi mamá de mercar cortando banano, con el caballo adelante, cuando apareció una culebra negra a tres metros. Mi mamá me empujó y me sacó de la vía. La culebra se enroscó y se irguió sobre su propio cuerpo, con la cola escurrida por el barranco que bordeaba el camino. Para donde mi mamá giraba, giraba la culebra. Mientras ella la entretenía, yo cogí el caballo y corrí a llamar a mi padrastro. Mi mamá no podía matarla a machete por lo grande y lo peligrosa que era, tenía que ser a tiros. Al llegar a la finca el caballo iba mal, estaba picado. Se echó y se murió ahí mismo. Mi padrastro se fue apurado y sonó el disparo. Ellos regresaron con la culebra y la enterraron. La parte donde se apareció era dentro de la finca, pero por ahí no volví ni montado.

Tiempo después mi padrastro se enfermó. Le empezó un dolor en un pie.

Rumbo a la escuela aparecía el Ejército y la guerrilla. Ambos preguntaban si habíamos visto gente como ellos, en qué parte, haciendo qué. Uno decía que no

había visto nada y seguía. Así nos habían enseñado en la casa. No sé si la primera vez que vi un hombre armado era guerrillero o militar pero sí pensé: de grande me quiero ver así. Y empecé a jugar a la guerra. Mi mamá me dice que con siete años le dije que quería ser como esos hombres con armas y uniforme. En la escuela solíamos quedar atrapados en fuego cruzado y la profesora nos hacía tirar al piso; tuvo que irse porque la guerrilla se metió y ella vivía ahí. Se trastornó. Ahora lo entiendo mejor que nunca. De la finca dependimos mi familia y yo hasta que tuve diez años. Un día, en 1994, mi padrastro nos dijo que teníamos que irnos. Cogimos la mera ropita, nos tocó dejarlo todo tirado. Perdimos como veinte cabezas de ganado, unos seis caballos, tres mulas, treinta marranos y diez perros. Gallinas, si había doscientas, eran poquitas. Orden de la guerrilla.

***

Recién asignado al Caquetá como soldado profesional en 2003, con diecinueve años, nos mandaron a un entrenamiento que duró una semana. En una instrucción nocturna nos estaban enseñando cómo reaccionar ante un cilindro: ellos activaban una carga y uno tenía que tirarse. De haragán, me tiré a un pastal, me quedé ahí tendido y veo que un amigo vuela por encima mío... Nos habían avisado que nos tiráramos hacia el lado izquierdo y él, por error, se tiró hacia el derecho. Algo a mi lado hizo explosión,

oí como un pujido y ya. Nos gritaron: "¡*Esperen que cayó alguien en una carga*!". Una mano de mi amigo salió volando y quedó incrustada en un palo. Entró la ambulancia, pero de nada valió. De mis compañeros de curso, fue el primero en morir.

***

Resultamos en una invasión de Puerto Tejada, Cauca, que se llama Altos de París.

Nunca me dijeron por qué salimos de la finca y supongo que ahora debe pertenecerle a la guerrilla. Le he preguntado a mi mamá pero dice que no quiere hablar del tema y tampoco quiere pedir restitución. Que por nada del mundo va a torear eso allá. Nos fuimos a donde una hermana de mi padrastro y en ese lugar el problema no era la guerrilla sino la delincuencia común. Me decían que me fuera con ellos, que me pagaban. Conozco a un militar amputado que en una operación pasó por Altos de París y lo intentaron robar. Era mejor vivir en el Cauca. Creímos que mi padrastro se había recuperado de su enfermedad y el cuñado lo ayudó a conseguir trabajo en Bocas del Palo, un corregimiento de Puerto Tejada. Yo estudiaba y por las tardes me ponía a jornalear con él. Teníamos en la casa un maizal grandísimo que cultivábamos con un sobrino de mi padrastro, pero un día vino un vendaval y tumbó todo.

Mi padrastro se sentó en una silla a ver cómo se caía el maíz y nunca se volvió a parar. Por la noche lloraba del dolor, se quejaba. Murió como al mes. Luego vine a saber que era cáncer.

El patrón nos dejó quedarnos, hasta nos regaló un lote. Él y una tía me ayudaban para el estudio y seguí trabajando y estudiando, pero me salí en séptimo porque a mi mamá le hacía falta mucha cosa. Sufría mucho, a veces teníamos que aguantar hambre y ya había nacido mi hermanita, además. A los dieciséis años intenté irme con unos primos a prestar servicio pero ella no me dejó. Tres meses antes de cumplir los dieciocho le dije a mi mamá que iba a aplicar a un puesto; ella hasta me empacó almuerzo. En realidad me fui para el Coliseo El Pueblo de Cali y me presenté al Ejército. En el coliseo vi a unos amigos de la vereda sacando la libreta militar y les pedí que le avisaran a mi mamá que no me esperara. Al otro día ella andaba desesperada preguntando por mí. Le indicaron que fuera el domingo a visitarme al batallón. No se enojó, solo lloraba por verme tan inocente en camuflado, decía. No quería que fuera soldado.

—No sabés en qué te metiste, mijo.

Empecé como soldado regular en el Batallón de Alta Montaña Rodrigo Lloreda Caicedo, recién inaugurado. Recibíamos como cuarenta y siete mil pesos mensuales. Me presenté en enero de 2003 y en

diciembre ya era soldado profesional, como tal me pagaban seiscientos mil. Iba a cumplir diecinueve años. A mi mamá tampoco le dije que me iba a volver soldado profesional porque sabía que iba a ponerme peros para irme. El día que le conté no me creyó. "*Mamá, ya no hay nada que hacer*", le dije, y le mostré el diploma de soldado profesional, el de puntero rastreador y una mención de honor. Ella se agarró a llorar.

—¿Y tu hermana y yo?
—Allá les voy a ayudar más que estando acá.
—Mijo, pero... ¿Y si te matan? Acordate de los enfrentamientos allá en la finca.
—Ay, mamá, esos disparos se oían lo más de bonito.

Al ingresar al Ejército para mí todo fue como un paseo, estar ahí era un sueño. Lo más duro, al principio, fue el baño. ¡Tanta gente a la vez y a la carrera! También memorizar las oraciones: que la oración Patria, que la oración al soldado. Hasta el sol de hoy no me las he aprendido. Lo mejor fue la primera vez que me montaron en un helicóptero. Ocurrió en el Caquetá: salíamos a una operación de la base de Larandia para La Unión Peneya, un corregimiento del municipio La Montañita entre Florencia y Cartagena del Chairá. Lo llamábamos "el Vietnamcito" porque así de bravo era; ya había empezado el Plan Patriota en Caquetá y en Meta. Esperaba el turno de mi escuadra y me llené de miedo, me temblaban los pies, hasta que el comandante me

dijo que le hiciera, que no había nada mejor. Me dejaron al lado de la ventana para que viera, no me las creía. Pero aterrizó el helicóptero y ya había combates.

Mis compañeros me decían Chita, yo era el único negrito por allá. A algunos de ellos les había tocado pelear en tiempos del presidente Pastrana, de la zona de despeje. Contaban que los combates eran demasiado fuertes, que no combatían con diez o veinte guerrilleros sino con un frente o un bloque entero. Había heridos y muertos por lado y lado. El Caquetá es un corredor donde las Farc se comunican con el Huila y cogen para el Tolima, el Putumayo, la Bota Caucana, los Llanos. Operé por todo el departamento; conocí todos sus municipios, veredas, rincones, montañas. Entráramos por donde entráramos o saliéramos por donde saliéramos, había zonas minadas. Donde cayéramos, guerrilla. Por donde pasáramos, milicianos. Se veían muchos cultivos ilícitos, algunos amigos dicen que todavía están. Se incautaba material si se encontraba, que era casi nunca. Ellos tienen todo bien camuflado. A los que raspaban las matas de coca los requisábamos y seguíamos.

Atravesar esas plantaciones inmensas de coca era como estar en una selva. Recordaba nuestra finca en El Tambo y les decía a mis amigos cómo era la vida allá. La mayoría de los militares —hablo de mis compañeros en el Caquetá, el único sitio donde

patrullé— habían sido raspachines. Tenían dos opciones: o terminar en la guerrilla o en el Ejército. Todos veníamos de abajo. A todos nos había tocado, como dicen, bailar con la más fea y aguantar muchas necesidades. Para nosotros, unirnos al Ejército fue como un nuevo comienzo. Me imaginaba que iba a poder tener mi casita propia y andar en mi moto; que si quería algo, así fuera fiado, iba a tener cómo pagarlo. Lo más duro en la infancia fueron los diciembres. No tenía quién me diera un estreno, no había cena ni árbol de Navidad, ni regalos, ni cuento del Niño Dios, nada. El 24 de diciembre era un día cualquiera. Nos acostábamos temprano, sin siquiera rezar la novena.

Vine a saber qué era estrenar como a los dieciséis años: mi abuela me regaló un pantalón que me quedó saltacharcos. ¡Eso que fui al almacén, me lo medí y me dijeron que me lucía! El buzo y los zapatos para el pantalón los compré yo en el puerto, donde venden ropita de segunda. No me alcanzaba para más. Para mí era un estreno porque era ropa que nunca había tenido; había que ayudarle a mi mamá y no alcanzaba para mis propios gustos. A mi cicla le traqueaba todo. Muchos amigos me hacían a un lado, incluso en diciembre se me reían, que usted no tiene ropa, que no sé qué... "*Pues ríanse todo lo que quieran que algún día tendré y ustedes no*". Dejé de andar con ellos. Ahora tenemos una casa, es feíta pero gracias a Dios hay dónde dormir. Una Navidad con regalos todavía no he tenido. A mi

mamá sí le doy regalo siempre: para ella, cualquier cosa es algo grandioso. O la plata del estreno mío se la dejo a mi hermana, que tiene veinte años. Igual, ya me acostumbré a que la Navidad es algo que llega y que pasa.

***

Un año antes de pisar la mina un francotirador de la guerrilla me mató a mi panita, a mi lanza, a mi hermano. Íbamos como setenta por los lados de la Unión Peneya, eran las cuatro de la tarde. Cuando ¡pum! Uno ya conoce el sonido del Remington del francotirador. Yo iba de puntero; él, de contrapuntero. Me tiré a un lado del camino y al voltear le vi la planta de la bota. ¿Y éste cómo se tiró?, pensé. Miré hacia abajo y corría un hilo de sangre. Le dio en la cabeza. Fue el único que cayó. Se llamaba Quinceno, bueno, ese era el apellido, no recuerdo su nombre. Si allá uno llama a alguien por el nombre lo cogen de recocha, a mí todavía se me hace raro que me digan así en la casa. Vi a mi lanza muerto y me agarré a llorar, parecía una nena. Los demás me consolaban, me decían que era doloroso pero que había que superarlo. Y sí, supongo que con el tiempo se supera. Pero nunca se olvida.

2. El día que la tierra tembló

Fue a las once y treinta de la mañana del primero de mayo de 2008. Tenía veinticuatro años. El día

anterior, un compañero había pisado una mina al atravesar un puente sobre un río caudaloso, que quedó destruido. Mi accidente fue en la vereda la Cristalina, en Puerto Rico, Caquetá. Hacía frío. Después de unos combates hacíamos registros y vi a un guerrillero. Mis compañeros y yo nos fuimos a perseguirlo y resultamos en una trocha de paso obligado. Iba con toda mi escuadra, éramos doce. Vi unos pedazos de papel higiénico. ¡Guerrilleros cochinos!, pensé. El papel era una guía para ellos, siempre usan cualquier cosa para marcar las zonas minadas: que una rama, que un palo. Ese día no se me cruzó por la mente. Vi a un guerrillero muerto, me fui a quitarle el fusil y ahí pisé la mina. Era una de esas que llaman tipo candonga o araña, se pisa una y se activan todas. Y yo, el puntero de una escuadra de doce, fui quien las activó. Con la explosión, la tierra tembló. Solo dos sobrevivimos. Fue una carnicería brava. Yo tenía veinticuatro años.

Herido, me pusieron al lado de un tipo al que le preguntaba ¡¿qué pasó, qué pasó?! Hasta que alguien se dio cuenta y dijo:

—Uy, a este lo pusieron al lado de un finado.

Era culpa mía, era culpa mía. Los pelotones aseguraron el área para que no pudiera llegar la guerrilla a rematarnos, como suele hacerlo. No me dolió sino hasta que vi el huesito de mi pierna

derecha, ¡eso era un ardor! Los enfermeros nos hicieron un torniquete para que no nos desangráramos, nos canalizaron y nos dieron alguna droga que a mí medio me calmó. Era culpa mía, era culpa mía. Los compañeros me buscaban conversa para que no me quedara dormido. Hubo más combates, pero no hubo más soldados ni guerrilleros heridos. Como los guerrilleros le disparaban al helicóptero y había mal clima, se demoró más de quince horas en aterrizar. Fue culpa mía, fue culpa mía.

Al primero que le avisé fue a mi hermano menor. Le conté un día después, desde la Clínica Mediláser de Florencia, donde me hicieron la primera intervención. No me creyó. Luego le conté a mi mamá y así como no me creyó al contarle que era soldado profesional, tampoco me creyó con lo del accidente. A ella hay que saberle decir las cosas porque sufre de la presión.

—Mijo, ¿qué tenés? Tu voz me dice que te ocurre algo.
—Mamá, pues que pisé una mina y perdí el pie derecho.

Le dije que no se preocupara, que me iban a sacar a Bogotá y que la iba a llamar un amigo para que pudiera contactarme. La llamó mi amigo y por fin creyó. Fue muy valiente, le veía la cara de sufrimiento pero no soltaba una lágrima en frente mío. En cambio, salía, cogía el ascensor y se ahogaba en llanto. Lo más duro fue cuando le notificaron que

de pronto no resistía la segunda operación porque estaba demasiado débil y flaco.

Lo otro era el dolor. El dolor después de pisar una mina... No sé cómo explicarlo. Me daban una cosa y la otra, pero seguía. Era peor si alguien me golpeaba, o si me tropezaba con algo. De verdad no sé cómo explicarlo, simplemente sé que le vienen las lágrimas a cualquiera. Lo peor fueron los primeros tres meses. Ya después va cerrando la herida. Y luego: el miembro fantasma. Me hacía retorcer, sentía como si tuviera los dedos entumidos y yo desesperado porque no sabía dónde tocarme. Me dolía el pie que había perdido. A veces picaba pero, ¿dónde me iba a rascar? Sentía ampollas, de esas que queman. ¡Era insoportable!

La primera operación fue para evitar infecciones y limpiar la herida. La segunda me la hicieron ya en Bogotá para remodelar el muñón, que quedó por debajo de la rodilla. Ésa fue la más dura. Me desperté y me dolía más que haber pisado la mina. Gemía a gritos en el cuarto casi toda la noche, me quejaba, me volteaba. Me tenían que poner algo en el suero para quedarme dormido. Ahí entendí al compañero con quien compartía cuarto: veníamos del mismo batallón, del mismo eje de avance, de la misma operación. Él, de apellido Cossio, cayó el 29 de abril de 2008; yo, dos días después. Él a las diez de la mañana, yo a las once. Como a los quince días cayó otro de nuestra misma unidad y perdió ambos

pies. De mi unidad, los otros que cayeron murieron allá mismo. Entonces éramos los tres para arriba y para abajo. Aunque del dolor no había consuelo.

En el Batallón de Sanidad de Bogotá mi familia me fue a visitar una semana y ya, por cuestiones económicas. De resto, el apoyo fue telefónico. Como podían, mantenían pendientes. Mi novia tampoco pudo ir, ella trabaja en la cafetería de un colegio. En esos primeros tres meses tuve que soportar el dolor, ir a terapias y, fuera de eso, ¡lavar mi propia ropa! Era como para irse independizando, pero ya no, ahora les tienen lavadora y los consienten. Salen como más haraganes. Lo bueno fue que nos dieron silla de ruedas y en esa silla nos defendíamos. Sabía que estaba mocho porque andaba en silla de ruedas y en muletas y aunque el resto de la adaptación estuvo bien, seguía un dolor bravo. Hice un curso de sistemas que no me ha servido de mucho pero, pues, no sabía ni prender un computador. Fue básico: no pasé al nivel avanzado porque antes me llegó la baja.

***

El primer objetivo de los pisasuave es matar al centinela. Lo degollan. Ellos no se sienten porque se arrastran suavecito, suavecito. Se bañan todo el cuerpo en aceite para que los zancudos no se les arrimen y van con granadas, pistolas y cuchillos.

Una vez en el Caquetá nos salvamos de unos pisasuave. Tenía un buen amigo, un soldado antiguo, y lo acompañé a hacer su turno. Le dije que pusiera cuidado en un lado y yo en el otro. De repente, se oyó como si hubieran quebrado una ramita. Yo le dije que eso no era normal y él propuso que nos moviéramos. Al quitarnos aparecieron dos figuras negras... ¡Ja! ¡Qué susto! Hasta creí que eran un espanto, ¡que era la Llorona! Eran como las tres de la tarde, en plena selva, raro porque generalmente atacan de noche. Quedé como ido y el que reaccionó fue mi amigo, se volteó y mató al primero e hirió al segundo. Apareció un tercero: no sé en qué se enredó y cayó, disparé y le di. Al final fueron dos los muertos: aunque lo ayudamos, uno de los heridos no aguantó.

***

El día que me notificaron la baja... No, no... Fue... Yo parecía un niñito llorando.

Me mandaron a una junta médica para evaluar lo de los índices de discapacidad. Saqué como noventa y seis por ciento, me daba para pensión. Lo que no sabía era que después venía la baja. Firmé mi hojita y me fui a buscar al comandante de la compañía a preguntarle que cuándo me iban a dar mi camuflado. Desde el accidente no veía un uniforme: del Caquetá salí sin nada, envuelto en una sábana. En el Batallón de Sanidad solo usábamos sudadera.

Era candidato para ir al Sinaí pero por lo de la mina ya no pude, entonces me mandaron a Panamá un mes —mi primera vez en un avión y de conocer el mar— e iba con camuflado, pero a mi regreso lo devolví de una vez. Con mi pregunta el comandante no me dijo nada, se quedó callado. Me dio permiso de un mes para irme a la casa. Al volver, me llamó a decirme:

—Le llegó la baja. Se va para la casa.
— ¡¿Cómo así?! Pero, ¡no me quiero ir!
— Es que no es si usted quiere, es que se va. Los soldados profesionales están contratados es para la guerra.
— ¿Usted me está diciendo que hasta acá serví yo?
— Lastimosamente, sí.

Él que me dice eso y empiezan las lágrimas. Le respondí que no me iba. Tuvieron que mandarme sicólogo, quien me dijo que no tenía de otra que firmar, irme y esperar la pensión. Parecía un muchachito. En la casa le tocó a mi mamá lidiar conmigo, todos los días lloraba y empecé a decaer. Comía por ansiedad, por todo lo que sucedía. Es muy duro oír: "*Usted ya no sirve*". Siempre temí que me dieran de baja. En el Batallón de Sanidad veía gente lo más de contenta porque se iba, yo no fui capaz. Firmé bravo, quebré el lapicero, salí y le dije en la cara al comandante que no lo quería volver a ver. Pero al rato él fue a buscarme y le dije que no era su culpa. Hasta me mandó en avión, me regaló

un pasaje y me llevó él mismo al aeropuerto. Me pedía que no fuera a cometer locuras.

Me sentía culpable. ¡Es que yo activé los explosivos! ¡Casi toda mi escuadra murió ahí mismo! Mientras estuve en el Batallón de Sanidad tuve tratamiento sicológico, esa ayuda es la más importante. Mucho más si oía testimonios de otros que también han soportado lo mismo. Entonces entendí: nadie tuvo la culpa. Fue un accidente. Ese día tocaba y ya. ¿No ve que las minas tienen nombre propio? Claro que lo tienen. Pregúntele a otros, van a decir lo mismo. En los ejes de avance caía el último, el cuarto, el del medio, del que menos se tenía sospecha. A veces pasaba toda una compañía y caía alguien de la compañía siguiente. El primero de mayo de 2008, en la vereda La Cristalina de Puerto Rico, Caquetá, había una mina con mi nombre.

En la casa me aconsejaban mi mamá, mi hermano, un tío y mis primos militares. De a poquitos empecé a recuperarme. Jugué fútbol, ni el básquet ni el tiro me gustaron. El voleibol sí fue lo mío.

***

Un día de la madre, en 2006, casi se mete la guerrilla a Florencia por el aeropuerto. ¡Eran hartos! ¡Más de cien! Venían a darle al puente para dejarnos incomunicados de la base de Larandia, pero se retardaron y llegaron primero los guerrilleros que

venían a tomarse el aeropuerto. En ese punto estábamos nosotros, unos treinta y cinco soldados. Mandaron gente de las Fuerzas Especiales y de otra contraguerrilla. Al final fuimos como cien con helicópteros y bien armados. Un soldado salió herido y murieron como cinco guerrilleros. Quizá fueron más, pero ellos siempre se llevaban sus muertos.

3. De pie, de nuevo

Volverse a adaptar es muy duro, los mejores momentos de mi vida se quedaron allá en terreno. Por ejemplo, si le digo a la gente: "¡*De pie*! ¡*A levantarse*!", es un chiste, solo un chiste, pero se enojan. Acá a veces no me entienden, o no sé cómo entrarles. Al principio creí que no iba a lograrlo. Pensaba: ¿aquí qué? ¿Ahora para dónde voy? ¿Qué va a ser de mi vida? Los sicólogos me fueron sacando del abismo en el que había caído. A los seis o siete meses ya me había olvidado de que estaba mocho y todo, me había mermado el pie fantasma, me valía más por mí mismo. Hasta empecé a jugar fútbol con bastones. No contemplé quitarme la vida, pero algunos compañeros sí. A ellos les decía que tuvieran en cuenta que había gente con sus dos pies inservibles. En cambio nosotros, con una prótesis, volvíamos a empezar.

La primera me la dieron al año. Temía caerme o lastimarme el muñón. Después me la medí y me enseñaron cómo funcionaba, no me la creía. Hasta

saltaba. Todos los días tenía que ir a entrenarla. Al principio se me peló el muñón, pero fui haciéndole cama a la prótesis y dejó de doler. La primera vez que tuve la pata temblaba, pero le cogí confianza y ya era mi pierna. Si la tengo puesta, yo camino, usted camina y nadie me mira. No me da pena mostrarla, las personas no me miran con desprecio ni nada. Es más como con asombro, con curiosidad. Hasta con admiración. Lo único malo de estar amputado es que no estoy haciendo lo que más me gusta: vestir mi camuflado.

Estoy en la selección departamental de *volleyball* pero por problemas que he tenido en la casa no he podido practicar. A mi mamá le intentó dar un derrame y nos toca correr de un lado a otro con ella. La mayoría del tiempo lo gasto en el deporte, o me voy para donde mi mamá, o pongo televisión y veo fútbol, o veo películas de soldados, solo me gustan esas. Lo que nunca paro es el gimnasio. Antes de pisar la mina mi peso era setenta y cinco kilos, apenas para mi altura de metro con ochenta. Pero empecé a engordar por la comedera y parecía un puerco, alcancé a pesar ciento dieciséis kilos de mera barriga. La doctora me advertía que la prótesis no iba a aguantar.

Me inscribí en el gimnasio y se fueron los dolores, los ayayay. Empecé a mezclarme más con la gente y a dejar la pena de lado, a verme diferente en el espejo, a llenarme de confianza, a surgir otra vez, a tener un nuevo aire. Ya el pantaloncito no se me dobla por

el peso de la cintura. Antes me montaba en la moto para ir al batallón y tenía que parar cuatro o cinco veces para quitarme la prótesis y descansar. Ahora no paro sino en los semáforos. El deporte es muy bueno, ayuda mucho. Me convocaron a la liga de pesas y lo estoy considerando pero me tocaría dejar el voleibol. Es un deporte que me ha dado mucho en cuestiones de viajes y de amigos, se encuentra uno con los viejos y va haciendo nuevos. Ya sé que no estamos solos, que hay muchos más como nosotros.

Con el voleibol me he divertido mucho y he sufrido también. En una final me agarré a puños con el árbitro porque nos hizo perder. ¡A mi equipo sí que le ha tocado perder! Soy mal perdedor, sí, y en ocasiones, rencoroso, lo admito. Recuerdo tanto una humillación que me hizo un primo... Una vez, cuando vivíamos en Puerto Tejada y no había ni para comer, me dijo:

—Mientras vos sufrís para tomar leche yo se la echo al gato.

Hace un año fui al puerto, estaba en la tienda y ese mismo primo, que hoy tiene unos treinta y ocho años, me pidió que le regalara para una gaseosa. Le contesté:

—Mejor llevate una bolsa de leche de la grande. Te la pago, pero no se la vayas a dar al gato porque no te alcanza para vos.

Se agarró a llorar y se fue. Es que a veces soy rencoroso, sí. Y si me encontrara de frente a un guerrillero, le pego. A un bicho de esos no lo perdono.

Este era un cambio de vida que me tenía Dios destinado. Al menos sé que tengo para comerme un arrocito o tomarme un aguadepanela antes de acostarme, no como antes. Pisé la mina y cambié. Puede que no mucho, pero sí lo hice y mi familia también, porque a través de este accidente tuve cómo dejarle a mi hermano algo para que vea por mi mamá y mi hermana. La semana que mi mamá me fue a visitar al hospital le dije que con lo del pie compraba mi casa y un camión para ponerlo a trabajar. Le dejé el camión a mi hermano porque con mi pensión no alcanzo a responder por mi mamá. Ahora, si ella se enferma, hay con qué. Nadie quiere un cambio así pero me tocó, hay que afrontarlo y ya. Mi hermano anda en las vueltas de sacar un camión nuevo porque el viejito era terrible, tanto que no se entendía por qué seguía en la calle.

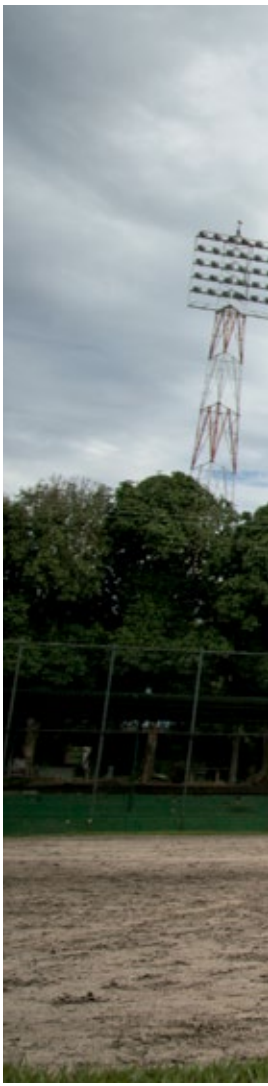
Una vez le oí decir a una señora: "*Esa familia salió adelante porque este otro pisó una mina*". No sé si lo dijo para bien o para mal, pero dijo la verdad. Me duele que me falte un pie, no gano mucho, pero mi familia y yo vivimos mejor que antes.

***

Los sueños que tengo siempre son allá en el Ejército pero no amputado, sino con mis dos pies. Anoche

me soñé dizque comandando una operación muertos de la risa. Todavía sueño con todos los que estaban hasta que pisé la mina. Con mi lanza también, hasta soñé con él anoche: distribuíamos las raciones y a él no le gustaban los garbanzos ni el pan de ajonjolí, yo se los metía en el maletín sin que se diera cuenta. Cuando tengo esos sueños, me despierto y me digo: "*Mijo, volvé a la realidad que vos no estás allá*". Son sueños muy bonitos, me gusta recordarlos. No me afectan en lo que tengo que hacer, antes me dan más fuerza para seguir. Ojalá nunca deje de soñar, toca vivir de un sueño.

LA MINA QUE CAMBIÓ EL COLOR DE UNOS OJOS



Eduardo Franco Contreras sabía que estaría ansioso, que su entrenador intentaría calmarlo, que su esposa le diría bromeando que sin medalla no volviera a casa. Pero no contaba con el viento. El 11 de agosto de 2015, en Toronto, Canadá, le parecía que a la pista del estadio de atletismo la sacudía un tornado. El cielo había amanecido ligeramente nublado y él, que se preparaba para lanzar la jabalina y quedarse con algo —ojalá un algo de oro—, pensó que si el chikunguña no había evitado que se subiera en el avión, una ventisca tampoco le impediría tratar de vencer a sus cinco rivales.

Tenía treinta y dos años cuando conoció al hombre que le presentaría la jabalina: su entrenador Yesid Vergara. En abril de 2012, en una reunión, Vergara lo invitó a conocer

De lunes a viernes Eduardo se levanta temprano para ir a entrenar lanzamiento de jabalina. La medalla más preciada que posee lo certifica como ganador del segundo puesto en los Juegos Parapanamericanos de Toronto, Canadá, en el 2015. Fotógrafo: @ César Romero para el CNMH.

el atletismo y, en un par de semanas, ya le hacía la introducción a la jabalina, la lanza y el disco.

—Me pusieron la jabalina en las manos y hubo química de inmediato. ¡Me pareció tan bonita! Lo nuestro fue amor a primera vista.

No ha terminado la frase y sonríe. Eduardo Franco ya era invidente cuando la jabalina llegó a su vida. Un año más tarde aterrizó en Francia, el país que siempre añoró ver, para representar a Colombia en el Mundial de Atletismo para deportistas paralímpicos en Lyon. La conoció con los oídos y las manos.

—En Lyon visité una catedral católica. Nos contaron que quedaba en una parte muy alta y que fue construida en el año 180 o algo así. La estructura tenía círculos y triángulos, los sentí. Nos bañamos en el río Ródano, jugamos con los patos. Estuvimos en algunos coliseos que los romanos usaron como cárceles y, a través de la imaginación, vi a los presos torturados y los restos del hijo de una reina que murió de siete años y exhiben en una aldea, en una urna de cristal.

Ocupó la cuarta posición, récord para un colombiano en un Mundial de Atletismo para deportistas paralímpicos. Encima suyo se ubicaron un austríaco, un ruso, y en el primer puesto, un venezolano llamado Aníbal Bello. De sexto quedó otro colombiano, José Alexis Belizario. En 2015, en Canadá, Bello, Belizario y Eduardo Franco volvieron a encontrarse.

—"El truco es romper el viento para que la jabalina pueda volar", me dijo mi entrenador.

El 11 de agosto de 2015, con ayuda del profe Vergara, Eduardo Franco se paró al principio de la pista, de frente al terreno verde donde quedaban incrustadas las jabalinas. Los videos del evento lo muestran con una licra azul oscuro por encima de las rodillas, un esqueleto azul con franjas amarillas a los costados y gafas negras, atadas a la parte de atrás de la cabeza, que protegían sus ojos de cualquier destello de luz. Después de tres lanzamientos el colombiano Belizario tenía una marca difícil de alcanzar: la jabalina había volado más de treinta y seis metros. La pelea era con el venezolano.

En su quinto turno, el tiro definitivo, Eduardo Franco agarró con ambas manos su jabalina blanca y morada y la elevó sobre su hombro derecho. Su ansiedad tomó forma de ceño fruncido. El profe Vergara se paró al final de la pista, sobre un costado, y le indicó: "¡*Un poquito a la derecha*!". Franco soltó la mano izquierda, empujó suavemente la jabalina a la derecha y dio seis pasos con rapidez: dos con el cuerpo hacia el frente y cuatro con el cuerpo de lado, cruzando los pies, como si bailara al compás de los "¡*va, va, va*!" con que su entrenador lo orientaba. Se detuvo exactamente donde terminaba la pista y lanzó la jabalina a una distancia que superó los treinta y cuatro metros.

Ese día, por una diferencia de cincuenta y seis centímetros, Eduardo Franco ganó una medalla parapanamericana de plata. Gritó de la emoción. Al profe Vergara se le quebró la voz.

Eduardo Franco aseguraba que ese es su trofeo más importante hasta ahora cuando una niña de diez años ingresó a su casa e interrumpió su relato. La puerta estaba abierta. La pequeña meneaba su cadera de izquierda a derecha, con su brazo izquierdo oculto detrás de su espalda. Abrió sus ojos cafés tanto como pudo: parecía haber olvidado para qué entró.

—Hola —dijo rápidamente—.
— ¡Hola! —contestó Franco, quien de inmediato reconoció la voz—. ¿Tiene sed?

Ella asintió.

—Es Juliana, la hija de un vecino —señaló al pararse hacia la cocina. En menos de un minuto apareció con un vaso de jugo—.

***

— Yo vine a conocer el zapato después de los quince años. Solo usábamos cotizas algunas veces, eran un lujo. Caminábamos una hora para ir a la escuela, descalzos, por un camino de herradura. No nos exigían usar uniforme y era un solo profesor

para todas las clases. Tenía cinco hermanos y cinco hermanas. En la finca de papá hacíamos oficios varios, como trabajar con el ganado y la guadaña o limpiar potreros. Recuerdo que todos íbamos al río a echar baño. A mamá le hacíamos muchas picardías, como robarnos los huevos o el queso que guardaba. ¡Qué buena fue mi infancia! Mi mayor placer era montar un caballo y echar a correr detrás de una res, atajarla y amarrarla. O hablar con Oswaldo, mi hermano menor.

Eduardo Franco cierra los ojos y baja un poco la cara. Con delicadeza, retira un par de lágrimas de su cara.

—Oswaldo me creía su ejemplo, todo lo que yo hacía le parecía bien hecho. Hacía sus locuras, pero escuchaba mis consejos. Para él, yo era el mejor militar. Fue un gran muchacho. Murió de cáncer a los veintidós años.

Su cara se ve opaca.

—Todavía lloro cuando se van para el corral de la finca. Me prendo de las varetas y se me desgarran las lágrimas, agacho la cabeza para que nadie me vea. Hablar de esto me pone muy triste... Siempre digo: si estuviera amputado, montaría un caballo y haría lo que me gusta. Así, ciego, quizá pueda montarlo, pero no lo puedo hacer correr porque no sé para dónde va.

En las noches, a menudo, sueña con la finca de su padre, en la que creció con sus hermanos. Está en Paratebueno, un municipio cálido de Cundinamarca que baña el río Amarillo y limita con Casanare y Meta. En sus sueños ve todo el ganado, sombreros, colores resplandecientes, el sol y sombras, amaneceres. Se despierta, va a la cocina por un tinto y, de un momento a otro, ve.

—Recién ocurrido el accidente soñaba que me perseguían cosas horribles. Eran dragones, figuras inmensas con cola, demonios, todos se me venían encima. Despertaba y quería prender un bombillo para no verlos más, pero como no podía, le decía a Hidalid, mi esposa: ¡Alúmbrame los ojos, alúmbrame los ojos con una linterna! Aun si hablaba con ella, seguía viendo las figuras y me veía en un abismo. No hallaba la forma de espantarlas hasta que fui a la iglesia, por eso para mí es tan importante.

La iglesia cristiana le ayudó a desvanecer de su mente esos demonios, así como fue la ruta de escape del laberinto que, creyó por un largo segundo, solo podría evadir quitándose la vida.

—Al volver a Villavicencio mi plan era saludar a mis hijos, que todavía no sabían que había perdido la vista, y hacerme a un lado. Ellos siempre habían visto en mí a un héroe, un triunfador, un hombre que se imponía retos y los cumplía. Creía que por estar ciego ya no podría ser su ejemplo, que no

tendría nada para mostrarles. Y tomé la decisión de suicidarme. Empecé a aislarme para que no me echaran de menos. Me escondía debajo de la cama por horas mientras pensaba cómo hacerlo. Les pedía que fueran a un parque o algún lado para quedarme solo, poder subir al techo de mi casa y terminar con mi vida.

El plan se desmoronó porque su único requisito, quedarse sin compañía, nunca se cumplió. Si se iba para el cuarto, para el cuarto iban sus hijos a entretenerlo. Si se levantaba de noche, Hidalid lo seguía por la casa. Alegó que no podía dormir en la cama y armó un chinchorro en la sala. Hidalid se pasó al sofá.

—Ya el diablo me había dicho cómo hacerlo, pero fue imposible. Un día me acerqué a un sacerdote católico y le pedí que hiciera una oración por mí, el hombre solo me puso las manos encima y dijo que rezara un Padre Nuestro. No sentí ningún alivio. Acepté ir con mi esposa a su iglesia cristiana y allá encontré el afecto y las palabras de aliento que buscaba.

El deporte, después de su familia, se convirtió en su segunda salvación. Hoy, esta es su rutina: se despierta a las cinco de la mañana. Si su esposa está de turno —es enfermera—, prepara el desayuno para sus hijos, quienes solo intervienen si el menú incluye arepas. A Franco se le pueden quemar. Ellos

salen al colegio y él a entrenar. Vuelve a la hora del almuerzo y, de nuevo, si su esposa no está, lo hace él. Por seguridad, no cocina con aceite. En las tardes entrena en la villa olímpica o en su casa, donde tiene hasta pesas que él mismo construyó con cemento. El deporte exige mucha responsabilidad y constancia, dice. El orgullo es para sus hijos, agrega.

En una de las paredes de su casa hay por lo menos dieciocho medallas que cuelgan de once puntillas. En la del centro están, entre otras, la de plata de los Juegos Suramericanos de Santiago de Chile 2014 y la consentida, con un listón naranja y una leyenda en letras blancas que reza "Toronto 2015". Después de Toronto, en los Juegos Nacionales y Paranacionales, la jabalina le valió al soldado Eduardo Franco una medalla de plata, otra de bronce y un premio de manos de otra víctima del conflicto: Alan Jara, entonces gobernador del Meta. Jara es el único secuestrado de las Farc que recién liberado, en febrero de 2009, hizo gala de su sentido del humor. Contó, por ejemplo, que le había aconsejado a un comandante guerrillero conseguir una olla exprés para hacer fríjoles. A Eduardo Franco le cae bien Alan Jara.

—A veces se me viene a la mente que quería quitarme la vida porque creía que no podría enseñarles nada a mis hijos. Ahora viven pendientes de que tome los suplementos, de mi preparación y mis cuidados. Ellos y el entrenador Vergara son mi equipo. De

pequeños, si oían un helicóptero salían corriendo a la calle hasta en calzoncillos y gritaban emocionados "¡*mi papá, mi papá*!". Con el deporte, todavía soy su héroe.

La familia de Eduardo Franco ignoraba la idea fugaz del suicidio que no fue.

***

Venganza: ese fue el motivo que lo empujó a vestir el camuflado. Eduardo Franco tenía claro que quería ser militar desde la noche en que las Farc irrumpieron en la finca vecina de unos amigos de sus padres y los masacraron a ellos y a sus hijos. Los mataron a todos. A los tres meses los paramilitares incursionaron en una finca donde jornaleaba: a él lo amarraron y, a punta de golpes, lo sometieron y estrellaron su cara contra el suelo. Luego retuvieron a otro de los trabajadores, también lo ataron y, frente a sus compañeros, lo ejecutaron. De ahí, los paramilitares salieron tras la madre y los hermanos del jornalero y también los asesinaron. Algunos de los cuerpos quedaron tendidos, boca abajo, en ropa interior.

—Fue terrible.

Apenas cumplió dieciocho años, en 1999, se presentó para el servicio militar y en noviembre de 2000 ya era soldado profesional, con oposición de sus padres.

Ellos veían noticieros, los cuales, en los noventa, mostraron con demasiada frecuencia imágenes de uniformados rendidos con las manos sobre la cabeza o de pueblos arrasados con pipetas de gas usadas como bombas. Al finalizar esa década había más de quinientos soldados y policías en cautiverio. Cuando Eduardo Franco empezó como soldado profesional, en Meta, el departamento donde operó casi toda su carrera, se marcaba el inicio de la zona de distensión. Un área que estableció el presidente Andrés Pastrana por exigencia de las Farc: cuarenta y dos mil kilómetros cuadrados sin fuerza pública para hablar de paz.

Un par de meses después de haber ingresado como soldado profesional tuvo su primer enfrentamiento en una vereda de Villavicencio llamada La Argentina, el 5 de febrero de 2001. De entrada notó la diferencia entre disparar en un polígono de práctica y disparar con una lluvia de balas sitiándolo. Igual, solo le importaba proceder con la venganza prometida.

—Descalabro total: así se resume ese combate. La guerrilla nos emboscó y quedamos completamente incomunicados. Perdimos a dos hombres, siete más quedaron heridos. El radio operador, un paisa, nos suplicaba que no lo dejáramos morir: le habían pegado dos tiros en el pecho. Nada pudimos hacer por él. El capitán nos ordenó cambiarnos de brazalete de identificación, es la banda sobre el brazo con que una unidad del Ejército puede distinguir a otra. Qué

error. El Ejército nos confundió con los guerrilleros y nos daba plomo, nos lanzaba cohetes. Estábamos en un potrero brincando de esquina a esquina. Nos tuvimos que esconder detrás de una mata de bambú mientras guerrilla y Ejército nos atacaban al tiempo. Éramos un grupo de treinta y, después del combate, solo la mitad continuamos.

Con el tiempo, encontró insulsa la idea de vengarse y asumió el Ejército como un empleo. La guerra siguió su curso, aunque algo cambió: en marzo de 2008, después de cuarenta y cuatro años de conflicto, la fuerza pública alcanzó por primera vez a un miembro del secretariado de las Farc. En un bombardeo en zona fronteriza de Ecuador murió *Raúl Reyes*. Durante ese mismo año, en otras circunstancias, murieron dos más del secretariado: *Iván Ríos* y uno de los fundadores de las Farc, *Manuel Marulanda Vélez*. Para 2010 las Fuerzas Militares iban tras el número uno del secretariado y de todas las Farc, *Alfonso Cano*. El soldado Eduardo Franco hacía parte del grupo que lo perseguía.

***

—Mija, necesito que coja para Bogotá. Algo le pasó a su marido.

Al otro lado del teléfono Hidalid, la esposa del soldado Eduardo Franco, entendió por las palabras y el tono usado por el coronel del Ejército que no

“Sin mi esposa y mi familia no sé qué hubiese hecho después del accidente con la mina, habría terminado loco. Gracias a ella he podido superar todo y tener una buena vida”, confiesa Eduardo. Fotógrafo: @ César Romero para el CNMH.

había tiempo para desfallecer. Dejó botada su clase de enfermería y salió de Villavicencio a Bogotá con tal desespero que arribó primero que su esposo, a quien transportaban en un avión ambulancia desde Neiva. Lo vio llegar al Hospital Militar barbado, consciente, con mucho sueño y con la cara llena de tierra y de sangre. La teniente médico que lo acompañaba la autorizó para que se acercara.

—Me tocó la mano derecha. No fue capaz de hablarme y yo tampoco, por la inflamación. Pero sabía que era ella. ¡Me dolió tanto! Quería explicarle que no era mi culpa, pero, a la vez, me sentía culpable de todo lo que ocurría. Hidalid siempre me pidió que me saliera del Ejército y ahí estaba, sufriendo por cuenta mía y yo ni siquiera podía asegurarle que iba a sobrevivir. Se me desinflamó un poco la boca y por fin pude hablarle. No sé qué le dije, pero sí que ella me repetía: "*Tranquilo, Dios te ama*". Preguntaba si me sentía bien. Aseguraba que volvería a ver. Apretó mi mano dos veces y la retiraron. Recordar el momento en que quedé ciego es lo más difícil. Duele mucho, de verdad duele.

Franco detiene su relato. Necesita llorar. Cuenta que a los quince días le anunciaron, por primera vez, que el daño en sus ojos era irreparable. De nuevo hace pausa. Necesita llorar una vez más.

—Para mis hijos, el papá estaba bien. Pedían ver fotos mías y les contestaban que la cámara no servía.

Entonces, cualquier día... se tomaron varias fotos y le entregaron la cámara a Hidalid para... para que me las mostrara, para que el papá los viera. Ella solo lloraba. En la casa, mi suegra y mi esposa eran las únicas personas que sabían que yo no podía ver. Los niños me llamaban todos los días al despertarse y me decían: "*¿Qué te pasa? ¿Qué parte te falta? ¿Tuviste un accidente? ¿Fue por una mina?*".

Le dieron de alta y lo trasladaron al Batallón de Sanidad. Lo que encontró lo sacó de quicio.

—Quisieron dejarme en un alojamiento que no era merecedor ni para mí ni para ningún ser humano, con los baños llenos de excremento y camas que olían a orines. Allí, sin embargo, mantenían a los pacientes siquiátricos. Al final, me dieron permiso un mes para venir a Villavicencio y estar con mi esposa y los niños. Un carro del batallón me condujo a mi casa y salieron mis hijos, felices, a saludarme. Me vieron bajar del carro completo, pero tomado de la mano de una persona y con gafas oscuras. Traté de ocultar la realidad hasta el último minuto. Ahí comenzó una nueva vida para mis hijos: una vida con un papá ciego, que se creía sin futuro.

***

—Dicen que la cuchara a la boca no se pierde. Es verdad, no se pierde. Pero si yo le tapo a usted los ojos, le pongo un plato al frente y le digo "*ahí está*

su almuerzo", usted no va a saber qué le puse en la mesa, ni dónde está la cuchara, o si es un tenedor. Ahí es que se siente el cambio. La cuchara a la boca no se pierde, no, pero búsquela. Evite regar en la mesa. Llévese a la boca exactamente lo que se quiere llevar. Quizá no es difícil, pero tampoco es tan fácil como la gente piensa.

Eduardo Franco volvió a aprender a comer en un instituto especializado. Aunque el explosivo no afectó sus piernas, tuvo que aprender a caminar de nuevo con un bastón negro que se convirtió en el guardaespalda que lo guía por las calles; con él no se percibe a sí mismo como una carga para su familia. Sentir el viento es todo lo que necesita para saber si está en una esquina o en la mitad de una cuadra. Se ríe de la gente que cree que manejar un bastón es como cerrar los ojos y andar con un palo. Dice, ya sin reírse, que hasta el bastón tiene su técnica. Cada vez que sube escaleras las cuenta una a una y enuncia los números en reversa al bajar, para no estrellarse con el piso. En Francia, cuando conoció la torre Eiffel, se le olvidó hacerlo y no sabe por qué.

Para aprender a lanzar la jabalina el tacto ha sido su cómplice. Cada vez que el entrenador Yesid Vergara quiere enseñarle una posición, Eduardo Franco debe tocarlo de la cara a la punta de los pies y luego simularla. En competencias está prohibido hablar en la pista, por eso tienen un sistema de comandos: un golpe en el hombro derecho dice "lanzó la jabalina

inclinada", dos palmaditas en la espalda significan "tranquilo", el silencio traduce "lo hizo muy bien".

Cuando no sueña con demonios y dragones que pretenden cazarlo, en las noches se ve a sí mismo en el Ejército en combates. Sostiene, con el convencimiento que una idea así necesita, que Dios le había revelado que perdería la visión. La primera vez ocurrió en 2002, ocho años antes del accidente —con el que ha soñado una sola vez—. Fue en Caño Jabón, Meta, un caserío de Mapiripán afectado por las Farc en los años noventa y en el que, a pesar de las denuncias de sus pobladores, los paramilitares ingresaron el 4 de mayo de 1998 y masacraron a dieciocho campesinos. Eduardo Franco se levantó tres veces asustado. En el sueño se estiraba los párpados con los dedos y aun así solo había oscuridad. Dos años luego se soñó con una venda sobre los ojos, se la quitaba pero no veía. Se pregunta si Dios le quiso mostrar que necesitaba un cambio: que debía poner a Cristo sobre todas las cosas.

—Quiero volver a ver y creo que Él, en cualquier momento, me va a dar la oportunidad. Y si no pasa, simplemente pasa la vida. Seguiré igual, vivo ocupado y no me queda tiempo para pensar qué ocurre si no lo logro.

En silencio, prestando máxima atención, Eduardo Franco oye películas y sus hijos las ven. No le gusta interrumpirlos para pedir aclaraciones, pero

ellos, con tranquilidad, se las dan. Recién ocurrido el accidente le decían "¡*papá, mira*!". De inmediato caían en cuenta y se alejaban llorando. Estuvieron en el sicólogo. Frases como "*papá, es que no sé de qué forma explicarte*", comenzaron a esfumarse. Hidalid y él se casaron ante un notario en 2005 y, una década más tarde, ante un pastor cristiano. En la ceremonia religiosa, él cogió su propia argolla y por error se la puso a ella, que tiene los dedos un poco más gruesos. El anillo no bajó más allá de la mitad del anular y en las fotos quedó registrada la equivocación de la que él mismo se burla. Esa noche, ella estaba tan nerviosa que de un sorbo se tomó su copa de champaña mientras los ciento cincuenta invitados apenas alzaban las suyas para el brindis.

—Como duramos tanto tiempo en unión libre no pensé que fuera a generar tal expectativa en ella, en nuestras familias. ¡Estaba dichosa! Hidalid fue la reina. Creamos una calle de honor para que caminaran primero mis padres. Mi padre ya está en edad avanzada pero quería que la gente viera que aún es fuerte. Lo que más me gustó fue que por primera vez teníamos una razón para juntar a las dos familias, la de mi esposa y la mía, que no fuera triste. La última reunión había sido para el funeral de mi hermano, hace dos años.

Durante el nacimiento de Jefferson, su hijo mayor, el soldado Eduardo Franco patrullaba en San Juan de Arama, Meta, la puerta de entrada a la Serranía de

la Macarena. Al regresar al batallón le entregaron un sobre que contenía una foto de un bebé y una carta de su esposa en la que explicaba que el bebé era Jefferson. Lo conoció a los veinte días de nacido, ahora va a cumplir quince años. El nacimiento de Alejandro, que va para los trece, coincidió con una operación militar en Guaviare en el que Franco participaba. Cuando se fue a terreno su esposa tenía tres meses de embarazo y en ese periodo solo pudieron intercambiar una carta. Ella le escribió en el sexto mes de gestación y le entregaron la respuesta de su esposo el mismo día que daba a luz. Eduardo Franco vio por primera vez a su hijo menor un mes y tres días después del parto.

—Ser militar es exponerse a no compartir con la familia. A mi esposa le decía que los cumpleaños o el Año Nuevo eran un día cualquiera. ¡Mentira! Lo decía de dientes para afuera. Hoy aprovecho al máximo para compartir cuanta fecha especial hay.

Jefferson y Alejandro Franco son quienes ahora interrumpen el relato de su padre. Llegan del colegio con un uniforme de pantalón gris oscuro y camisa blanca. Los tres comparten la nariz achatada, la cara ovalada, el pelo liso, grueso y oscuro y los ojos achinados. Alejandro es blanco como su padre y por eso se parece mucho más. Eduardo Franco se para, les sirve jugo y vuelve a sentarse para excavar una vez más en su memoria.

***

Las medallas, testimonio de la segunda vida de este atleta parapanamericano, cuelgan entre dos cuadros: el de un caballo negro que posa con elegancia, y un diploma de marco dorado, que certifica que el soldado profesional Eduardo Franco Contreras es paracaidista militar. De todo lo que vivió en el Ejército, lo que más le gustó fue volar.

El jefe de salto lo cogió del pecho. Una alarma y un bombillo verde se prendieron, se abrió la escotilla y se oyó un grito: "¡*Salte ya, ya*!" Le temblaba todo. Cuando empezó a contar mil uno, mil dos, mil tres, como le habían indicado que hiciera antes de saltar, ya flotaba en el aire con el paracaídas abierto. Gritaba como si quisiera que lo oyeran en la tierra que parecía diminuta bajo sus pies. Al caer, una corriente de aire lo zarandeó. Luego a enrollar el paracaídas, alzarlo, correr hacia un carro que lo esperaba, recibir un nuevo equipo, esperar otro vuelo y volverlo a intentar. Hizo cinco saltos seguidos, por eso consiguió el diploma que ahora cuelga en una pared de su casa, y lo más importante: el distintivo para portarlo en el uniforme y que todo el mundo se enterara de su hazaña.

—La primera vez, la verdad, no supe si me tiré o me tiraron. No me acuerdo de cómo se sentía el viento, no me acuerdo de nada, excepto de la sensación de mirar el paracaídas abierto y saber que dependía

de esa cúpula y de Dios. Hacia abajo solo miré dos segundos para ubicarme: los instructores nos habían advertido no hacerlo, porque se siente como si la tierra viniera corriendo a atropellarlo a uno.

***

Las escenas macabras lo atormentan. Como aquella de una anciana que iba con su nieto de cuatro años en un paraje rural del Tolima, pisó una mina y murió instantáneamente. El pequeño resistió unos minutos más, pero al final murió atrapado bajo el cadáver de su abuela. Eran dos inocentes que nada tenían que ver con la guerra, dice. Dos inocentes, insiste. Las minas han destrozado a compañeros suyos. Estallan hasta en los árboles, de arriba a abajo, y dejan solo pedacitos de botas o de camuflado, nunca el cuerpo.

– ¿Sus ojos siempre fueron de ese color bonito o cambiaron con el accidente?
–Mmm no sé... Primero dígame: ¿de qué color son?
–Entre grises y azules.
–Mis ojos siempre fueron café claro, como miel. O sea que sí han cambiado de color. Siempre me dicen que tengo ojos bonitos, pero no pensé que fuera por... hasta hoy me entero de que son grises. Con ellos tengo un problema: me duelen muchísimo. Aquí, mientras hablo con usted, me duelen impresionante. Es como si me los apretaran con mucha fuerza. Los médicos me han sugerido varias veces que lo mejor es retirarlos. Yo les digo que no y que no.

Ningún medicamento para amainar la molestia en los ojos ha funcionado. Le duelen, todos los días le duelen. Debe usar gotas lubricantes cada cuatro horas y si está en la calle cada dos para que no se le resequen ni se le rayen al parpadear.

– ¿No hay otras opciones?
–Solo que me los saquen. Pero, entre vivir con dolor y vivir sin ojos, me quedo con el dolor. Retirármelos sería la última locura del siglo. Hidalid y mis hijos dicen que si pudieran darme un ojo me lo darían, porque al menos uno sería suficiente para poder volver a guiarlos en todo.

Suspira.

–Ya vengo, voy a hacer un juguito de tomate de árbol. ¿Quiere jugo? ¿O me lo va a despreciar? Si me lo desprecia, no la vuelvo a mirar.

Se para rápidamente y se ríe camino a la cocina. Hoy, por cuenta del clima, Eduardo Franco es un repartidor profesional de bebidas: Villavicencio alcanza los treinta y cinco grados centígrados.

***

Domingo, mayo 25 de 2008. Alias *Timochenko* aparece en un video que transmite la cadena venezolana Telesur. El viento agita las plantas que están detrás suyo, así como una bandera de

A través de las curvas, el tiempo y los huecos del camino, Eduardo ha aprendido a reconocer varias rutas de buses. Fotógrafo: @ César Romero para el CNMH.

TOTTO

Colombia con las letras FARC en negro. Vestido de camuflado, con un trapo verde alrededor de su cuello y su distintiva barba, el integrante del Secretariado lee en tono más político que marcial:

"Con inmenso pesar informamos que nuestro comandante en jefe, *Manuel Marulanda Vélez*, murió el pasado 26 de marzo como consecuencia de un infarto cardíaco, en brazos de su compañera y rodeado de su guardia personal y de todas las unidades que conformaban su seguridad, luego de una breve enfermedad".

Sin la muerte de *Manuel Marulanda Vélez*, *Alfonso Cano* no se habría convertido en el número uno de las Farc. Sin la orden de perseguir al número uno de las Farc, el soldado Eduardo Franco no habría perdido la vista el 15 de junio de 2010.

—De la base de Apiay salimos con una misión: neutralizar a *Alfonso Cano*. Sabíamos que se escondía en el Cañón de las Hermosas. Nos enviaron a Neiva, Huila, y de ahí partimos en helicóptero hacia el sitio donde nos iban a insertar. Se equivocaron: a tres lanceros nos soltaron donde no era.

Al día siguiente los ubicaron en el lugar que sí correspondía. El ambiente se sentía tenso, las minas que los rodeaban eran un presagio. Había tantos artefactos instalados, recuerda él, que era como estar en una ciudad colapsada por los carros. No

en vano el Cañón de las Hermosas es considerado, según el Programa Presidencial contra las Minas, una de las nueve regiones naturales del país más afectadas por este tipo de explosivos. Las pusieron de afán, con descuido, como evidenciaban los cables sobre la tierra.

—Llegamos a un campamento donde encontramos indicios de que había estado el señor *Cano*: municiones, libros, cosas para perros. En una casa había más de dos mil cables dúplex y un cargamento de minas selladas. En dirección hacia el sector donde creíamos que se podía capturar a ese bandido, un guerrillero detenido pisó una mina. Mientras lo auxiliaban, me senté con un compañero a descansar. Resultamos hablando de nuestros arrepentimientos pero él frenó la conversación: "*Tengo que hacer una necesidad*". Insistió en que nos corriéramos un poco. Yo no quería. Entre los dos, invisible, había un artefacto.

El compañero del soldado Eduardo Franco se alejó unos tres metros. Franco se paró y al hacerlo sonó "tic", como hacen las agujas de los relojes. Miró hacia la tierra y notó un bulto pequeño. Giró el pie, o se movió hacia adelante, o quizá estornudó: la verdad, no sabe cómo se activó la mina. Solo que hubo una explosión.

—Me atendieron de una, hasta me tomaron fotos. ¿Quiere verlas?

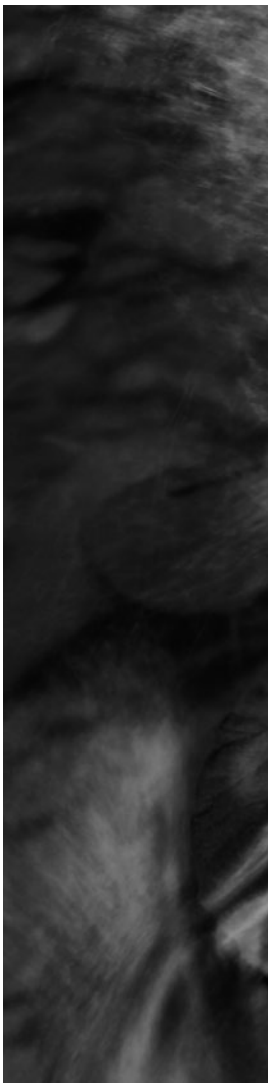
No supe qué responderle. Nadie me había hecho tal oferta. Los segundos en que balbuceé fueron suficientes para que él tomara su portátil, ubicara las fotos, volteara la pantalla hacia mí y me las mostrara.

Eran cuatro fotos. Yacía sobre el suelo y se veía un poco más cachetón, quizá por la barba abundante que había mencionado; no se afeitaba desde la misión anterior. Tenía entonces treinta años. Su cara estaba ensangrentada, su camuflado, rasgado y sus ojos, cerrados.

—Tenía muchas esquirlas en la cara, el maxilar superior derecho estaba fracturado. Perdí el conocimiento y la visión total de forma inmediata. El helicóptero que llegó a sacarme no podía aterrizar. Era demasiado peligroso, en toda la zona habían puesto minas. También podían derribarlo los guerrilleros. Así que tuvieron que bajar la camilla y montarme. Recuperé la consciencia en el Hospital Universitario de Neiva.

"*¿Quién juega hoy?*", fue la primera pregunta que le hicieron los médicos para constatar su lucidez. Para esa época en Sudáfrica se disputaba la Copa del Mundo número diecinueve. Respondió que el juego era entre Brasil y... y... no se acordaba. Tenía razón. Ganó Brasil dos a uno. El partido era contra la República de Corea.

EL SOLDADO QUE SOBREVIVIÓ UNA, DOS, TRES VECES



No es el dolor ni la llamarada ni el aturdimiento que recuerdan la mayoría de militares. No. Cuando al soldado profesional Leo Dan —nombre ficticio, en honor a uno de sus cantantes favoritos de baladas románticas— le preguntan sobre sus accidentes con minas, lo primero que se le viene a la mente es la sentencia que escuchó de boca de uno de sus superiores. "*Recuerdo clarito, clarito ese día. Yo estaba en el batallón y un coronel me dijo: 'Si se dejó herir, pues muérase. ¿¡Para qué se dejó joder?!', como si fuera culpa mía que una mina me hubiera afectado por segunda vez. 'Si quiere le llamo a Santa Clara', me decía. Santa Clara es una funeraria. ¡Fue tan denigrante! Me humilló como ser humano, como hombre y como soldado*".

Las dos primeras veces que Leo Dan tuvo accidentes con las minas hubo combate, búsqueda de agua, campamento guerrillero cerca y una mina de tensión. Fotógrafo: @ César Romero para el CNMH.

Leo Dan cierra los puños. Se pone rojo. Sus ojos pequeños se encharcan. Sube un poco el volumen de la voz. Es como si quisiera pegarle a algo, o a alguien. "*Yo no merecía esas palabras. No respondí porque, con el dolor de cabeza que mantenía, no podía escuchar bien. Aún tenía el trauma, la sicosis de lo vivido. Me sentía la cabeza hecha un nudo, llena de heridas*". Mientras lo dice, se pone la mano derecha en la parte de atrás de su cabeza, donde saltan a la vista al menos cinco de las cicatrices que le quedaron. "*Del coronel solo quería un informativo, el reporte de cómo terminé herido. Me había dado uno por el primer accidente, pero la segunda vez ya no quiso, no sé por qué. Era una persona que no valoraba a sus soldados*".

El primer encontronazo del soldado Leo Dan con una mina fue el sábado 13 de septiembre de 2003. Los soldados entraron desde el Guaviare por un brazo del río Ariari para llegar a Caño Cafre, zona rural de Puerto Concordia, un pueblo del Meta con cerca de veintiún mil pobladores. Casi el noventa por ciento de ellos vive en la pobreza, dicen las agencias del Estado. De la presencia de las Farc todos tienen certeza pero pocos la comentan. En Puerto Concordia, dos años antes de que el soldado Leo Dan y su grupo se presentaran, hombres armados ataron a cuatro niños y tres adultos en una casa y los ejecutaron con un tiro exacto en la cabeza, reportó el 2 de octubre de 2001 el periódico El Tiempo. "La gente prefiere no hablar por temor", señalaba el diario.

"*En la zona descubrimos un campamento guerrillero grandísimo, con capacidad para cuatrocientos o quinientos hombres, dentro de la selva, a la orilla del caño. Tenía un comedor gigante. Los cambuches estaban pegaditos y bien acomodados, como un batallón organizado. En el área, una unidad nuestra coincidió con un anillo de seguridad de la guerrilla y entraron en combate. Después entramos nosotros*". Al final no hubo vencedor ni vencido: los guerrilleros se retiraron y los soldados y sus fusiles hicieron lo mismo. Al otro día, sábado 13, quince soldados se fueron en hilera con cantimploras y ollas a recoger agua para el desayuno. "*No podíamos darnos el lujo de ir solos*". De regreso, Leo Dan, último en la fila, con veintitrés años, jaló un cable.

"*Sentí una explosión que me rompió el chaleco, la guerrera, la camiseta y me hizo una herida debajo de la axila derecha. Para mi buena suerte, solo fue un golpe bastante duro que me abrió una herida como de cinco centímetros debajo del brazo, y me causó un declive en el nivel auditivo del oído derecho*". El enfermero lo revisó por todos lados, sin hallar heridas más graves. Despierto, el soldado Leo Dan repetía en su cabeza el momento en que sintió como si lo hubieran pateado, como un quemonazo. El accidente fue a las seis de la mañana y en la tarde el comandante del batallón anunció que lo mejor era alistar los equipos y partir, pues las áreas minadas eran demasiado peligrosas.

Leo Dan terminó en el Hospital Militar de Apiay, en Villavicencio, del que salió con mareo y con medicamento para el oído. Tres semanas más tarde alcanzó a su batallón en Puerto Toledo, un caserío de Puerto Rico, Meta, el octavo municipio en el país con más hectáreas de coca, según la ONU, y uno de los seis pueblos que rodean la Serranía de la Macarena. Además, como un cuadro recién pintado, estaba en la memoria de los habitantes de Puerto Rico el 10 de julio de 1999: un comando de las Farc —unos vieron a quinientos guerrilleros, otros contaron hasta dos mil— atacó el casco urbano durante cincuenta y cinco horas, mató a siete personas e internó a veintinueve policías en la selva.

De Puerto Toledo los soldados se movieron a Santa Lucía. En la mañana del 8 de octubre, casi un mes luego del accidente de Leo Dan con una mina, el comandante les pidió localizar una fuente de agua para bañarse y registrar el área para evitar sorpresas. Hallaron un campamento guerrillero pequeño, tal vez de paso. Leo Dan y cinco soldados más acataron la orden de prestar seguridad y avanzaron unos ciento cincuenta metros. Un centinela de la guerrilla los descubrió. Comenzó un combate. En medio de esa lluvia horizontal de balas, un soldado jaló un cable y un artefacto, al que Leo Dan le daba la espalda, hizo explosión. El segundo accidente fue casi un *déjà vu* del primero: hubo combate, búsqueda de agua, campamento guerrillero cerca y otra mina de tensión.

"El golpe me levantó cinco o seis metros. Las esquirlas penetraron mi cabeza, mi espalda, un glúteo. Al soldado que activó el explosivo solo lo impactó una esquirla en la pierna derecha porque se protegió conmigo. Él me tocaba y hablaba para que yo no cerrara los ojos; no recuerdo más. Perdía la consciencia y la recuperaba. El centinela guerrillero aprovechó y huyó. Mis compañeros, me cuentan, me alzaron hasta Puerto Toledo. Estaba mareado. Me dolían el cuerpo, la cabeza, los brazos. La explosión fracturó mi tímpano izquierdo y volvió a afectar el que ya tenía lastimado, el derecho".

"¿Qué tengo? ¿Dónde estoy?, fue lo primero que pregunté cuando desperté y me di cuenta de que estaba en Puerto Lleras. Dijeron que ya todo había pasado. Que al trasladarme la guerrilla quiso quemar la camioneta en la que íbamos, pero salió a la carretera justo un minuto después de nosotros. Una enfermera me limpió, estaba muy sucio. Recibí medicamentos y me llevaron a un batallón para tomarme exámenes y sacarme las esquirlas de la espalda. Quedé con un pito en el oído que escucho desde hace doce años, me tuve que adaptar al trauma. No puedo usar audífonos y a veces molesta la bulla".

Tras ocho días en el dispensario del batallón, el soldado Leo Dan salió de nuevo con mareo y con jaqueca. Al pararse, sentía que se iba para adelante o para atrás o para los lados. Quedarse fijo en un punto

le era imposible: consecuencia del trauma acústico. Entonces, dice, fue a buscar al coronel aquel que, al saberlo herido, le ofreció llamar a una funeraria. "*Me reclamaba como si uno, a propósito, dejara que una mina lo jodiera. Menos mal me encontré con un sargento que preguntó qué sucedía y me ayudó con un mayor para que dieran el informativo. Es un documento que sirve para la junta médica, para demostrar que fuiste herido y te indemnicen*".

El impacto de la segunda mina fue mucho más fuerte que el de la primera; fueron cuatro meses de recuperación. Las heridas comenzaron a cerrarse aunque a veces los remanentes de la guerra lo sorprendían, como una esquirla que brotó de su oído izquierdo tres años después de los accidentes. Quería volver a patrullar. El riesgo de que una nueva explosión le lastimara los oídos era inminente, pero palidecía ante la idea de quedarse sin trabajo. "*Siempre me gustó el Ejército porque representaba una estabilidad económica, y por su disciplina. Tenía miedo de que me echaran: quería cumplir, salir pensionado. Igual tenía que acostumbrarme, mi deseo era salir adelante*".

Sepultó lo ocurrido entre septiembre y octubre de 2003 y regresó al área de operaciones. "*Lo que pasó, pasó*", solía decir. Y pasó que una bomba destruyó un edificio entero.

El 20 de febrero de 2005 el hotel Acapulco de Puerto Toledo, Meta, estalló. Murieron un teniente, un par de

soldados y, además, dos niños y un vendedor de frutas. El atentado lo ordenó Géner García Molina, el jefe del Frente Cuarenta y Tres de las Farc, a quien todo el mundo llama *Jhon 40*. En esa época, Meta, Guaviare, Putumayo y Caquetá eran el escenario del Plan Patriota, la mayor ofensiva contra las Farc, de la que hacían parte el soldado Leo Dan y unos quince mil militares más. Dos de los hombres que hoy negocian la paz en La Habana con el presidente Juan Manuel Santos, Rodrigo Londoño Echeverry —alias *Timochencko*— y Luciano Marín Arango —alias *Iván Márquez*—, junto con *Jhon 40*, fueron condenados en 2013 por el Tribunal Superior de Villavicencio a cuarenta años de prisión por el atentado. Dos días después de la explosión, el episodio del hotel ubicó al soldado Leo Dan en Puerto Toledo.

Él y su batallón salieron hacia el caserío para relevar a los militares que habían sobrevivido al bombazo y, a los cuatro días, fueron ellos los relevados. "*El comandante nos dio la orden de movernos a las dos de la mañana pero nos cruzamos en el camino con la guerrilla, que se había reagrupado para atacar a la compañía que nos había reemplazado. Comenzó un combate. Hacia las ocho de la mañana recibí un tiro sobre el tobillo izquierdo. La bala me rozó la tibia y el peroné y quemó en medio de los dos huesos, partió los cartílagos y atravesó el tendón de Aquiles. Seis soldados caímos heridos*".

Aquel disparo significó para el soldado Leo Dan vivir con medio pie adormilado por seis años y medio

y experimentar una hipersensibilidad que no se ha apagado. Andar descalzo no es una posibilidad: siente un hormigueo fuerte, como si lo atacaran con cosquillas. "*Igual, todo eso lo tuve que superar. Me adapté porque no quería perder mi trabajo. Me llevaron al Hospital Militar de Apiay, gracias a Dios esa vez estaba otro coronel. Me dieron veinte días de incapacidad. El médico me advirtió que iba a quedar con ese problema para siempre y yo, al verme así, pensé que tenía que preocuparme por ser alguien en la vida. Con el tiro ya eran tres veces las que me habían herido. ¿Y si me sacaban? Tenía que estudiar algo*".

Lo primero que hizo, en muletas aún, fue aprender a conducir. Laboró en oficinas. Regresó al área de operaciones con reticencia. Y un día, un mayor enterado de sus lesiones lo llamó:

– ¿Es verdad que usted ha sido herido en combate tres veces?
–Sí, mi mayor.
– ¿Qué siente?
–Tengo medio pie dormido y a veces duele, sobre todo cuando hay cambio de luna. Aunque nadie me crea.
– ¿Con cuál se le alborota?
–La luna llena es la más brava.
–Chino, yo le voy a colaborar. Usted se va a hacer un curso.

El mayor cumplió su palabra y envió el soldado Leo Dan a prepararse como técnico en armamento. En cuanto a armas como la ametralladora M60, el rifle P556 o el mortero, durante más de seis años él fue en el Ejército lo que es un mecánico para los carros.

Se volvió a inscribir en octavo grado y en 2007 se graduó como bachiller.

Su carrera como armero continuó. A finales de 2013 un oficial intentó una vez más enviarlo al área de operaciones, pero la presión arterial le empezó a fallar en las alturas. Le diagnosticaron estrés y ansiedad. Sobrevivió un infarto.

Aprendió a manejar motos.

Hasta que un día, por fin, le preguntaron:

—Y usted, ¿qué quiere hacer?
—Estudiar enfermería y farmacología.

"*La meta es montar una farmacia cuando me retire, para estar cerca de mi esposa, Dios me dio la oportunidad de elegirla a ella. Para estar cerca de mis dos hijos también, no quiero que ellos sufran lo que yo he sufrido. Mi familia es lo más importante. Solo me faltan dos años para la pensión*". Ese es el secreto de este soldado: debajo del uniforme yace su verdadera vocación, que es ayudar a salvar vidas. "*Si hay un herido me desboco por asistirlo, por*

estabilizarlo, por no dejar que se muera. Ya han sido demasiados los compañeros muertos que he tenido que ver".

El 29 de septiembre de 2013 fue uno de esos días en que el soldado Leo Dan tuvo que ejercer como enfermero improvisado de su batallón. Él y sus compañeros registraban un sector rural de El Castillo, un pueblo del suroccidente del Meta, a noventa y siete kilómetros de Villavicencio, que tanto las Farc como los paramilitares azotaron en su barbarie. Si su lanza, un hombre de apellido Guarín, y el soldado Roberto Carlos —nombre ficticio también— siguen vivos, es por Leo Dan.

"*Eran como las cinco y treinta de la tarde* —recuerda Leo Dan—. *Escuchamos los bombazos y en el radio dijeron que había caído Guarín. ¡Guarín no!, grité, y arranqué a correr con otros soldados*". "*Yo entraba con Guarín al rancho que habíamos levantado y le peleé por dejar unas ollas tiradas*", señala Roberto Carlos, quien se unió a esta parte de la entrevista con Leo Dan. "*Con el pie corrí las ollas, me agaché para pasar hacia donde estaba él y me envolvió un candelazo. No entendía qué había ocurrido. Guarín gritaba: '¡Ayúdenme, por favor!'. Ambos teníamos la cara llena de sangre. Me limpié y al darme la vuelta pisé otra mina*".

El soldado Roberto Carlos es un hombre joven, delgado, moreno, de baja estatura y de pelo negro.

Dice que prefiere guardar su identidad porque su caso no se ha resuelto. Tendido sobre el suelo, alguien le pasó un celular y oyó una voz familiar al otro lado de la línea: su padre. El soldado Roberto Carlos le aseguró que estaba bien. No era, sin embargo, el mismo dictamen del soldado Leo Dan que apenas se cercioró de que su amigo Guarín se hallaba medianamente estable pasó a revisar a Roberto Carlos: "*No podía ni hablar, decía que le dolía mucho*". Tenía incrustada una esquirla en la sien.

Sin cursos ni más preparación que la guerra misma, el soldado Leo Dan ejerció entonces como enfermero del batallón: "*A Roberto Carlos le apliqué tramadol y lo estabilicé, pero empezó a temblar y se puso frío. Me tocó coger dos sábanas y arroparlo de pies a cabeza, le podía dar un paro cardiaco. El enfermero era un pelado nuevo, sin experiencia, quien lo canalizó fui yo. Me comunicaron por el radio con el teniente médico del dispensario, que me preguntaba cuál era la situación. Le rogué que me mandara apoyo rápido, que el soldado ya tenía mucho desequilibrio en la voz*". Un helicóptero aterrizó a la media hora y los rescató. La conciencia del soldado Roberto Carlos, a este punto, ya se había desvanecido. Solo sabe que despertó horas más tarde sobre una camilla en Villavicencio.

"*Los médicos dicen que debí quedar loco* –afirma el soldado Roberto Carlos–. *La esquirla todavía*

la tengo, me hacen más daño sacándola. Cuando caí en la mina llevaba año y medio como soldado profesional, tenía veintitrés años. Me hicieron la junta médica y salí no apto, dicen que estar en el Ejército me perjudica la salud. Me tocó apelar al tribunal médico porque no me pensionaban ni nada, pero, según lo que dijo la junta, no puedo hacer pruebas físicas, no puedo asolearme, todo es malo para mí. Entonces, ¿qué hago? ¿De qué vivo? Solo me queda esperar a ver qué decide el tribunal".

EL HOMBRE QUE SIN MANOS DISPARA

Al cumplir quince años Juan David Arias tenía una cosa clara en su vida: quería ser sacerdote y tener algo de plata. Combinaba sus labores de acólito en la parroquia Nuestra Señora de la Valvanera, del barrio Pedregal, en el noroccidente de Medellín, con las tareas que hallaba en el camino: arreglar radios, vender pan aliñado y pasteles puerta a puerta, hacer chorizos, ayudarle a su abuelo Carlos Arturo a surtir tiendas en un camión. Los negocios producían renta, pero su vocación era la sotana. Nunca había besado a una muchacha y las fiestas que conocía eran las de sus tías, que le enseñaron a ser buen bailarín de merengue, joropo y hasta reguetón.

Había entrado al Seminario Menor de la Arquidiócesis de Medellín tres

Juan David Arias quiso cumplir la promesa que se había hecho tiempo atrás: acabar con su vida si era víctima de un explosivo. El accidente le ocurrió el 4 de febrero de 2005, cuando tenía veintiún años. Fotógrafa: @ Diana Durán para el CNMH.

años antes. Su familia había sostenido por años una relación estrecha con el catolicismo y con la parroquia de su barrio, por lo que estudiar allí para él tenía sentido. Se despertaba de madrugada y cogía un bus para estar en el centro de la ciudad a las cinco y treinta en punto y de allí partir hacia el Seminario, que queda sobre la vía Las Palmas rumbo al aeropuerto José María Córdova. Asistía a clases de latín, francés, filosofía y asuntos de fe. A las cuatro de la tarde volvía a casa.

Las dudas, sin embargo, lo perseguían. Antes de ingresar al Seminario Mayor intuía que prestar servicio militar podía ser una manera de servir al prójimo: el mismo argumento que lo motivaba a buscar el sacerdocio, del que ya no se sentía tan convencido. Su guía espiritual, un padre llamado Daniel, le aconsejó que probara la carrera de las armas antes que la religiosa para que estuviera seguro al tomar los hábitos. Y así lo hizo.

—Yo, sacerdote. ¡Eso eran otros tiempos!

Suelta una risa larga y le da un beso a su hija María José, de seis años, que lo acompañó a esta entrevista y se quedó dormida sobre su pecho. Desde que se volvió militar, Juan David Arias solo está desarmado en la ducha o en la iglesia, y eso que a veces entra a los templos uniformado y con una pistola en la cintura.

—Después del accidente me permitieron comprar mis propias armas. No fue complicado, volví a aprender rápido y lo hago perfecto. Hasta participo en competencias de tiro. Con una prótesis sostengo el arma y con la otra disparo. Están modificadas, incluido el fusil que me asignó el Ejército; les agregué algunos accesorios que me permiten mejorar el agarre. Si no los tienen también puedo disparar lo que me pongan.

Esas prótesis que oculta entre los bolsillos del pantalón cada vez que le toman fotos le permiten al capitán Juan David Arias hacer casi todo lo que quiere. Bucea. Hace canotaje, a pesar de los instructores que se oponen por temor de que no pueda volver a treparse a la balsa si cae al río. Ha escalado con una especie de garfios en los brazos que mete entre las rocas para sostenerse, invento suyo y de un amigo. Monta una bicicleta común. Al principio escribía letras demasiado grandes, las cátedras de derecho en el Externado resultaron un programa intensivo de caligrafía. Ya no estudia para ser abogado pero de eso las manos no tienen culpa. Tuvo que renunciar a la esgrima y, aunque hoy hace curso para ascender al rango de mayor, teme que lo saquen del Ejército en cualquier momento.

Han transcurrido once años y aún se olvida de que en vez de manos tiene prótesis. Más de una vez se las ha quemado al fumarse un cigarrillo. Estalla vasos de cristal por exceso de presión. Hace unos seis años viajaba de Bogotá hacia Medellín y la

del brazo izquierdo se zafó justo al dar una curva; el carro, que iba a más de ciento veinte kilómetros por hora, alcanzó a patinar sobre la vía. El susto en carretera fue tal que cambió su forma de conducir: ahora, cada vez que lo va a hacer, primero retira de su brazo la mano izquierda artificial, pone el muñón entre las divisiones del volante, mantiene la prótesis derecha en su lugar para mover la palanca de cambios y arranca. Pide ayuda para meter o sacar las llaves del encendido. Nada más.

***

Tras renunciar a la iglesia Juan David Arias eligió ser militar. Lejos del conflicto, bajo el amparo de una ciudad grande y sin que su familia conociera la violencia, tenía la impresión de que el país atravesaba un momento crítico y que él podía aportar. Pero no estaba listo. Era de baja estatura, tenía sobrepeso, no sabía qué era dormir fuera de casa y el castigo que más temía era que no le permitieran hacer platos de alta cocina. Igual se presentó al Ejército. No fue admitido y sus padres tuvieron que comprar su libreta, pero el día que fue a reclamarla lo detuvo un letrero en la zona de reclutamiento de la Cuarta Brigada de Medellín. Cuatro palabras le resolvieron el enigma de qué hacer con su vida: "*Hágase oficial del Ejército*".

– ¡Eso es ilógico! –le reprochó su padre–. Vos no sabés qué es aguantar hambre, ni comer mal, ni hacer ejercicio.

—Andá a presentarte, mijo —le aconsejó su madre—. Andá para que te digan que no te reciben y ahí sí escogés una carrera.
—Vos tenés todo mi apoyo pase lo que pase —le aseguró su abuelo, un agente retirado de la Policía—.

Para esa convocatoria, recuerda el capitán Arias, por cada cupo había cuatro aspirantes. Aprobó las pruebas sicotécnicas y de conocimiento; no pudo con las flexiones de pecho, las barras y las abdominales. La sicóloga le dijo a su madre que estaba sobrecalificado para esa profesión. Hasta que llegó el día de la verdad: para saber que había sido admitido, el código que le habían asignado en el Ejército debía aparecer en un listado del diario El Tiempo. No lo encontró. "*Vení lo busco yo*", le dijo su madre, que sí dio con él. Ella lloraba; él la observaba llorar.

—Mirá, Juan, si vos te querés regresar para la casa, contá con todo mi apoyo —le dijo su madre cuando iban en el avión rumbo a Bogotá, a la Escuela de Cadetes—.
—Yo con mucho esfuerzo te pago esa carrera que escogiste —le dijo su padre—. Pero vos acá no volvés hasta que terminés.
—Tengo que ser sincero —admite el capitán Juan David Arias—: yo entré al Ejército sin entender bien de qué se trataba nuestro conflicto.

Era el año 1999.

***

—San Vicente del Caguán.

Antes de terminar la frase, todas las miradas de sus compañeros se clavaron en su rostro. Al subteniente Juan David Arias, que había alcanzado una estatura de un metro con ochenta y cinco centímetros, un cuerpo atlético por hacer ejercicio hasta en sus ratos libres y una reputación de hombre guapo que sigue en pie, le habían preguntado a qué zona del país prefería irse. Él, voluntariamente, había pedido que lo metieran en la boca del lobo. Era mediados de 2012 y la zona de distensión, que había tenido como epicentro a San Vicente del Caguán, ya no existía; el control de la guerrilla sobre la región sí. Para arrebatárselo, las Fuerzas Militares lanzaron la operación Tanatos y a ella se unió el subteniente Juan David Arias con su elección.

—Quería saber si en realidad servía para el Ejército. En ese tiempo todo el mundo criticaba, pero nadie ponía el granito de arena que se requería para cambiar la situación de los que vivían allá. Si la gente saliera de la ciudad a esas regiones, comprendería lo que es el abandono total del Estado. Es terrible vivir en un lugar donde si vos te oponés a algo tenés que huir porque nadie va a hacer nada para protegerte o a nadie le interesa.

En Medellín la noticia ni fue bien recibida ni fue noticia: su madre encontró los tiquetes aéreos

por error. Lloraba, rezaba, le pedía a Dios que el destino de su hijo no fuera el bastión geográfico de la guerrilla, pero de nada valieron sus súplicas. Semanas más tarde él ya era un integrante más del batallón Cazadores. En esa época, los pobladores del Caquetá tenían derecho a moverse solo por ciertas vías y a ciertas horas. ¿Qué ocurría con los "desobedientes"? El 23 de febrero de 2003, antes de que el recién graduado Juan David Arias aterrizara en San Vicente del Caguán, la candidata presidencial Íngrid Betancourt fue secuestrada mientras se movía por carretera con su equipo hacia ese mismo municipio. Las Farc la mantuvieron en cautiverio seis años, cuatro meses y nueve días.

—Eran unas tierras hermosas, pero había sectores bajo el control de la guerrilla. La Teófilo Forero era la que mandaba. Ellos hacían que la gente asistiera a sus reuniones y al que no iba le imponían una multa. La gente vivía tan intimidada que evitaba a cualquier soldado. Los guerrilleros acabaron la región, la llenaron de coca y de minas. Yo veía cultivos ilícitos en fincas donde sus habitantes se morían de hambre. Los obligaban a cultivar, la plata la cogían otros.

Dice que en San Vicente del Caguán conoció la realidad de los soldados que pelean día a día, que enfrentan la guerra con valor y hasta con buen ánimo a pesar de los salarios bajos. En las veredas entre San Vicente y Puerto Rico, Caquetá, una

zona selvática, combatió en primera línea, incautó materiales de la guerrilla y desmanteló laboratorios de coca y de heroína.

Un día, al batallón Cazadores le fue asignada una misión: atacar la Columna Móvil Teófilo Forero, la facción más violenta de las Farc, la responsable de una extensa lista de crímenes. Como el asesinato del presidente de la comisión de paz de la Cámara de Representantes, Diego Turbay Cote, y de su madre en diciembre de 2000, al tiempo que esa guerrilla discutía la paz con el presidente Andrés Pastrana. El carrobomba en el club El Nogal de Bogotá, que mató a treinta y seis personas y dejó heridas a casi doscientas más. La masacre en 2007 de once diputados del Valle del Cauca, secuestrados desde abril de 2002. El etcétera es largo.

La tarea también incluía controlar la carretera antigua que iba de Neiva hacia San Vicente del Caguán, el municipio donde en enero de 1999 se habían inaugurado los diálogos de paz con las Farc. Les dieron tres meses para lograrlo pero los soldados, con el subteniente Juan David Arias como su comandante, se quedaron un año en el área rural y selvática de un caserío de San Vicente llamado Guayabal. Está ubicado en El Pato-Balsillas, la primera Zona de Reserva Campesina que se fundó en el país —creada en 1997 con Ernesto Samper de presidente—, que ocupa ciento treinta y cinco mil hectáreas.

—San Vicente del Caguán fue paz y amor en comparación con Guayabal. Pronto nos dimos cuenta de que era un sector netamente guerrillero. Ya no eran grupitos de treinta hombres sino bloques completos y nos empezamos a estrellar. En las operaciones las Farc nos superaban en cantidad. Allá una vez vi a una señora salir de su casa entre lágrimas porque habían reclutado a sus dos hijos mayores, que habían cumplido trece y catorce años, y le habían dejado a los pequeños para que la ayudaran con la siembra de coca. Eso me marcó mucho.

Los enfrentamientos entonces, cuenta el militar, parecían un juego de adolescentes. Con cada bando ubicado sobre la punta de un cerro, desde donde se analizaban los unos a los otros, los guerrilleros enviaban mensajes: "*Nos vemos en el valle a las catorce horas*". Los enemigos declarados descendían de sus fortalezas hasta la planicie y, aunque se hacían disparos, nadie moría. Luego volvían a sus guaridas. Las batallas tenían horario: desde que el sol salía hasta que comenzaba a ocultarse. Para que un soldado perdiera la vida, tenía que activar una mina. Caquetá es el tercer departamento del país donde más se han presentado accidentes con este tipo de artefactos, que allí han dejado casi mil víctimas en los últimos veinticinco años. Tres de cada cuatro han sido militares. Como le sucedió al soldado profesional Edwin Collazos.

—Él permanecía siempre conmigo. Nos disponíamos a entrar en combate y yo cogí el radio, me senté

sobre un tronco y le pedí a un soldado que me diera seguridad con cinco más para poder reportarme. Ellos y el soldado Collazos subieron a una montañita. De la nada sentí una explosión y vi tierra volando. Algo casi me cae encima, me corrí para un lado. Los soldados gritaban "¡*campo minado, campo minado*!". Pregunté quién era el herido. Al tiempo que me respondían "¡*Collazos*!", Collazos empezó a gritar.

Corrió con un sargento para ponerlo a salvo. El soldado Edwin Collazos había perdido una pierna y los dedos de una mano. El subteniente Juan David Arias y su compañero se despojaron de su armamento y se abalanzaron hacia él.

—No teníamos todos los conocimientos para hacer eso, era el desespero de saber que quien estaba allí era uno de nosotros y que se podía morir. Lo sacamos a la carretera y detuvimos un vehículo de civiles, pero no querían ayudarnos. Sabían que si lo hacían la guerrilla les quemaba el carro, nos tocó prácticamente bajarlos. Collazos fue trasladado hasta un punto seguro para que un helicóptero lo evacuara.

Cierra los ojos y sacude la cabeza. El recuerdo que acaba de evocar, se nota, fue una página difícil de pasar.

—Duré ocho días en *shock*.

El soldado Edwin Collazos se volvió abogado. La última vez que el capitán Juan David Arias lo vio fue en el Batallón de Sanidad de Bogotá, a donde Collazos volvió por un arreglo de la prótesis de su pierna mientras Arias apenas empezaba a hacerse la idea de que ya no tenía manos.

Luego fue el turno de un sargento y amigo. Perdió un brazo, una pierna y un ojo, justo antes de casarse. El matrimonio se canceló, al sargento lo pensionaron y Arias no supo más de él.

Demasiados golpes. Era tiempo de irse a casa a descansar, al menos por un rato.

***

—Ay, marica, yo estoy muerto.

Tendido sobre el suelo, con un cuerpo que no obedecía sus órdenes, el subteniente Juan David Arias creyó que el artefacto —sabrá Dios cómo se activó porque él no tiene idea— lo había matado. Segundos antes buscaba comunicarse por radio con sus superiores, se terció el fusil sobre la espalda, corrió las hojas del piso con cuidado para verificar que no hubiera explosivos, se apoyó sobre la rama de un árbol y, de repente, oyó que la rama crujía y sintió que volaba.

Cayó sobre su espalda. La cara le ardía, no oía, no veía nada por el ojo derecho. Dos pedazos de

metralla se habían incrustado en su abdomen. Se paró, intentó salir corriendo: la pierna izquierda se le partió en dos de la rodilla para abajo. Volvió a caer sobre su espalda. Los rosarios que mantenía en un bolsillo se habían desintegrado y la estampa de San Miguel Arcángel, que aún carga en su billetera, quedó manchada con gotas de sangre pero intacta. Su brazo derecho estaba destrozado y el izquierdo, simplemente, no estaba.

—Del *shock* pasé a la tranquilidad. Me convencí de que me iba a morir y tampoco quería verme así. Los militares sabemos que la muerte puede llegar en cualquier momento, pero no se nos cruza por la cabeza... nunca tenemos la idea... de que vamos a estar en condición de discapacidad.

Quiso cumplir la promesa que se había hecho tiempo atrás: acabar con su vida si era víctima de un explosivo. No había calculado, sin embargo, la posibilidad de que el fusil no quedara a su alcance o que, aun con el arma sobre el pecho, no tuviera manos para disparar. Sus esfuerzos vanos fueron interrumpidos por un soldado que apareció para rescatarlo.

—Por favor, hermano —le suplicó—, dispáreme en la cabeza.

—No se preocupe, mi subteniente: si hemos salido de todas y a usted no lo mató esto, pues no se va a morir acá.

Aparecieron más soldados que lo alzaron para trasladarlo hacia la carretera. Le cortaron el camuflado, que ya no era verde sino negro por la cantidad de sangre perdida. Él reiteraba que ese era su día. Los soldados siguieron cortando: la lucidez le alcanzó para atajarlos cuando iban por sus calzoncillos.

– ¡No sean así, déjenme morir con dignidad!

Consciente, fue evacuado en un helicóptero. El piloto lo miró y, por el sonido de su voz, reconoció al comandante de pelotón a quien solía apoyar durante los hostigamientos de la guerrilla. Los ojos se le llenaron de lágrimas al ver que no era el hombre curtido que creía, sino apenas un proyecto de adulto: el accidente ocurrió el 4 de febrero de 2005, cuando Juan David Arias tenía veintiún años.

***

Presentarse ante un desconocido le implica sacar de sus bolsillos las prótesis y, como ya le ha pasado, a veces asustar a quien le tiende la mano y se encuentra con una prótesis dura. Por eso no le gusta conocer gente. Aunque los adultos, sostiene el capitán Juan David Arias, son pobres observadores: casi nadie detecta la ausencia de sus brazos. Pocos de sus compañeros se han animado a preguntarle por su historia, algunos le han confesado que llevan años con la curiosidad viva. Los niños, en cambio, se

maravillan al ver esas manos que giran trescientos sesenta grados y hacen una circunferencia perfecta. "¡*Muéstralas*!". "¡*Rótalas*!" "¡*Quítatelas*!".

Se llaman manos protésicas MyoFacil y son elaboradas por una empresa alemana. El capitán Juan David Arias explica que están conectadas con electrodos, reciben órdenes de los propios nervios y señala en qué parte del antebrazo se unen a sus muñones. Es decir, funcionan gracias a las señales que el cerebro le sigue enviando a las extremidades que ya no están, tomando ventaja del síndrome del miembro fantasma. Todos los dedos, excepto el pulgar, están pegados y con ellos agarra casi todo lo que necesita en su vida cotidiana. Si no las quiere usar pero sí tenerlas puestas, las puede apagar con un interruptor. Son de fibra de carbono y están forradas con una tela desechable del mismo color de su piel. Quizá por eso no son obvias.

Si el capitán Juan David Arias no perdió la pierna izquierda, esa que se le terminó de partir al correr luego de haber activado la mina, es porque apenas lo ingresaron a una sala de cirugías en un hospital de Neiva —no supo en cuál— gastó sus últimas provisiones de energía y de consciencia en insultar y amenazar al médico que, al ver los tejidos de la pierna deshechos y con gran posibilidad de infectar al resto del cuerpo, insistía en que debían amputarla.

—Le dije que no me podía cortar y me desmayé. Me desperté con los brazos ya amputados, al final

me quedaron dos muñones por debajo de los codos. Se encontraba en una sala de cuidados intensivos y no podía hablar, medio pude hacerle señas a un muchacho para que verificara si tenía las dos piernas. Qué alivio cuando me respondió que sí. De Neiva me trasladaron a Bogotá y en el Hospital Militar, de nuevo, insistían en que me tenían que amputar porque me iba a morir.

Para ese momento los padres del capitán Juan David Arias ya habían llegado al Hospital Militar. A su padre le dijeron que lo mejor era despedirse. "*Prefiero quedarme con un recuerdo bonito de él*", dijo. Su hijo, algo inconsciente, lo escuchó. Despavorido ante la idea de perder la pierna, como pudo, Juan David Arias volvió al mundo de los despiertos para decirle a su madre:

—No firmés la autorización para que me amputen. Si me tengo que morir, ya déjenme morir.

Después de las operaciones le pronosticaron que no volvería a caminar, que debajo de su cintura ya no había pierna izquierda sino una masa inútil de músculos que arropaban unos huesos maltrechos sin chance de funcionar.

—Creía que lo había perdido todo, que la vida se desmoronaba poco a poco. Veía cómo mi papá, mi mamá y mi hermana se deterioraban, dejaron todo botado en Medellín para estar conmigo —dice con

tristeza—. Mi papá y mi hermana fueron recibidos donde unos amigos que nos tendieron la mano. Mi mamá comía, vivía y dormía al lado mío en el hospital. ¡Ja! Me acordé de una visita que me hizo un compañero muy chistoso. Entró uniformado, le dijo a mi mamá: 'Buenas tardes, señora, ¿cómo está?' y se hizo al lado de mi cama. Levantó la sábana que me cubría, me miró entre las piernas y me dijo: 'Yo pensé que usted había quedado grave, pero lo veo completo'. Me dio un pico en la boca y se fue. Mi mamá no entendía nada. Qué risa.

En el hospital, admite, contempló el suicidio por un segundo. Le parecía la solución más fácil. Pero si hubiera querido ejecutar la idea, no habría podido. Estaba inmovilizado y enyesado, con la pierna izquierda sostenida en el aire por un aparato porque, al bajarla, se ponía morada por falta de circulación de la sangre. Se sentía una carga para su familia, pero entendió rápido que si él moría, sus padres y hermana se empecinarían en acompañarlo hasta en la tumba. Prefirió enfocarse en su recuperación. Se fue para su casa en Medellín, donde su padre acondicionó un dispositivo para ayudarlo a soportar su pierna y día tras día hacía el esfuerzo de ponerse de pie. Tardó dos meses en dar los primeros pasos: no lo hacía tan bien como ahora, pero lo hacía.

—Los médicos no se lo explican. Mi pierna es un milagro. Pero a medida que corre el tiempo, más se siente la lesión en la rodilla. Ya veremos qué sucede.

Majo,

Un día, hace un par de años, volviste a casa del jardín con una pregunta para mí: "Papá, ¿tú te cortaste tus manos?". Te contesté de la forma más sencilla que se me ocurrió. Te dije que defendía a unas personas que no tenían cómo defenderse de otras que hacen daño, como los ladrones, y uno de esos hombres malos puso una bomba que estalló y me desapareció las manos. No te pusiste triste, no lloraste y no volviste a preguntar. Me tranquiliza saber que para ti nunca ha habido trauma porque así, sin manos, es la única forma en que me has conocido.

Al saber que tu mamá había quedado embarazada, cuatro años después del accidente, yo me sentía lleno de dudas. ¿Podré hacerme cargo de la bebé? ¿Cómo la ayudo si se traga alguna cosa? Y si nace con una limitación física, ¿cómo la cuido? Pero apareciste el 5 de junio de 2009 perfecta. Perdí la noción del tiempo mientras a tu mamá le hacían la cesárea, pero recuerdo estar en esa sala de espera. Caminaba de un lado a otro como si quisiera hacerle un hueco al piso y me asomaba cada tanto al pasillo para ver si ya venías. Hasta que por fin te trajo la enfermera. Eras peludita, tenías el pelo parado y negro y los ojos oscuros, que luego se volvieron verdes.

Aprendí a cambiarte los pañales, a vestirte y a darte el tetero sin usar mis prótesis, me daba miedo

lastimarte: ¡tú tan delicada y estas manos tan duras! Bajo mi cuidado siempre has estado bien. Al contrario, eres tú quien vive pendiente de mí, como si desde pequeña hubieras decidido echarte al hombro más responsabilidades de las que deberías. Te quedas dormida sobre mi pecho, no te mueves de mi lado cuando estudio. Eres como mi ángel guardián. Me preocupa aún que tus amigos puedan molestarte, pero desde ya veo que si te preguntan por mí tienes una sola respuesta: "Mi papá es soldado".

EL MIEDO DE ENTERRAR A UN MUERTO AJENO

De lo poco que Ana María Sabogal alcanzó a notar el día del entierro de su marido, el 11 de abril de 2008, fue que su nombre en la lápida quedó mal escrito. Se llamaba José Baronqueli Lozano Moncada, era sargento, y en el Panteón Militar del cementerio Jardines de Paz, en el norte de Bogotá, se esculpió una Y donde debía ir una I. Poco le interesó el detalle. La vocal errada era paisaje. Lo que la desvelaba era que el ataúd, trasladado desde Villavicencio el día anterior, lo había recibido sellado. No pudo abrirlo para comprobar si aquel que descendían lentamente dentro del cajón, bajo un cielo destemplado que escurría agua sin parar, era el mismo hombre con quien se había casado veinte meses atrás.

—En el Ejército nos dijeron que estaba

José Baronqueli Lozano Moncada fue enterrado en el Panteón Militar del cementerio Jardines de Paz, en el norte de Bogotá, Fotógrafa: @ María Luisa Moreno para el CNMH.

hecho boronitas, que era mejor guardar un buen recuerdo de él. ¡Pero yo quería saber a quién iba a enterrar! Quería ver un dedo, una mano, cualquier cosa que me indicara que ese era Chelo. ¿Qué tal fuera el muerto de alguien más?

Cubrir con tierra la urna sin haberlo visto agotó las últimas reservas de paz con que sobrevivía. Empezó a soñarlo vivo. Se observaba a sí misma barriendo la entrada de una iglesia antes de que comenzara la misa y el sargento Lozano aparecía, vestido de civil, a preguntarle por qué barría si él seguía con vida, si solo se había perdido. Ella discutía con él por haber se hecho pasar por muerto y ahí, en medio de la pelea, el sueño concluía. Abría los ojos y anhelaba, tanto como sus escasas fuerzas le permitían, que su esposo irrumpiera en su casa para contarle cómo se había escondido mientras una mina mataba a siete de sus compañeros, mas no a él.

La angustia de no saber con certeza si el cuerpo enterrado correspondía al de su esposo la asedió el primer mes de duelo. Perdió diez kilos, que para su metro con cincuenta de estatura era casi como desvanecerse. Las fotos de la época advierten que su cara morena y ovalada se veía macilenta, que un par de pómulos huesudos habían tomado el lugar de sus cachetes redondos y que su mirada ojerosa traducía tristeza. Tenía veintisiete años pero aparentaba diez más.

Un día su teléfono resonó: era un soldado que patrullaba con el sargento Lozano el día que falleció. Le ofreció su sentido pésame y le contó pequeños detalles de su esposo en terreno, que para ella eran grandes descubrimientos porque él no le contaba a ella de su faceta militar. El soldado relató, por ejemplo, que si el sargento Lozano le pedía a su esposa que le enviara cinco pares de medias, cuatro se los regalaba a soldados que los necesitaran y él se quedaba con el par sobrante. Y, en un descuido, el soldado le confesó que tenía las imágenes de la hora que le tomó al Cuerpo Técnico de Investigaciones de la Fiscalía recoger los cadáveres de su esposo y de los otros siete hombres que, en un área rural de Puerto Rico, Meta, el Ejército había perdido de un solo tajo en un área minada el 8 de abril de 2008.

—Yo quiero saber qué enterré. Se lo pido, se lo ruego, se lo suplico: présteme el video.

***

Con veintitrés años, Ana María Sabogal conoció al sargento Lozano en noviembre de 2004. Lo vio por primera vez el día que él entró al supermercado en el que ella trabajaba en Nilo, un municipio de Cundinamarca que bordea el río Pagüey —afluente del Sumapaz— y se rodea de montañas que derivan de la Cordillera Oriental, donde el sargento Lozano era instructor de la Escuela de Soldados Profesionales. Lo recuerda moreno, fornido, de pelo negro y

erizado, con la nariz puntuda y caída a la vez. Fue en busca de un portarretrato para poner una foto de su familia, requisito de la base militar, y le pidió ayuda a ella.

La segunda vez que lo vio ya no era la surtidora de ese supermercado, que cerró, sino la encargada de un café internet. Ella andaba despechada por un exnovio; él, que se había convertido en su amigo, le sugería que mirara para otro lado.

—No —lo interrumpía ella—, no estoy interesada.

Él recurrió a la persistencia. Esperaba a que cerrara el café internet y la invitaba a tomar gaseosa, acompañados por la mejor amiga de Ana María. Le decía que lo pensara y ella finalmente lo pensó.

Un año más tarde, en diciembre de 2008, el sargento Lozano fue trasladado al Batallón La Popa, en Valledupar, Cesar, justo cuando su perseverancia con Ana María Sabogal daba frutos. Le pidió que se casaran mientras veían televisión, no quería irse lejos sin ella. Ana María le respondió que aún era temprano para hablar de matrimonio y solo aceptó viajar con él a Cúcuta a conocer a su madre, a sus hermanos y a su primera hija, María Alejandra, que tenía dos años. A los siete meses él salió de permiso y le dijo: "*Es ahora o es ahora*". Como en Nilo no había notarías, el 10 de agosto de 2006 se casaron en la Notaría Primera de Soacha, un municipio

pegado a Bogotá por el occidente en el que vivían sus hermanas Miriam y Claudia. En noviembre se radicó con su esposo en Valledupar.

Las fotos del día de su matrimonio, que ella guarda en un álbum, son postales de dos personas felices. Sinceramente felices. Ella, con el pelo liso sobre sus hombros, usó un vestido largo color celeste, unas sandalias blancas de tacón alto y un collar y aretes plateados. Él se vistió con un traje y zapatos negros, una corbata azul oscura con rombos pequeños y una camisa blanca. Solo dejaron de reírse al tener al frente a la notaria que los casó. En una imagen él aparece subiendo las escaleras hacia el apartamento de su cuñada Claudia, donde fue la celebración, con ella en brazos: él sonríe y ella con un gesto travieso saca la lengua. En otra él está sentado en un sofá sin saco, ella permanece sobre su regazo sin sandalias y, como si estuvieran a punto de caerse, se agarran el uno del otro, se ríen y se dan un beso.

En Valledupar todo fluyó: les asignaron pronto una casa fiscal, al sargento Lozano no lo enviaron a terreno sino que lo mantuvieron en el batallón y el 22 de junio de 2007 nació su hija. Sumaron el "José" de él con el "María" de ella y la nombraron Mariajosé. De esos días quedaron otras postales de buenos tiempos, como una foto en la que el sargento Lozano, vestido con la camiseta verde oliva que los militares usan debajo del uniforme, sostiene a su bebé recién nacida a la que mira embelesado.

Sus manos morenas parecen gigantes: con una cubre la parte de atrás de la cabeza de su niña y con la otra cubre entera su espalda. La foto, recuerda Ana María Sabogal, fue tomada en Patillal, cuna de grandes compositores vallenatos como Rafael Escalona.

—Chelo tenía mal genio, pero era de esos malgeniados que se enojan tan seguido que a la vez se contentan fácil. Se ponía bravo por cualquier cosa de la niña. La sobreprotegía. Una vez, cuando ella recién había nacido, la llevamos al dispensario en su moisés porque estornudaba mucho. Él se fue a buscar a la doctora y el moisés se volteó y cayó al suelo. A Mariajosé no le pasó nada porque la cargadera estaba levantada y la protegió del golpe, pero le conté a Chelo y me gritó feo, me acuerdo.

Ese año, el sargento Lozano recibió la orden de presentarse el 19 de diciembre en el Batallón Contraguerrilla Número Cuarenta, en Granada, Meta. Se trastearon desde Valledupar a Soacha, al apartamento de Claudia Sabogal, hermana de Ana María. Si el sargento Lozano se quedaba en el pueblo, su esposa y su hija se irían a Granada con él. El 18 de diciembre fueron al centro comercial Unisur en Soacha a conseguir ropa de clima frío para Mariajosé. Le compraron un vestido, una sudadera y un par de chaquetas. El sargento Lozano compró otra sudadera para él y un par de tenis. Almorzaron, regresaron a casa, empacaron las cosas del sargento

El 10 de agosto de 2006 Ana María y José se casaron en la Notaria Primera de Soacha. El 22 de junio de 2007 nació su hija. Fotógrafa: @ María Luisa Moreno para el CNMH.

en unas cajas de cartón y él, su esposa y su cuñada Miriam se dirigieron hasta la terminal de transporte de Bogotá.

—Al despedirse me encargó que cuidara mucho a la niña y me dijo que iba a hacer todo lo posible para que lo dejaran en el batallón, para que así pudiéramos ir a vivir con él. Me dio un abrazo fuertísimo, un beso y se fue en una flota a las nueve de la noche. Esa fue la última vez que lo vi. El 19 de diciembre se integró al batallón y al día siguiente ya lo habían sacado a terreno.

Antes de salir hacia la terminal, Claudia Sabogal tomó una foto en la sala de su casa. Aquella sería la última postal de Ana María Sabogal, José Baronqueli Lozano y Mariajosé Lozano Sabogal juntos. Ana María habla de esa foto y respira hondo.

***

El 8 de abril de 2008, tres meses y dos semanas después de la partida de su esposo hacia Granada, Meta, Ana María Sabogal conversó con él en la mañana y en la tarde. Tenían quince días de no comunicarse pero ese martes, pensó ella, la suerte y la buena recepción de señal estaban de su lado. Él comentó, sin entrar en detalles, que estaba en zona rural de Puerto Rico, Meta. Preguntó por su hija, lanzó un beso, prometió volver a llamar y colgó.

El sargento Lozano y sus hombres patrullaban por el costado oriental de la Serranía de La Macarena, una reserva biológica mundial que custodian los ríos Ariari, Guayabero y Duda; en la que las Farc empezaron a expandirse desde los años ochenta; donde funcionó parte de la zona de distensión. En Meta el último monitoreo de Naciones Unidas calculó que hay más de cinco mil hectáreas de cultivos ilícitos en los seis municipios que rodean la Serranía. Puerto Rico, uno de ellos, encabeza la lista. De esas seis localidades, dicen las estadísticas oficiales, la guerra expulsó a noventa y tres mil personas entre 1985 y 2012. Las no oficiales aseguran que fueron más.

Hacia las diez de la noche, somnolienta, Ana María Sabogal se paró a apagar el televisor en el que veía alguna novela —no recuerda cuál—, pero se contuvo al ver los titulares del noticiero. Lo dejó prendido un rato más. Le bajó el volumen para no despertar a su hermana Claudia y a su hija Mariajosé. De repente, un anuncio la alertó: un sargento y doce soldados del Batallón Contraguerrilla Número Cuarenta habían caído en una zona minada en la vereda El Danubio, del municipio de Puerto Rico, Meta. Ocho habían muerto instantáneamente.

—Yo empecé a gritar como loca. Cogí el teléfono y llamé al número del enlace del batallón, el mismo sargento al que yo llamaba cuando le enviaba encomiendas a Chelo. Le dije lo de las noticias y él

me preguntó quién era mi esposo. Le dije que era el sargento José Baronqueli Lozano. Se quedó callado un momento y luego me dijo: "Él está muerto". Así. De una vez. ¡Como si nada!

Lo que siguió fue una secuencia de momentos que hoy le resultan borrosos. Cree que su hermana Claudia le arrebató el celular de la mano e insultó al sargento por su falta de tacto para darle a su hermana la noticia más dura de su vida. Cree que su hermana Miriam llegó. Cree que luego la llamó el sacerdote del batallón, quien confirmó la muerte del sargento Lozano y explicó que apenas empezaban la penosa labor de llamar a las ocho familias. Cree que su hermana Claudia también peleó con el cura y que fue ella quien le avisó a su suegra, doña Emma Moncada, que tenía sesenta y tres años y diabetes. Cree que después entró la llamada de un mayor del batallón para confirmar, por tercera vez, su luto.

—El mayor me dijo que nos podían enviar el cuerpo, pero yo le dije que iba por él.

El 9 de abril de 2008, Ana María y Claudia Sabogal viajaron a la base militar de Apiay en Villavicencio a esperar los restos del sargento Lozano. El mal tiempo retrasó la salida de los helicópteros con integrantes del Cuerpo Técnico de Investigaciones de la Fiscalía para recoger los cadáveres; lograron despegar hacia las tres de la tarde. A las siete de la noche les informaron que

los cuerpos serían trasladados hacia la funeraria. El mayor del batallón que la había llamado la noche anterior le entregó las pertenencias de su esposo que se pudieron recuperar: la billetera con algo de plata y con fotos de Mariajosé, la sudadera y los tenis que había comprado en el centro comercial Unisur, una media rosada de su hija y la memoria de una cámara fotográfica de alguien más.

La viuda del sargento Lozano insistía en que le dejaran ver a su esposo, pero incluso su suegra estaba convencida de que el suboficial se había reducido a polvo. Esa noche del 9 de abril de 2008, a la espera del cadáver del hombre que amaba, Ana María Sabogal sintió que el tiempo corría con extrema lentitud. Ensimismada, trataba de rescatar las palabras que el suboficial había consignado para ella en la única carta que había podido enviarle desde el Meta, exactamente tres meses atrás:

"*Mis loquitas me han hecho mucha falta y todas las noches al acostarme le doy gracias a Dios por tenerlas a ustedes* (...) *He soñado mucho con las dos y a ti te vi embarazada nuevamente y estabas feliz y a mi Joselita la he visto hermosa, lo del embarazo espero que solo haya sido un sueño, ya que un próximo me gustaría estar todo el tiempo* (...) *Las adoro y sobre todas las cosas quiero verlas pronto (...) No me olviden nunca que yo a ustedes no las olvido* (...) *Santalucía, Meta, 09 de enero de 2008*".

José Baronqueli Lozano era sargento, en su lápida se esculpió una Y donde debía ir una I, pero a Ana María le procupaba más saber que sí era su marido el que estaba enterrando. Fotógrafa: @ María Luisa Moreno para el CNMH.

SARGENTO VICEPRIMERO
EJERCITO NACIONAL
JOSE BARONQUELY
LOZANO MONCADA
9 JUN 1979
2008
2-2-472

La velación fue el 11 de abril en la capilla del Cantón Norte, en Bogotá. Ana María Sabogal se vistió, cree, con un pantalón negro, unas botas negras y una blusa blanca. La iglesia se encontraba repleta de caras sombrías en uniformes de gala. Doña Emma Moncada viajó con dos de sus hijas al funeral en el que a duras penas se cruzó palabra con su nuera, a quien le reclamaba que quisiera enterrar a su hijo en Bogotá. Doña Emma quería enterrarlo en Cúcuta para poder visitar su tumba; Ana María quería que ella y su hija pudieran hacer lo mismo.

En el panteón militar del cementerio Jardines de Paz, donde nunca escampó, los esperaban una carpa, una banda y pocas sillas. Mientras descendían el ataúd los soldados siguieron la costumbre de disparar balas de salva, o eso le contaron sus hermanas, Ana María Sabogal no las oyó. Echaron tierra sobre el cajón, la familia del sargento puso algunas flores, ubicaron la lápida que tenía una Y donde correspondía una I —al respecto le indicaron que ya nada se podía hacer— y antes de que la jornada fatigosa acabara, cuando los asistentes partían, un teniente se acercó a la viuda.

—Me dijo que era mejor empezar a alistar los papeles de la pensión.

***

El soldado finalmente accedió y, por correo postal, le envió el video del levantamiento de los ocho

cadáveres que habían quedado en el área minada de la vereda El Danubio el 8 de abril de 2008. Ana María Sabogal quería disipar los interrogantes que incitaban su insomnio: ¿había enterrado a su marido? ¿Y si el cuerpo que yacía en el panteón militar del cementerio Jardines de Paz era de otro hombre? ¿Y si su esposo estaba vivo?

Tomó el disco en sus manos, cerró los ojos, respiró profundo y lo introdujo en el computador. Sus hermanas Miriam y Claudia, sentadas a su lado, le preguntaron si se sentía lista. Ella respondió que sí y cliqueó el botón de reproducción.

Se detuvo. No fue capaz. Tuvo que repetir el ritual al día siguiente.

—Yo le tengo pavor a la sangre, me da malestar y rebote, pero creo que Dios me dio el valor de ver todo el video. Quería reconocer a Chelo. Aunque no podía dejar de llorar, fue un alivio.

Ana María Sabogal cuenta que el video —aclara que lo mantiene bajo llave y no lo presta— empieza con el aterrizaje del helicóptero, el mismo que partió al tiempo que ella y su hermana Claudia aguardaban en Apiay por el cuerpo del sargento Lozano. De la aeronave se bajan funcionarios del Cuerpo Técnico de Investigaciones de la Fiscalía que son recibidos por algunos militares. Todos avanzan selva adentro. Al llegar al sitio de la explosión comienzan a poner

Para el nacimiento de su hija sumaron el “José” de él con el “María” de ella y la nombraron Mariajosé. Fotógrafa: @ María Luisa Moreno para el CNMH.

piezas de señalización, aquellas fichas amarillas de plástico con números o letras con que se marcan las evidencias. La voz de alguien detrás de cámaras identifica, nombre tras nombre, a los militares muertos.

—Todos ellos se veían completos, mi esposo estaba completico. Tenía un hueco por la parte de atrás de la cabeza, una esquirla entró por ahí y le salió por un ojito. Fue duro, pero la verdad pensé que estaría peor. ¡Como nos dijeron que había quedado hecho boronas! Yo le vi la cara, quería vérsela. A mí me contaron que él y un soldado salieron a llamar por radio para reportarse y ahí las ondas electromagnéticas activaron la mina. Que el perro no la detectó. Que nadie la pisó.

El general Guillermo Quiñónez Quiroz, comandante de la Cuarta División en 2008, explicó a los medios de comunicación que los ocho hombres habían muerto durante una misión contra las Farc. Afirmó que en El Danubio los militares habían dado con una zona minada en serie: al activarse el primer artefacto se activaron todos los demás.

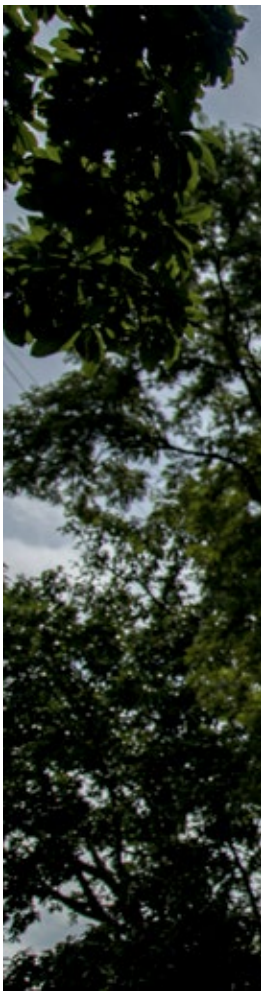
—En el video se ven los cascos tirados, los equipos, los árboles como si los hubieran picado con un machete. Todos los soldados, menos Chelo y el que sostenía el radio, quedaron carbonizados, pero los señores del CTI los limpiaban con un trapito y la cara volvía a su color natural. Solo uno perdió una pierna. De nada valía seguirlo negando: Chelo sí estaba muerto.

Su hija Mariajosé sabe de la existencia del video pero no lo ha visto. Su madre, que hoy tiene treinta y cinco años, lo guarda con recelo en una maleta azul en su clóset, donde mantiene también la ropa con la que le gustaba ver a su marido. Mariajosé sabe cómo murió su padre —su madre lo contó en una entrevista con el sicólogo del colegio— pero, con ocho años, no entiende qué es una zona minada. Para la última fiesta de disfraces en que participó, su madre mandó a confeccionar para ella una falda verde que caía debajo de la rodilla, una chaqueta verde con botones dorados, insignias sobre el brazo derecho, y un sombrero verde con el escudo de Colombia: Mariajosé Lozano se disfrazó de sargento segundo, el rango de su padre al morir.

Ana María cuenta que a veces, de la nada, su hija empieza a llorar, desconsolada, por la falta que le hace su padre. Entonces sus ojos se llenan también de lágrimas, como pasa cada vez que habla del socio de vida que perdió hace ocho años. La abruma el no poder hacer mucho para que su niña deje de sufrir, pero en su propio corazón roto no halla consuelo. Lo único que se le ocurre es mantener el ritual de cada domingo: visitar el Panteón Militar del cementerio Jardines de Paz, buscar la tumba de su marido y darle un beso, la lápida está repleta de ellos. Luego, actualizar al ausente con lo que acontece en sus vidas, rezar un Padre Nuestro y ponerle canciones. En especial, aquel vallenato de Miguel Morales que el sargento Lozano solía cantarle cuando vivían en Valledupar:

"No habrá tiempo ni distancia para quererte
no habrá noche ni mañana que no te piense..."

RELATO DE UN CABO QUE LE RUEGA A DIOS NO TENER QUE MATAR A NADIE



**Nombre modificado por petición del suboficial*

En medio del enfrentamiento observó a un guerrillero a unos trescientos metros. El soldado que estaba a su lado también se dio cuenta y preparó su arma, pero lo venció el miedo y no fue capaz de usarla. Su comandante, un coronel, fue el tercer hombre en notarlo pero, aunque el guerrillero parecía estar casi al alcance de la mano, las balas que salían de su pistola no cubrían la distancia y se quedaban en el camino. El cabo S* comprendió, entonces, que él tendría que hacer el tiro.

—Y justo se me trabó el fusil —dice con un tono de voz suave y, a la vez, el

El cabo S piensa que lo que le ocurrió es una lección de vida, que le señaló errores, lo acercó a su familia y que le demostró que podía ser algo más que un soldado. Fotógrafo: @ César Romero para el CNMH.

acento golpeado de los santandereanos—. Lo bajé para destrabarlo y al levantarlo el guerrillero se había ido. Me salvé de matar a una persona más. No sé a cuántos he matado, en combate uno ni sabe a quién le dispara. Tampoco me gustaría saberlo, no me hace sentir orgulloso. Lo hago porque toca: es el guerrillero o soy yo. Es duro enfrentarnos con desconocidos porque nos contrataron para eso. Algunos compañeros no lo superan y matar se les vuelve tan normal como comer. Para mí sigue siendo complicado, difícil, duro. Ese día, Diosito me trabó el arma.

Tenía veintisiete años y había sido asignado desde mayo de 2013, noventa días después de su accidente con una mina, a la base de la Fuerza de Tarea Quirón, situada en una de las zonas más rojas de Arauca: una vereda de Tame llamada Puerto Jordán. Para las Farc, su nombre es Pueblo Nuevo y su fundador el jefe guerrillero *Grannobles,* hermano del integrante del Secretariado conocido como el *Mono Jojoy* quien murió cuando su campamento fue bombardeado en 2010 en el Meta. Desde finales de 2012 de *Grannobles* no hay rastro. Se ha dicho que fue fusilado por las propias Farc y también que está radicado en Venezuela.

La Fuerza de Tarea Quirón fue inaugurada en diciembre de 2011 y concentra unos quince mil militares, entre los que se contaba el cabo S. En números son superiores a los guerrilleros, pero Arauca

es territorio de las Farc y del Eln desde hace más de treinta años. El domingo 23 de febrero de 2014, por ejemplo, sobre una vía secundaria que lleva a Puerto Jordán, los *elenos* atacaron una caravana en la que se movía la candidata presidencial del partido de izquierda Unión Patriótica, Aída Avella. Al menos nadie salió herido.

—Vivíamos en un búnker de resistencia —cuenta el cabo S—. No se podía salir al pueblo, para hacerlo tocaba mínimo con treinta hombres armados y equipados.

En los cuatro meses que permaneció en aquel lugar llegó la guerrilla en dos ocasiones a atacar la base militar. El cabo tenía dificultades para sostener el armamento: su mano izquierda, lastimada por la mina, no era tan ágil como antes. Por eso se demoró tanto en destrabar el fusil aquella vez que en pleno combate un guerrillero se ubicó prácticamente en sus narices.

—Las explosiones en la base me molestaban el oído, crecía el dolor. Pero tenía que salir a reaccionar con el pelotón. Si yo no les daba moral a los soldados, ¿quién, entonces? Tuve muchos inconvenientes con mi coronel, él sabía todo e igual me puso a cargo de un mortero de 60 milímetros.

Un mortero es un arma con la que se lanzan granadas: cada granada arrojada traía una explosión, y con

cada explosión, más se perjudicaba el oído izquierdo del cabo.

En la base militar de Puerto Jordán difícilmente podía conciliar el sueño. Tampoco comía, se adelgazó. El cabo S dice que a los militares afectados con minas los dejan de enviar a patrullar, pero él se siente vulnerable en cualquier sitio. Casi tres años luego de su accidente tiraron un *rocket* contra la base militar en donde ahora vive, que es bastante extensa y está en medio de una ciudad principal.

—En esta profesión, queramos o no, tenemos que estar pendientes y volver a tomar las armas en caso de tener que defendernos. En Puerto Jordán se suponía que no podía hacer ese trabajo y se lo dije al abogado, al asesor del coronel. Salí de permiso y al volver me enviaron a Tame, otro municipio de Arauca.

Durante su permiso viajó a visitar a su esposa embarazada en Soacha, un municipio pegado a Bogotá por el occidente. A su niña mayor, que va a cumplir seis años, la conoció cuando tenía un par de meses. Mientras ella nacía él patrullaba en La Manisosa, un caserío de Santa Rosa del Sur —sur de Bolívar— que está a dos días en mula del casco urbano del pueblo. En Soacha, sin embargo, se dio un milagro: su esposa, a la que veía sesenta días cada año, reventó fuente justo cuando él dormía a su lado. De inmediato se fueron al Hospital Militar

de Bogotá; las contracciones eran cada vez más fuertes. En la sala de espera apareció un médico que se fue a buscar al anestesiólogo, luego apareció el anestesiólogo sin el médico, ella comenzó a pujar, el cabo S corrió a buscar al médico y, al volver, encontró a su bebé en manos del anestesiólogo. Era 17 de junio de 2013.

—Ser testigo de un nacimiento es motivador, sobre todo si es el hijo de uno y después de ver tanta cosa mala...

Cuando terminó el permiso y viajó a Tame fue nombrado secretario de los asesores jurídicos de dos batallones. El insomnio persistía y, cuando por fin se dormía, eran las pesadillas las que lo atormentaban. Pero al menos, señala él, se encontraba lejos del comandante que le había asignado el mortero. En Tame permaneció un semestre, hasta que lo enviaron a la ciudad principal donde todavía está.

En Tame y en Puerto Jordán su mano, su oído y su pierna izquierda seguían pagando las consecuencias de lo sucedido el 7 de febrero de 2013. Caminaba de madrugada por zona rural de Arauquita, un municipio que el río Arauca separa de Venezuela, arropado por una oscuridad suprema. Eran las tres de la mañana y dependía de lo que sus ojos y los de sus compañeros detectaran. Siete horas antes, su pelotón había recibido instrucciones de moverse cinco kilómetros y así llegar a un campamento recién

bombardeado por la Fuerza Aérea, en donde se presumía podría estar el jefe de la compañía Drigelio Almarales de las Farc, un hombre identificado como *Jainover*. Los militares en realidad se referían a él como el *Cazapelotones*: constantemente emboscaba a la Fuerza Pública y le atribuían la muerte de más de ochenta uniformados.

El cabo S iba con un morral a cuestas que pesaba casi treinta kilos por los proveedores, la comida, los libros, las partes de armamentos y hasta los folios de vida de sus soldados. Se sentía cansado, enfermo, con fiebre y malestar, y sobre todo, enojado con su comandante. Ni él ni sus compañeros, aunque les habían dado coordenadas exactas, entendían hacia dónde se dirigían.

—Preciso ahí nos perdimos, ¡menos mal! Digo menos mal porque el soldado que venía delante de mí y el que venía detrás estaban lejos, por eso a ellos no los afectó la onda explosiva.

Han pasado más de tres años desde ese accidente que, asegura el cabo S, ocurrió para darle una lección de vida, señalarle sus errores, acercarlo a su familia, mostrarle que podía ser algo más que un soldado. No quiere que su hijo sea militar, preferiría verlo en otra carrera. A nadie le aconseja ya que ingrese al Ejército. Él, por su parte, vive día a día con la incertidumbre haciéndole sombra: está a la espera de que la junta médica determine su nivel de incapacidad y si puede

seguir o no en el Ejército, pero es consciente de que en "la civil", como llaman los militares a la vida sin uniforme, no tiene lo suficiente para defenderse. Con resignación, admite que no sabe más que del conflicto. A veces se imagina que se convierte en periodista y da a conocer la vida militar "en realidad"; a veces se sueña como un médico que atiende a personas de bajos recursos heridas en áreas minadas.

—Si cuento mi historia es porque quiero que todo el mundo sepa qué es lidiar con esto. Bueno sería saber la razón: ¿por qué acaban a la gente con explosivos que ponen cobardemente, y que mutilan y matan a los soldados y a la población civil? Qué fácil es hacer daño sin arriesgar el pellejo. Los guerrilleros deberían pedirles perdón a sus víctimas; siento rencor hacia ellos por mí y por todos los afectados. Ojalá la paz llegue algún día para que al menos mis hijos o mis nietos la conozcan. Aún no me siento preparado para irme del Ejército, pero es lo que hacen: nos sacan con una indemnización y adiós.

En los últimos veinticinco años se han contado seiscientas dos víctimas de minas o remanentes de guerra en Arauca. En promedio, dos cada mes. Poco más de la mitad eran militares.

"¡¿Qué me pasó?!"

El 7 de febrero de 2013 el cabo S y su pelotón cumplían cuatro meses en Arauca; les faltaban

cuarenta y cinco días para salir a descansar. En esa región, que es llanura, veían con frecuencia culebras, chigüiros, micos y marranos de monte, así como mismís y zancudos. Para dormir, debían inundar los toldillos con repelente y al bañarse se les pegaban las sanguijuelas. Encontrar fuentes de agua dejó de ser un alivio cuando se dieron cuenta de que la guerrilla vertía en ellas insecticidas.

En Arauca, además de los animales, el cabo S veía de cuando en cuando a personas en caballo tratando de irrumpir en los campamentos. Su propósito, según él: establecer cuántos soldados había, en qué parte, y dar aviso a la guerrilla. Lo que vivió en ese departamento lo llevó a concluir que los civiles ayudaban a la guerrilla bajo coerción o por motivos económicos, no por ideología. Sin embargo, más de una vez, dice, mezclarse con la población civil les trajo problemas a los militares.

—Eso me acuerda de una anécdota de hace un par de años: llegó un muchacho entre lágrimas a decir que la mamá se había enfermado y pidió que le compraran un marrano para tener algo de plata. Los soldados se lo compraron, prepararon la comida y al rato empezaron a sentir dolor de estómago: el Eln había ordenado envenenar la carne con raticida. Un soldado murió y un cabo y cinco soldados se intoxicaron. El muchacho que les vendió el animal tenía diecisiete años.

En la madrugada de ese 7 de febrero continuaba la búsqueda del campamento bombardeado de la compañía Drigelio Almarales de las Farc. Inteligencia militar le había informado al pelotón que en el sector había ochenta guerrilleros y su misión era ir a "cerrar", es decir, limitar los espacios alrededor del campamento para que los guerrilleros se enfrentaran o se rindieran. La marcha fue interrumpida cuando la pierna del cabo se enredó con una rama. Su reacción fue jalarla con fuerza. Al hacerlo vino la explosión; todo el impacto lo absorbió el lado izquierdo de su cuerpo.

—La onda me lanzó a un metro de distancia, quedé inconsciente. Como a los veinte minutos me desperté aturdido, mareado, con un dolor de cabeza fuertísimo. El oído izquierdo me dolía y sangraba, toda la cara me sangraba. ¡¿Qué me pasó?!, gritaba. "*Tranquilo que no fue nada grave, mi cabo*", me respondió un enfermero, quien me dijo que me había rajado la cabeza. Luego me miré la mano izquierda: había quedado luxada, tenía una fractura y también sangraba. Mi pierna izquierda, igual.

La causante fue una mina. Una de tres enterradas, gigantes todas, que explosionó cuando el cabo S jaló sin proponérselo el cable que la había activado. Se quitó lo que quedaba de su bota, una esquirla la había roto casi por completo. Otra lastimó su pierna izquierda, cortándola sobre el tobillo. Se golpeó la espalda y en la zona lumbar tenía incrustada una

más que le producía mucho dolor. Perdió parte del dedo pulgar de la mano luxada. El enfermero del pelotón que le prestó los primeros auxilios se cercioró de que no tuviera esquirlas en la planta del pie, le puso apósitos en la espalda y le suturó la pierna.

—La mano me dolía muchísimo, el enfermero me la cuadró como pudo. Aunque el dolor era impresionante no me la quería ver así. En general me dolía todo, pero gracias a Dios estaba completo.

Hizo un conteo de afán de los soldados que habían transitado por el mismo punto en donde el artefacto explosivo lo arrojó a él por los aires. Según sus cálculos, fueron veintiuno. Cuarenta y dos pies habían andado el mismo camino sin enredarse con el cable con que él sí se enredó. La explicación, afirma, solo puede ser una: la mina tenía su nombre.

—Nunca me enfermaba ni me gustaba ir a hospitales, y ahora... No me imagino cómo será para los que pierden sus piernas o sus ojos. No volvemos a ser los mismos, la guerra nos cambia. Tantos combates que tuve en Arauca, ¡y preciso me levanta una cosa de esas! ¡Qué rabia! Hubiera sido mejor joderme con el enemigo.

El pelotón dejó intactos los otros dos explosivos y siguió; horas más tarde otra unidad despejaría el lugar. La prioridad era evacuar al cabo S y recoger a los guerrilleros que habían muerto en el

campamento, del que estaban a un kilómetro de distancia. Los compañeros del cabo le quitaron su equipo de campaña y él se fue caminando despacio, con sus brazos apoyados sobre los hombros de un par de soldados. Ignora cuánto tiempo les tomó llegar, pero tiene claro que en el campamento bombardeado no se encontraba alias *Jainover* —moriría en combate diez meses después—, que había dos guerrilleros lastimados y que al menos cinco habían muerto.

—Ver muertos es muy duro, incluso si son del enemigo. Peor es verlos en ese estado: las bombas los destruyen, de un ataque con bomba no se sacan cadáveres sino pedazos.

Dos horas luego llegó un helicóptero en el que abordaron a los guerrilleros que habían sobrevivido y al cabo S rumbo al dispensario de Tame. Él iba callado, desorientado, deseando que lo atendieran de urgencia. Ellos iban malheridos y sus ojos emanaban resentimiento.

De Tame lo mandaron a Yopal y diez días después al Hospital Militar de Bogotá, donde empezó el proceso de las cirugías. Fueron tres: una por fractura de radio y cúbito, otra por fractura en la pierna y una última en la mano. Su esposa se vino a enterar después de las operaciones.

—Al principio le di una versión distinta, siempre le decía otras cosas para que no preguntara. No

quería preocuparla o a mis padres, obvio ella iba a contarles. Si de mí hubiera dependido, me hubiera hecho las operaciones en Yopal para recuperarme lejos, no quería que me vieran así. Me sentía como una carga, enfermo y con dolores. No quería generar lástima. No creo que la genere, pero mi familia dice que no ve a la misma persona de antes. Volvería a terreno mañana, pero no puedo dar el cien por ciento. Extraño estar en las operaciones con mis hombres. Extraño hacer pesas. Trotaba, nadaba y jugaba fútbol, con mi hermano hasta jugamos en las inferiores del Atlético Bucaramanga —él más que yo— cuando teníamos quince años. Muchos de mis compañeros también me preguntan: "*¿Qué pasó, mi cabo, si usted era más acuerpado*?". Ya no me da.

La mina hizo explosión lo suficientemente lejos de él para que no perdiera la pierna o el brazo, pero no tanto como para no afectar su espalda, su fuerza o su movilidad. Antes alzaba hasta ciento veinte kilos, un peso que corresponde a la categoría máxima en levantamiento de pesas y que representa una gran disciplina para un hombre que mide un metro con setenta. Su cuerpo, como se lo han manifestado otros soldados, deja ver que sus rutinas físicas se han reducido. Tuvo que hacer ciento cincuenta sesiones de fisioterapia para la mano, cien para el pie y cuarenta para la columna. Luego de tres meses de recuperación en el Batallón de Sanidad de Bogotá, donde vio a varios heridos volverse drogadictos, le anunciaron que regresaría a Arauca, en donde

permaneció casi un año más entre Puerto Jordán y Tame.

—Negarme a ir a Arauca no era una opción, yo era el que sostenía la casa. Y no es tan fácil como salirse y ya. Después de doce años en el Ejército, ¿qué me voy a hacer a la civil si no estoy preparado para nada allá afuera? Sé de leyes, de armas, de tácticas, de la guerra. No sé más. Si dejaba de trabajar, ¿quién alimentaría a mi esposa y a mis hijos? Mis papás no saben bien cómo fue el accidente, ni que casi muero en combate.

En las últimas frases se asoma un dejo de tristeza. Su rostro corto, ancho y trigueño, de mentón afilado, nariz y ojos cafés pequeños y pómulos sobresalientes conservaba una expresión de seriedad que se multiplicó al revelar esas confidencias. Con la mirada perdida, el cabo S dejó de hablar por un momento.

Hoy

En 2014 salió de Arauca para una ciudad principal donde permanece. Lo ubicaron en la compañía de instrucción para recibir a los soldados nuevos, iniciarlos, enseñarles sus funciones en el Ejército y cómo va a ser su vida a partir del momento en que se ponen el camuflado. Para mostrarles cómo disparar debía usar protectores y así no afectar su oído. Al tiempo, las consecuencias del accidente continuaban latentes en él.

—Me molestaban mucho los gritos del comandante y, en la casa, por el llanto de mis hijos no podía dormir y me exasperaba. Mi situación mental se agravó. El médico escribió en mi historia clínica que no puedo tener estrés ni me puedo involucrar en operaciones. También me prohibió el porte de armas. Antes del accidente era sumiso, como me educaron mis padres. Después no me aguantaba nada y estallaba de formas no adecuadas, magnificaba todo.

Su dificultad para manejar sus emociones salió a flote cuando un oficial, cuenta el cabo S, lo trató mal a él y a un soldado. Lo amenazó con abrirle una investigación y le recriminó usar su condición médica para hacer lo que se le antojara. El encontronazo escaló a tal punto que varios soldados tuvieron que intervenir y sacar al cabo para evitar un desenlace desdichado. Ya entonces le habían diagnosticado trastorno de adaptación, que se reconoce, entre otros síntomas, por las actitudes desafiantes o impulsivas.

—He tenido varias crisis pero me las guardo, trato de calmarme yo mismo porque no me gusta ir al médico. Ahora tengo vértigo incapacitante y no puedo salir solo a la calle, es mejor que vaya acompañado. O, si por cualquier razón salgo solo, debo andar con mucho cuidado. Para mejorar tengo que hacer unas terapias que todavía no me autorizan, son muy duras y puedo empeorarme.

Le costó aceptarse como un subordinado más de varios comandantes a la vez. Los síntomas aumentaron y el diagnóstico evolucionó a trastorno mixto de ansiedad y depresión y estrés postraumático. Toma varios medicamentos para el sueño, el dolor, el mareo, la depresión y el vértigo. Asiste a cita con un siquiatra una vez y a la sicóloga dos veces cada treinta días. A ella, particularmente, le agradece haber conseguido que él discutiera con su familia las huellas de la guerra en su cuerpo y en su mente; antes, a duras penas, lo hacía con sus compañeros. Se sentía convencido de que podría superarlo todo solo, que eran problemas temporales.

El tiempo y los síntomas acentuados le advirtieron que por su cuenta no lo lograría. Se volvió un hombre irritable. Su esposa, que había dejado Soacha para irse a vivir con él en la ciudad principal, estuvo a punto de irse; sus hijos eran el rostro del daño colateral del que tanto hablan los textos de guerra. Los medicamentos le ayudaban a pasar la noche aunque amanecía agotado, o con dolor en el brazo, la pierna y el oído izquierdos. Si no los ingería, se levantaba en medio de la noche agitado, como si estuviera con sus soldados en terreno o atendiendo heridos. Todavía necesita de esas drogas pero, al menos, ya no es tan común que se despierte entre gritos, como sucedía en Arauca. Su esposa, confiesa atribulada, llegó a sentir miedo de dormir con él.

El cabo S a veces se imagina que se convierte en periodista y da a conocer la vida militar en “realidad”; en otras se sueña en que es un médico que atiende personas de bajos recursos heridas en áreas minadas. Fotógrafa: @ María Luisa Moreno para el CNMH.

—Convivir con mi familia ha sido difícil porque desde pequeño he sido distante. Solía estar con mi esposa y los niños dos periodos al año. Fue complicado estar más tiempo con ella, escucharla. Sigue siéndolo. A veces como que no me hallo y quisiera volver al área de operaciones, es cuestión de costumbre. Ella estudia y se dedica a nuestros hijos, y es para quien todo esto ha sido más duro.

Dice que a él y a sus compañeros los mentalizaron para defender la patria, la población civil, la familia, los compañeros; para pelear por una causa justa.

—Pero ver tanta muerte es impactante —expresa con un tono de voz que revela fatiga—. Me da vaina ponerme a contar todo esto, no quiero revivir esos momentos...

De nuevo, el cabo S guarda silencio por un rato.

—Al principio tenía tantas pesadillas que no quería ni dormirme. Soñaba con los cadáveres, con los gritos, con las áreas minadas, con los combates. En los sueños siento la zozobra de que algo va a ocurrir, o revivo mi accidente. La imagen que más vuelve a mi cabeza es la de los erradicadores: lo que ocurrió esa vez es lo que más me ha afectado en la vida.

Cuando un soldado llora

Cree que sucedió a finales de 2009. De la fecha no está tan seguro pero sabe que fue mucho antes de que una mina se activara a su paso en Arauca. Él y otros treinta y cinco militares custodiaban a treinta y dos erradicadores manuales de plantas de coca y andaban por un lugar que los pobladores llaman Mil Ochocientos, zona rural de Santa Rosa del Sur. Este municipio del sur de Bolívar es una puerta hacia la Serranía de San Lucas, un macizo de bosques tropicales en el centro del país al que el

Eln llegó desde los años setenta y que la minería y la tala de árboles se están devorando.

El comandante del cabo S, un capitán, le ordenó a él y a trece soldados salir primero y asegurarse de que la ruta por la que los erradicadores iban a pasar estuviera limpia. Era un camino de herradura de un kilómetro y medio en una zona selvática y empinada. Al arribar a la meta el cabo llamó al capitán, le notificó la ausencia de obstáculos y le confirmó que los erradicadores podían arrancar.

Una hora más tarde se oyó una gran explosión. El cabo se puso nervioso, se asustó, pensó que había empezado un combate o que habían emboscado al grupo con el que se había quedado el capitán atrás. Enseguida se comunicó con él, quien le aseguró que estaba ileso. Entonces acataron: algo grave había sucedido a medio camino. El capitán le ordenó devolverse con el mayor de los cuidados y, al llegar, se encontró con una catástrofe. Sus soldados, hombres de veinte y veintiún años, se tiraron al suelo a llorar. Jamás habían visto algo semejante. Él, con veinticuatro años y un poco más de experiencia, tampoco.

—Personas abiertas. Personas sin piernas, sin manos, sin cabeza. Personas gritando ¡ayúdenme, ayúdenme! Personas heridas con esquirlas. ¡Fue tenaz! Un erradicador, que no se veía tan lesionado, empezó a ayudarnos con los heridos, todos civiles. A

los erradicadores no los conocía mucho; a veces eran indisciplinados, jugaban cartas, hablaban en voz alta y hacían bulla. Vivía llamándoles la atención, pero eran gente humilde a la que cuidábamos desde hacía casi ocho meses, con quienes mis soldados habían hecho lazos de amistad. Sentía ganas de llorar, impotencia, furia. ¿Qué sucedió? ¿Qué se hizo mal? ¿Por qué ellos y no yo, que pasé por el mismo lugar? Y en realidad entendí: pude ser yo.

Con la explosión se formaron en el suelo cráteres de un metro de profundidad y casi dos de ancho. Los artefactos se habían instalado con la intención de acabar con la vida de los treinta y dos erradicadores; con ocho lo lograron y dieciséis quedaron malheridos. El cabo sentía una enorme urgencia de correr y sacar a los que habían sobrevivido, pero era consciente de que el momento le exigía cabeza fría para no agravar el panorama. Tenía que alentar a sus hombres, pero ni una palabra salía de su boca. Su estupefacción la cortó un soldado:

—Mi cabo, acá toca es meterle moral a estos manes y bregar a ver a cuántos podemos salvar.

Mientras el capitán tomaba otra ruta para llegar al espanto, el cabo y sus hombres verificaban el lugar. Hallaron cinco explosivos pero detuvieron la búsqueda; los soldados sabían que exponerse así los hacía blanco fácil de la guerrilla, que quizá estaba por los alrededores aguardando para atacarlos.

—Esa era la razón por la que sentía tanta zozobra desde que me volví suboficial del Ejército. Por eso evitábamos los caminos, la guerrilla siempre los mina. Era mejor andar por ríos o abrir trochas, aunque los ríos también lo están y ya ponen hasta en los árboles. Al salir en misiones siempre rogaba: Dios mío, que no me toque a mí hoy, que no tenga que perder hombres hoy, que no tenga accidentes hoy, que no tenga que matar a nadie hoy. Solo había visto a un compañero perder la parte de atrás del pie con una mina, pero nunca algo tan fuerte. Nunca.

Todo el mundo, incluido el erradicador que no se veía tan lesionado, ayudó a poner suero y a prestar primeros auxilios. Los soldados hicieron en cuarenta minutos una especie de helipuerto para que un helicóptero de apoyo, al que los militares llaman el "ángel", pudiera aterrizar y evacuar heridos y cadáveres. Descubrieron que en una casa, localizada a cuatrocientos metros, habían estado los milicianos que activaron los artefactos explosivos improvisados —bombas caseras— por cable de mando. Se hizo evidente que iban tras los erradicadores, no los militares. Desde que comenzó el programa de erradicación manual en 2004, con campesinos y personas desmovilizadas de los grupos paramilitares, los erradicadores han sido declarados objetivos militares por la guerrilla y más de trescientos han muerto por la acción de minas y bombas o de francotiradores.

En menos de tres horas, el erradicador que colaboraba con los heridos empezó a sentir dolor y a sangrar por la boca, por los oídos, por la nariz. Murió pronto. El enfermero confirmó que la onda lo había reventado por dentro.

Una última confesión

Desde el accidente con la mina el cabo S sufre de hipoacusia: no oye bien. Y, como si fuera poco, tiene tinnitus en el oído izquierdo: es el nombre de la condición médica que padecen los que siempre oyen un zumbido.

—Me siento aturdido y en lugares cerrados lo siento más fuerte. Prefiero escuchar música con audífonos o hacerme al lado de un parlante para no percibir tanto ese ruido fastidioso.

Cuando el cabo mencionó el tinnitus, se hizo claro por qué en su cara se veían gestos de dolor a ratos y encogía los hombros mientras se frotaba las rodillas con las manos fuertemente, como si quisiera expulsar un demonio. Se supone que se cura con medicamentos, pero la verdad, él lo sabe, es que podría atormentarlo durante toda su existencia. Como sus recuerdos.

EL SOLDADO PERFECTO

En el Ejército suelen decir que las minas llevan el nombre de quien las pisa, que activarlas es cosa del destino. Me imagino que más de uno se lo habrá dicho. Yo no creo en el destino ni en agüeros. He visto casos como el mío. Si la pisé fue porque bajé la guardia, porque me distraje, porque me confié. De pronto fue por estar tan concentrado en evacuar al soldado lastimado que ya convulsionaba. Solo quería que él estuviera a salvo. Pensé que lo malo ya había sucedido: combate por la mañana, evacuación del herido y del fallecido, fin de la historia. Ése fue mi error: pensar que todo había acabado y resulta que no.

Después de pisar la mina extrañé el mando mucho tiempo. Sabía que no podía estar en el área de operaciones, ¡pero quería tanto volver a comandar tropas! Es que para eso nos preparan, y si hay un lugar en el que se afiance

Luego del accidente con la mina y de la incertidumbre sobre su futuro, el Mayor decidió quedarse en el ejército hasta donde lo dejen ascender. Si recibe la carta de salida, le gustaría trabajar en el sector público, una organización no gubernamental o en la Justicia Penal Militar. Fotógrafo: @ César Romero para el CNMH.

la lealtad, la amistad, el apoyo y la camaradería es en terreno. Los oficiales comemos lo mismo que los soldados, dormimos con ellos, hablamos con ellos sobre sus familias y, a veces, sobre las nuestras. Todo para disipar la soledad. Por eso, si uno de ellos caía herido, me dolía. Quedaba intranquilo, averiguando por radio por su estado. Y si el soldado fallecía, me dolía aún más. ¿A dónde lo trasladaron? ¿Ya entregaron el cuerpo? ¿Tenía hijos, hermanos? ¿Cómo está la viuda?

En el área siempre respeté la memoria de nuestros muertos con una oración. Percibía la tristeza entre los soldados. Si ocurría algo con uno de mis hombres me invadían la impotencia, la rabia, la culpa. No crea, cargar las presillas sobre los hombros tiene un significado. Después del accidente con la mina sentía mucha incertidumbre. ¿Me retiro? ¿No me retiro? Decidí que aquí me quedo hasta donde me dejen ascender. En dos años me confirman si hago curso para pasar de mayor a teniente coronel. Si me mandan la carta pues nada, me toca irme. Tengo opciones: el sector público, una organización no gubernamental, la Justicia Penal Militar, el mismo Ejército. O de pronto me voy para la finca de mis padres a un año sabático. Más que lo laboral me preocupa lo emocional. Amo el uniforme.

Si uno se queda es para aportar y para ser útil, no para volverse un problema. ¿Cómo se vuelve uno un problema, me pregunta usted? Con sus asuntos

médicos. Que a uno no lo puedan tener en ningún lado, o que se aproveche para desobedecer órdenes. He visto casos así. De pronto es también porque rayan en problemas sicológicos, postraumáticos, que no fueron mi caso. Hace siete años ejerzo derecho administrativo, laboral y constitucional. Soy asesor del comandante de una división y él solo se enteró de que tengo prótesis porque yo se lo dije, ni se nota, vea. De niño no soñaba ser militar, fue un enamoramiento progresivo. Cuando empecé en la Escuela Militar de Cadetes General José María Córdova no sentía la vocación. Ahora es mi vida. La Fuerza me lo ha dado todo.

Mis cinco hermanos y yo crecimos en el campo, en un municipio de Boyacá que se llama Santa Sofía, muy cerca de Villa de Leyva. Tuve una infancia tranquila y memorable, en una zona aislada del conflicto. Las navidades las celebrábamos con un almuerzo especial, me encantaban. Mi hermano César y yo, los menores, estudiábamos en las mañanas y en las tardes con mi mamá se realizaban las labores de la finca, como ordeñar vacas o cultivar maíz, papa y trigo. En las noches nos reuníamos todos frente al único televisor en blanco y negro que había en la casa para ver series como Profesión Peligro, Guardianes de la Bahía o MacGyver. Mientras crecía nunca tuve contacto con la violencia.

Empecé a conocerla, primero, de oídas: algunos comandantes iban a la Escuela de Cadetes a contarnos

sobre lo que veían afuera. Se referían a grandes emboscadas contra bases militares como la de Patascoy, Nariño, en diciembre de 1997: murieron veintidós uniformados y treinta y cinco fueron secuestrados. La de Miraflores, Guaviare, en agosto de 1998: un centenar de militares y policías fueron secuestrados, sesenta y nueve murieron y treinta y nueve quedaron heridos. La de Mitú, Vaupés, en noviembre de 1998: primera capital de departamento que se tomaron las Farc, dieciséis militares murieron y sesenta y uno fueron secuestrados. Nos lo decían para motivarnos, debíamos prepararnos para defender la patria. Sí, lo sé, en esa época no había recursos, pero había moral combativa. Entiendo por qué pregunta si pensé en renunciar pero no. Esa idea nunca pasó por mi mente.

Luego conocí la violencia en vivo y en directo. En 2000, el presidente Pastrana nos adelantó un semestre la graduación a los cadetes. Hice el curso de lancero y me asignaron en Medellín. A los dos años terminó la zona de distensión y entré a apoyar el orden público en el Norte (Santa Rosa de Osos, Yarumal, Briceño, el Nudo de Paramillo) y el Oriente antioqueño (Sonsón, Argelia, Nariño, San Rafael, San Carlos). En esas regiones, la guerra se había acentuado. Es que le digo algo: si en algún momento pensaron las Farc -equivocadamente- que lograrían tomarse el poder por las armas fue en ese, cuando tenían una capacidad militar enorme. A la gente se le olvida, pero la guerrilla tenía bajo su control la autopista entre Bogotá y Medellín,

quemaba vehículos, secuestraba gente, estaba en las goteras de Bogotá. Por seguridad nos exigían andar mínimo de a dos pelotones, o sea, setenta hombres.

Quizá el municipio de San Carlos, en el Oriente antioqueño, hoy es tranquilo y libre de sospecha de minas, pero hace quince años el cuento era otro. Guerrillas y paramilitares cometieron masacres, desapariciones, asesinatos. Después del año 2000 la guerrilla había prohibido circular por la vía que conduce de San Carlos hacia San Rafael, y para que se cumpliera su orden, tumbaron el puente que conectaba los dos pueblos. Un día, una ambulancia salió con una señora embarazada y como no había puente cayeron al río. La mujer se ahogó. Otro día salió un camión y la guerrilla lo detuvo y masacró a las cinco personas que iban ahí, por "desobedientes". El pueblo se desabastecía. Con siete pelotones tuvimos que prestar seguridad para que pudieran entrar volquetas con alimentos y medicinas. Recordarlo me alegra, ¿sabe? Me sentí útil.

Luego fueron Marcial y Orión, participé en ambas operaciones. De Orión se dice hoy que fue responsabilidad del Ejército: lo que hicimos fue liberar a unos barrios sometidos por la guerrilla. De ese asunto no puedo hablar, no quiero, por favor no me pregunte. No es conveniente.

Un poco incómodo, el mayor sacude la cabeza e indica con la mano que no hablará más de la

operación Orión, que llevaron a cabo el Ejército, la Policía, el DAS y la Fiscalía entre el 16 y el 19 de octubre de 2002 en la Comuna 13 de Medellín. Sigue siendo la mayor incursión militar que se haya llevado a cabo en un escenario urbano, en la cual la población civil quedó atrapada en medio del fuego cruzado.

Me condecoraron con la medalla de Servicio Distinguido en Orden Público tras dar de baja a doce guerrilleros en Campamento, Antioquia, que venían a tomarse el municipio. Estuve en el Magdalena Medio, ascendí a teniente. Me delegaron una compañía de soldados profesionales que asumí en enero de 2005. Tenía cuatro pelotones a mi cargo en el municipio de Anorí, que está en una zona complejísima del Nordeste antioqueño tanto por los cultivos ilícitos como por la presencia de artefactos explosivos. Había Farc y también Eln; en esa época hasta actuaban en conjunto. Mi vida se iba entre los combates, las minas, las masacres y los muertos.

Como comandante había tenido mucha experiencia con soldados, suboficiales e incluso oficiales a mi cargo que habían pisado artefactos explosivos y perdido los pies, pero nunca, nunca, nunca se me pasó por la mente que me pudiera ocurrir también. En el área de operaciones quienes abren paso son los soldados, los comandantes vamos atrás. Yo tenía ciento cuarenta hombres bajo mi mando: la probabilidad de lastimarme, creía, era por lo menos

una entre cien. Era más probable que me hirieran con arma de fuego, no tengo mucha puntería y rara vez disparaba.

Pero ocurrió, el 8 de abril de 2005 en la vereda Solano, de Anorí. Nos habían informado que en la zona merodeaban hombres del Frente Héroes de Anorí del Eln. Acabábamos de descubrir unos campamentos grandísimos, como para trescientos guerrilleros, aunque nos habían informado que en la zona no había más de sesenta. La radio era nuestro único medio de comunicación, no había celulares ni internet. Por esos días, los locutores solo discutían la muerte del papa Juan Pablo II. Teníamos la ubicación de una finca donde posiblemente estaba el enemigo y temprano en la mañana salimos a buscarla.

Los guerrilleros se habían ubicado en la parte alta y nos vieron primero. Se estropeó el factor sorpresa de la operación y con una clara desventaja táctica inició el combate. Me hirieron a un soldado y perdió la mano; me hirieron a otro con arma de fuego y murió. Salvar la vida del herido se volvió prioridad. Hacia las dos de la tarde arribó el helicóptero para evacuarlo, junto con el que había fallecido. Los embarcamos, saludé a los pilotos como de costumbre y la aeronave despegó. Me alejé unos cincuenta metros del helipuerto. Los soldados y yo íbamos en fila india. Saqué el pie del eje de avance.

Y pisé la mina.

"¡¿*Por qué a mí, Dios mío*?!", grité. Les preguntaba a los soldados cómo le iba a explicar a mi mamá. Uno siempre piensa en su mamá. Me miré y el pie derecho se veía destrozado, era obvio que lo iba a perder. Conté con mucha suerte: el helicóptero apenas había despegado dos minutos antes, los pilotos se percataron de la explosión y se devolvieron. En un acto de audacia, lograron aterrizar de nuevo para recogerme. Los soldados me sacaron, me atendieron, me canalizaron. Uno de ellos me envolvió el muñón con una venda, me habían quedado pedazos de carne colgando. Con el calor de la explosión se cauterizó la herida, por eso no sangraba. No pude ver más mi pierna: los soldados me taparon la cara con una camiseta.

Todavía recuerdo la cara de los pilotos. Para ellos devolverse fue traumático. Hacía un par de minutos me había despedido de ellos y ahora era a mí al que subían a la aeronave sin un pie. Para el soldado herido también lo fue: él, que además de perder la mano había sido herido en la cara, pensó que habían llegado al hospital. Todo era confuso, se me pasaban muchas cosas por la cabeza. Mi vida profesional iba a cambiar por completo. El dolor era insoportable. Le preguntaba al auxiliar de vuelo cuánto tardaríamos y él me repetía: "*Veinte minutos, mi teniente, veinte minutos*".

En áreas de operaciones solo alcancé a estar en Antioquia, que es el departamento más minado de toda Colombia, ¿sabía?

El helicóptero empezó a descender. Me destapé la cara, levanté un poco la cabeza, vi las montañas de Medellín y suspiré aliviado. Ya no me muero, pensé. La mina, además de amputarme el pie, me llenó de esquirlas la cara, la otra pierna, las manos. Eran tantas que tuvieron que operarme la mano derecha y al mes me sacaron más. Al aterrizar, el Ejército tenía dispuestas las ambulancias con escoltas para transportarnos al hospital Pablo Tobón Uribe. A los quince minutos estaba en rayos X. Entré al quirófano y me pidieron autorización para amputarme la pierna derecha. Acepté. No había otra alternativa. Tenía veintisiete años.

Quedaba lo más difícil: informar a la familia. Un mayor le dio la noticia a mi hermana y ella salió de Bogotá hacia Santa Sofía a contarles a mis padres. Siguió la recuperación en el hospital durante tres meses, los artefactos explosivos pueden causar infecciones difíciles de controlar. Me tocó un tratamiento fuerte de antibióticos y dieciocho lavados quirúrgicos bajo anestesia general. El proceso del soldado que llegó conmigo fue más lento; era un muchacho santandereano muy joven, de unos veintidós años. Con él compartí mucho en el hospital y luego en el Batallón de Sanidad. Infortunadamente, además de la mano, perdió un poco de visión. ¿Cómo se llamaba? No lo recuerdo. Tampoco volví a saber de él.

En cuanto a mí, me amputaron diez centímetros sobre el tobillo. El ortopedista en algún momento

consideró la posibilidad de amputar más por una infección. Mi temor era perder la articulación de la rodilla, que es la que prácticamente me deja hacer ejercicio y andar perfecto. Salí del hospital y me dio leishmaniasis, el mal de las selvas colombianas. Traía la enfermedad desde el área de operaciones, como suele ocurrir. Tanto antibiótico no la había dejado progresar, pero tampoco la mató. Me duró ocho semanas y setenta y dos inyecciones.

Mi familia hacía turnos para ir a Medellín a acompañarme. Mi mamá viajaba una semana y mi papá la otra, nunca estuve solo. Recibí la mejor asistencia sicológica. Un día mi comandante me preguntó qué quería hacer. "*Tengo que estudiar, ¿qué más hago*? -le respondí-. *Ya para la guerra no sirvo*". De inmediato me gestionó una beca y entré a estudiar derecho en la Universidad Militar Nueva Granada. Mi hermano me matriculó mientras seguía hospitalizado. Comencé en los primeros días de julio, tres meses luego del accidente, aún sin prótesis ni bastones. El Ejército no me hizo a un lado, al contrario, me ubicó en la Escuela de Relaciones Civiles y Militares. Registraba las notas y estadísticas de los estudiantes y elaboraba sus diplomas y certificados.

Tenía trabajo, hacía terapia y en las noches, iba a clases. Estar así de ocupado desde las seis de la mañana hasta las once de la noche no me dio tiempo para deprimirme ni para desarrollar estrés

postraumático. En octubre, seis meses después del accidente, me dieron la prótesis. En noviembre ya caminaba. Al año y medio la tibia creció un poco y tuvieron que practicarme otra cirugía y desde entonces no he tenido problemas. Me adapté muy rápido, hay personas que nunca lo logran. Gracias a Dios mi oído no resultó afectado y duermo perfecto. Trotar, una de mis actividades favoritas, la reemplacé por el ciclismo de pista y de montaña. Hice una especialización en derechos humanos y Derecho Internacional Humanitario. Logré lo que más quería: volví a ser comandante.

Me dediqué también a la familia. Aunque no tenía novia cuando ocurrió lo de la mina, me casé tres años después. Que ella se enterara de la prótesis dependía de cómo se lo contara: si lo hacía con timidez, la podía hacer sentir mal; si no le daba importancia, probablemente tampoco se la iba a dar ella. Tenía que demostrar que esta prótesis que reemplaza mi pie derecho no era un obstáculo. No hubo lío ni con ella ni con mi hijo, que tiene siete años. Le cuento una anécdota: al entrar a párvulos, hace cinco años, le preguntaron al niño cuántos pies tienen las personas. Él insistía: "*Mi papá solo tiene uno*". Llamaron a mi esposa a preguntarle por qué decía eso y lo llevamos al sicólogo. Ahora me soba y dice, con naturalidad: "*A mi papá una bomba le quitó el piecito*".

Usted me pregunta si noto la diferencia entre sufrir un evento de esta naturaleza como oficial y sufrirlo

“«¡¿Por qué a mí, Dios mío?! », grité. Les preguntaba a los soldados cómo le iba a explicar a mi mamá. Uno siempre piensa en su mamá. Me miré y el pie derecho se veía destrozado, era obvio que lo iba a perder. “ Fotógrafa: @ César Romero para el CNMH.

como suboficial o soldado. Yo le respondo que lo que pasa es que ya el régimen está dado, esta es una institución jerarquizada. Pero no veo tales diferencias. Quizá haya casos puntuales, pero no de forma generalizada. Por ejemplo, el plan de capacitación está para todos, hay soldados y suboficiales que lo aprovechan y estudian gracias a él. Hay suboficiales en el exterior formándose, conozco algunos de ellos que son médicos. Obviamente debe haber casos en los que los mecanismos de acceso fallaron, mas no son las políticas institucionales.

¿Que qué pienso al ver a los jefes de la guerrilla negociar la paz con el gobierno? Bueno, hay una opinión personal y una profesional. Como soldado, digo que el presidente es nuestro máximo jefe y sus decisiones son para acatarlas; si lo criticara o lo desobedeciera faltaría a los principios militares por los que me rijo. Y hay una opinión personal... que es personal. Si los actos de contrición de la guerrilla han sido sinceros o no, su corazón lo sabrá. Si lo son, bienvenidos; si no, que al menos sirvan para la paz. No podemos quedarnos en guerra ni resucitar a los muertos. Hay que avanzar. En el Ejército se lucha por la patria, que es la gente misma.

Sobre las minas, esto es lo que sé: son el soldado perfecto porque no piden permiso, no piden licencia, no exigen salario, no duermen. Es claro que la historia del conflicto colombiano hubiera sido otra si los grupos armados ilegales no hubieran recurrido

a esa arma de guerra, prohibida desde hace casi veinte años. La historia hubiera sido otra.

PISTORIUS, DAME UNA PIERNA

José Gregorio Ortega y José Gregorio Ramírez perdieron sus pies, el derecho y el izquierdo respectivamente, cuando todavía era noticia que un soldado resultara herido con una mina. Ocurrió el 3 de junio de 1991 en la vereda La Caoba, de Micoahumado, sur de Bolívar. El corregimiento Micoahumado, parte del municipio de Morales, acaparó titulares fugazmente al conocerse que el Eln había limpiado de explosivos buena parte de su territorio entre 2004 y 2005. Las zonas despejadas incluían la cancha de fútbol de la vereda La Caoba. En esa misma, trece años antes del desminado, el par de hombres que se llamaban igual aguardaron tres horas a que aterrizara el helicóptero que los rescataría, haciendo su mejor esfuerzo para no morir desangrados.

Eran mejores amigos. Lanzas, dicen en el Ejército. Uno pisó el explosivo al huir

Para José Gregorio el deporte ha servido de conjuro contra el abismo.
Fotógrafa: @ María Paula Durán para el CNMH.

de las balas; el otro, intentado rescatar a su amigo lastimado.

—De nosotros tomaron muchísimas fotos, gente del batallón y los periodistas —señala José Gregorio Ortega—. A mí nunca me llegaron.

Los ochenta

Con trece años, José Gregorio Ortega aprendió que la bonanza marimbera, así como traía dinero, traía muerte. El 28 de julio de 1980 su padre fue asesinado en una de sus fincas en el Cesar situada sobre la Serranía del Perijá, una frontera natural por el norte entre Colombia y Venezuela. Julio Ortega era dueño de varias propiedades, tanto en ese departamento como en La Guajira. En algunas tenía vacas y chivos. En otras crecían matas de marihuana.

—Mi papá era un guajiro malo. Me pegaba mucho. Tuvo catorce hijos con no sé cuántas mujeres, yo solo me acuerdo de dos, de Leticia y Amparo. Era un wayuu tremendo.

Los rasgos de José Gregorio Ortega —nariz de fosas anchas, labios gruesos, ojos pequeños y tez morena— no dejan espacio para la duda: la herencia indígena y guajira de su padre habita en él.

—Con mis hermanos no era agresivo, yo no sé por qué conmigo sí. Tal vez porque yo era un poquito

malo para el estudio y él se ponía a preguntarme vainas, que las tablas de multiplicar... Cogía un cuero de vaca que él mismo secó y con eso me daba si no le decía las respuestas correctas.

Hasta donde le da la memoria recuerda que sus tíos, los hermanos de Julio Ortega, vengaron su muerte. ¿De qué manera? ¿Dónde? ¿A qué hora? ¿Por qué, en primer lugar, lo mataron? Todos son detalles que ignora. Durante su infancia odió que lo enviaran de vacaciones a La Esperanza, la finca que su padre más quería. Su ubicación era la zona rural de Villanueva, un municipio de La Guajira separado de Valledupar, capital del Cesar, por una hora en carretera. Allí era donde el "wayuu tremendo" lo azotaba al fallar como estudiante esmerado.

Del asesinato de Julio Ortega quedó un testigo: el hermano menor de José Gregorio Ortega, Rubén Darío, quien tendría que huir de los fusiles una segunda vez, en la misma finca, muchos años más tarde.

—Él era un niño pero vio quién lo mató. No le hicieron nada porque no lo pillaron. Duró tres días con mi papá muerto ahí en la finca, que quedaba como a nueve horas de Becerril. Intentó irse al pueblo, pero terminó perdido. Apareció a los ocho días y le avisó a la mamá. Se fueron para la finca: a mi papá los perros se le habían comido un brazo.

La madre de José Gregorio Ortega, Ana María Sanabria, había muerto con diecisiete años, cuando su único hijo apenas tenía doce meses de vida. Una de sus hermanas intentó quedarse con el pequeño, pero el ganadero Julio Ortega le ordenó a su hermana Felicita que irrumpiera en esa casa de inmediato y se llevara al niño con ella. Las instrucciones se acataron al pie de la letra.

—Lo que más me ha hecho falta en la vida —dice con la voz entrecortada y los ojos vidriosos— es mi mamá. No la conozco ni en fotos. Todo lo que sé es que era de Ambalema, Tolima, y que conoció a mi papá en Becerril, Cesar. Ni idea de cómo terminó ahí. Una tía que vive en Venezuela, hermana de ella, dice que tiene fotos, pero yo no la he podido localizar. Una vez me conseguí el número, pero creo que lo boté. O de pronto me dio miedo llamar, no sé. Ahí tengo mi moto, algún día tendré que ir a Ambalema.

Felicita Ortega asumió la crianza de su sobrino, quien la llamaba "amita". Tal cual se lo ordenó su hermano Julio, lo acogió en su casa de Valledupar y se encargó de él así como lo hacía con sus nietos, cuya madre —su hija— vivía en Venezuela. Era una comerciante, dueña de varios restaurantes en la ciudad, con una casa sobrepoblada de niños ajenos: cinco nietos y un sobrino. Al mencionar a los primos con los que creció, se nota que José Gregorio Ortega no ha logrado definir si ellos alguna vez le tuvieron un poco de afecto.

—Yo era el chiquito y ellos me pegaban mucho, no me podían ver en la calle porque me cogían a cocotazos. '¡Anda pa' la casa!', me gritaban. Creo que era porque me sobreprotegían, no me querían ver en la calle. De pronto no querían que fuera a coger malos vicios, pero también se les iba la mano en las agresiones conmigo.

Los fragmentos de su vida que involucran a sus primos y hermanos los cuenta sin emoción. Sin sobresaltos. Sin resentimientos. Sin alzar la voz. Excepto si habla de Melvin, el menor de sus primos. Desde pequeños les asignaron una habitación compartida y así se volvieron hermanos de crianza.

Cierto día de 1985 vendía medias veladas en el negocio que su amigo el "Paisa" tenía en la Calle del Cesar, zona de comercio en el centro de Valledupar. Observó que pasaba un camión lleno de militares. De repente, un uniformado frente a él lo tenía del cuello y lo sacudía.

—Muestre su libreta militar. Le digo que me muestre su libreta. ¿No tiene? ¡Pa'l camión!

Tenía dieciocho años.

—Yo quería ser soldado pero no quería regalarme: lo hacía si me agarraban. En la Costa es así. Ahorita porque la Corte (Constitucional) prohibió las "batidas", pero antes, si querían que uno fuera a

prestar servicio, tenían que cogerlo. La gente salía a correr.

Un par de años atrás su primo Melvin también había caído en una "batida" del Ejército. Felicita Ortega insistió en que se retirara pero él quiso continuar. Fue soldado siete meses.

—Iba en un camión que acarreaba unos materiales para Barranquilla y en el trayecto se les atravesó un carro. El conductor trató de esquivarlo, el camión dio botes y uno de los materiales le cayó en la cabeza a mi primo. ¡Amita casi se vuelve loca de verlo en un cajón! ¡Yo también! Es que la vida de los dos era muy bonita. Nuestros juegos eran el boliche, el trompo, el fútbol; nos gustaba ir a cine, conocer niñas. Era mi confidente.

Hace poco, José Gregorio Ortega estuvo en Valledupar y pidió que le mostraran fotos de su primo Melvin. Le regalaron una y le mostraron otras del entierro. A un hermano de Melvin le preguntó si había fotos de su infancia —tiene muy pocas fotos de esa época—. Piensa que su primo lo malinterpretó, que tal vez creyó que él quería adueñarse de las imágenes: de un golpe cerró los álbumes fotográficos y, de paso, la conversación.

***

La muerte de su nieto Melvin fue razón suficiente para que, al reclutar a su sobrino, Felicita Ortega se

precipitara al batallón de Valledupar a hablar con un coronel amigo para que lo dejaran ir.

—Amita, yo me quedo.

Ella insistió. Le pidió que recapacitara, le dijo que lo quería ayudar a que estudiara alguna carrera.

—Amita: yo me quedo.

Resignada, a Felicita Ortega no le quedó de otra que darle mil pesos y echarle la bendición, mientras contemplaba cómo el niño que había criado se volvía hombre en un camión que se dirigía a la Quinta Brigada en Bucaramanga, capital de Santander.

Lo enviaron al Magdalena Medio y al sur de Bolívar en una década en la que hablar de "orden público" en estas regiones era utopía. Durante los años ochenta, en el Magdalena Medio la ley eran los paramilitares que se habían armado contra las guerrillas; protegían los intereses del cartel de Medellín y fundaban escuelas de sicarios con mercenarios extranjeros como instructores. Las autodefensas (paramilitares), señala José Gregorio Ortega, no enfrentaban a los militares y advertían quiénes —según ellos— eran enemigos. Pegado al Magdalena Medio, en el sur de Bolívar regía el mandato dictado desde la Serranía de San Lucas, una especie de reino del Eln del que los hermanos Castaño, fundadores del paramilitarismo en la Costa

Caribe y el Urabá, lo querían destronar. Hasta la fecha, el Eln permanece allí incólume.

En 1987, cuando terminaba su servicio militar, José Gregorio Ortega vio por primera vez a un amigo morir. Era el cabo Barrios. Ocurrió en Santander, en el sector del Playón. Todos los días, cinco guerrilleros descendían a las seis de la mañana de su campamento a buscar leche. La información se conoció en la Quinta Brigada y el comandante de la contraguerrilla organizó a los soldados para emboscarlos.

En 1987, cuando terminaba su servicio militar, José Gregorio Ortega vio por primera vez a un amigo morir. Era el cabo Barrios. Ocurrió en Santander, en el sector del Playón. Todos los días, cinco guerrilleros descendían a las seis de la mañana de su campamento a buscar leche. La información se conoció en la Quinta Brigada y el comandante de la contraguerrilla organizó a los soldados para emboscarlos.

—Los íbamos a sorprender, pero los sorprendidos fuimos nosotros. Dispararon y con un solo tiro le volaron a Barrios media cabeza. Él murió por no hacer caso: a las seis de la mañana debíamos estar quietos en nuestras posiciones, listos para atacar, y él a esa hora apenas limpiaba con un machete el lugar que le había correspondido.

Al finalizar el servicio militar, José Gregorio Ortega fue uno de los escogidos por el comandante de la Quinta Brigada para que continuara como soldado profesional. Su tía de nuevo se echó a la pena. Ortega se iba a la base militar de Tolemaida a hacer un curso de contraguerrilla. Le enseñaron desde cómo funcionar en el área de operaciones y disparar, hasta cómo conseguir agua de la naturaleza con un bejuco, en caso de quedarse solo en la selva y sin provisiones.

El 12 de mayo de 1988 ingresó como soldado profesional y se convirtió en una máquina de guerra del Batallón Contraguerrilla Los Guanes. El nombre es de un pueblo indígena con reputación de guerreros. Era un batallón dividido en compañías con nombres de fieras: la Tigre, la Lince, la Leopardo. El Eln, así como el Epl, eran sus principales objetivos.

—A veces nos subíamos en buses públicos en las vías de Santander para sorprenderlos, bajarlos y darles plomo. Salíamos de cacería por ellos. Yo era guane cien por ciento. ¡Todavía me da un fresquito cuando el Ejército hace sus bombardeos y acaba con esa plaga! Mi primer combate fue después de que la guerrilla se tomara Cantagallo (Bolívar, Magdalena Medio) en 1988, recién desempacados. Íbamos para allá y en Puente Sogamoso nos atacaron, la guerrilla nos volteó un camión. A un soldado le metieron un tiro en toda la frente, el man ni supo de qué murió. Los sesos nos salpicaron. Luego dimos de baja a

dos guerrilleros. En el área, a nosotros, Los Guanes, nadie nos detenía. La guerrilla nos doblegó fue con las minas.

– ¿Sus operaciones siempre dejaban muertos?

Con su acento caribe, que convierte la letra ese en una jota con facilidad, con una brutal franqueza y sin cuestionar sus palabras, el soldado José Gregorio Ortega responde:

–Preferíamos darles de baja que capturarlos. Si iban a una cárcel, salían y volvían a delinquir. Muertos no hacían más daño. La orden del comandante era clara: "*Aquí no me traigan guerrilleros vivos*".

Los noventa

–Yo hice curso de explosivos, sabía armar una carga con mecha lenta o mecha rápida. Desbaratábamos las pistas clandestinas con cargas explosivas. Sabía armarlas y desactivarlas. Eso es jugar con la vida, pero me gustaba. Lo mío es la adrenalina.

El 2 de junio de 1991 el Batallón Contraguerrilla Número Cinco Los Guanes fue la respuesta del Ejército a una toma del municipio de Morales, sur de Bolívar, que ejecutó el Eln. Luego del asalto, la guerrilla secuestró a dieciséis patrulleros, un teniente y un mayor de la Policía, y los internó en su reino, la Serranía de San Lucas. Ese domingo, hombres de Los

Guanes —entre ellos, los lanzas José Gregorio Ortega y José Gregorio Ramírez— fueron trasladados en helicóptero hasta el corregimiento de Micoahumado con la orden de rescatar a los dieciocho policías. José Gregorio Ortega asegura que era imposible que el Ejército desconociera dónde había dejado a sus hombres pues en la zona, sostiene, el Eln había dejado letreros que advertían: "Campo minado".

La misión comenzó a las dos de la tarde. Doce horas después, en una vereda de Morales llamada La Caoba, se detuvieron a descansar y a las cinco de la mañana se reanudó la persecución. No solo inteligencia militar les había asegurado que esa era la ruta: en el camino se veían bien marcadas las huellas de quienes habían pasado poco antes. Al momento se dieron cuenta de que, a quinientos metros de su lugar de descanso, habían estado los guerrilleros con los policías. Unos matorrales y la oscuridad les habían impedido descubrir el campamento del Eln a tiempo. Hallaron bolsas de suero, antibióticos, inyecciones, y concluyeron que los guerrilleros iban con heridos; no era claro si combatientes o secuestrados. Había una letrina. Comprobaron que el excremento estaba fresco.

—Un soldado le metió la punta de fusil y salió toda sucia. ¡Eso fue una recocha!

Las risas se esfumaron con los primeros disparos de la guerrilla a las seis de la mañana. Los guerrilleros

sí se habían dado cuenta de quiénes eran sus vecinos y los estaban aguardando. José Gregorio Ortega, de veinticuatro años, se volteó para correr y protegerse pero una explosión cambió sus planes.

—No sentí nada, solo volé. Tenía la cabeza llena de barro y mis compañeros no sabían si auxiliarme o quedarse quietos. Al ver que yo botaba muchísima sangre, el lanza mío se tiró a ayudarme.

José Gregorio Ramírez y otros soldados alzaron a José Gregorio Ortega para sacarlo hacia la cancha de la vereda La Caoba. Lo cargaban como si fuera sobre una camilla invisible, pero hubo otra explosión. Esta vez, la víctima fue su amigo José Gregorio Ramírez.

—El Zorro, así le decíamos al enfermero, me canalizó. Me puso una inyección que me revivió, porque había quedado como muerto. Como pudieron, nos sacaron a nosotros dos, mochos, hacia La Caoba. No sentía dolor, sentía como si me hubiera quemado. Por los oídos salía mucha sangre, la explosión me reventó ambos tímpanos. No me dolía la cabeza, pero sentía como un ruido.

Del campo minado a la cancha de La Caoba, recuerda José Gregorio Ortega, la distancia era corta. No más de doscientos metros. Ninguno de los dos amigos se había percatado del pie ausente, sus compañeros los habían cubierto con sábanas de la cintura para abajo y les habían dado una versión

distorsionada de los hechos. Les dijeron que las balas del Eln los habían alcanzado. Los tendieron en la cancha y esperaron el helicóptero una hora, dos horas, tres horas. El tiempo se hizo una masa lenta y pesada que se movía con dificultad; los lanzas apenas podían pronunciar palabra. José Gregorio Ortega notó que el piso de la cancha se inundaba con su sangre y la de su amigo y pensó en su hijo Jesús Andrés; había sido padre por primera vez cuatro años atrás, con diecinueve años. Creyó que era el fin de su carrera militar: no se equivocó. Ese día, la guerra le demostró a José Gregorio Ortega que la adrenalina puede ser traicionera.

A las nueve de la mañana aparecieron dos helicópteros. Uno, el artillado, se quedó suspendido en el aire como guardaespalda del otro, que descendió hasta la cancha para recoger a doce soldados con lesiones. De esos doce, a diez los habían lacerado las esquirlas y solo los dos amigos estaban amputados. Aunque las esquirlas también les habían causado dolores insoportables: a José Gregorio Ortega le quitaron parte del mentón; a su mejor amigo le tumbaron dos dientes y una se quedó incrustada en su encía. En cuestión de minutos subieron a los soldados a los helicópteros para transportarlos hacia la policlínica de Ecopetrol en Barrancabermeja, el corazón del Magdalena Medio. Pero antes, los dos médicos especialistas que habían viajado a La Caoba pidieron que retiraran las sábanas que tapaban la verdad.

—Ahí nos dimos cuenta de que habíamos pisado una mina quiebrapata y perdido un pie cada uno.

El momento antes de subir al helicóptero es la imagen más cruda que retiene el soldado José Gregorio Ortega de la secuencia en La Caoba. Al describirlo aprieta los ojos, encoge los hombros y se estremece un poco, como si lo viviera todo una vez más.

—Me quedó colgando el tendón con el talón. El médico me vio así, sacó una navaja y lo cortó, el otro médico me tenía. Tendón y talón cayeron al piso. No sentí nada, me tenían con tranquilizantes. El peor momento de mi vida. Fue terrible, no quiero ni acordarme.

Canalizados con suero, los embarcaron. Los demás soldados de Los Guanes rodearon la aeronave por seguridad, en caso de que la guerrilla decidiera atacar. Tras un vuelo de cincuenta minutos, aterrizaron en el Batallón Nueva Granada, donde los esperaban las ambulancias. Les rompieron el camuflado como pudieron, los pusieron sobre camillas y directo para cirugía. Hasta ahí le da la memoria.

***

El accidente sucedió el 3 de junio de 1991, un lunes. José Gregorio Ortega y José Gregorio Ramírez recobraron conciencia el martes en la mañana. Se despertaron

el uno al lado del otro con las piernas operadas, con los tímpanos reventados, con el pie ya perdido, con resignación. Les ofrecieron un buen desayuno pero los soldados no querían hacer otra cosa que llorar y, apenas fuera posible, orinar.

En la habitación había médicos, enfermeras, sicólogos y, en la puerta, periodistas. José Gregorio Ortega, uno de los catorce hijos de un guajiro maltratador, hubiera preferido aguantar un millón de azotes con el cuero de vaca que había secado su padre para reprenderlo, que mirar un vacío en donde solía estar su pierna derecha completa. Al oírlo sollozar, desde la otra cama su lanza le repetía:

—Moral, moral, compañero.

Luego de la revisión física y mental, periodistas de cadenas nacionales entraron a la habitación de José Gregorio y José Gregorio. El permiso, recuerda José Gregorio Ortega, venía de sus propios comandantes. Hoy es difícil imaginarse una escena así: ni habría tal autorización para los periodistas ni éstos se desbocarían a hablar con un soldado lastimado por una mina. En un país donde las cifras oficiales indican que, en la última década, dos personas fueron víctimas de ese tipo de artefactos cada día, pisar uno dejó de ser noticia hace mucho tiempo.

Los periodistas hicieron lo suyo:

– ¿Cómo fueron los hechos?
– ¿A qué hora sucedieron los hechos?
– ¿En qué área sucedieron los hechos?
– ¿Hubo muertos de la guerrilla?
– ¿Hubo muertos del Ejército?

José Gregorio y José Gregorio respondieron escuetamente mientras se aguantaban el dolor. En los siguientes cinco días hicieron, cada uno por su cuenta, el tratamiento que exigía su lesión. La de José Gregorio Ortega era grave; la de José Gregorio Ramírez era más grave aún. De algún modo, lograron hacer de este episodio un chiste.

—Marica, por culpa suya perdí la pierna, por ir a ayudarlo.
—Si se va a quejar, ¿para qué era mi lanza? Y así no lo hubiera sido, fijo esa mina era para usted.

Entonces se callaban y se reían.

En la búsqueda de los policías secuestrados por el Eln, cuatro soldados y un suboficial del Batallón Contraguerrilla Número Cinco Los Guanes resultaron amputados. Cuenta José Gregorio Ortega que, después de su accidente, en el campo minado encontraron ochenta y ocho artefactos más, la operación fue suspendida ante la magnitud del peligro y a los policías los liberó el Eln. Antes de ser enviados al Hospital Militar de Bogotá, en el aeropuerto Yariguíes de Barrancabermeja militares

Hincha del Bucaramanga, Jose Gregorio dedica su tiempo libre a las motos, a la natación y al atletismo. Fotógrafa: @ María Paula Durán para el CNMH.

y periodistas tomaron fotos de los soldados. A José Gregorio Ortega le hubiera gustado recibirlas.

***

En los años noventa, además, la violencia empezó a reducir el clan Ortega: José Antonio y Rubén Darío Ortega administraban la finca que su padre había dejado en la Serranía del Perijá, en la que se aparecieron guerrilleros del Eln a increparlos por no haber asistido a una reunión programada por ellos.

A José Antonio lo secuestraron y nadie supo más de él. Rubén Darío, por segunda vez, alcanzó a escapar de la finca donde vio a su padre morir en 1980.

Manuelito, el menor de los hijos varones de Julio Ortega, se fue a jornalear al Caquetá con veinte años. Dicen que en un retén guerrillero lo detuvieron y al esculcar su billetera descubrieron una foto de su hermano militar. Dicen también que conoció a una mujer que, al ver la foto de un militar en su billetera, lo entregó a la guerrilla. La verdadera historia no es clara para nadie.

—Todo lo que pasó con mis hermanos, más mi accidente: ¡claro que vivo resentido con la guerrilla! De mi parte, nunca obtendrán el perdón. Aunque sería bueno, para qué. Así podría sanar tantas heridas que todavía me afectan.

***

En Bogotá, José Gregorio Ortega y José Gregorio Ramírez empezaron a esforzarse por su rehabilitación. La fisioterapeuta, una mujer joven, los hacía trabajar en fuerza, sobre todo del muñón, y en equilibrio. Durante un semestre distrajeron el dolor con juegos de mesa en la habitación que de nuevo compartían en el Hospital Militar de Bogotá. La familia de José Gregorio Ramírez compraba regalos para los dos. A José Gregorio Ortega no lo acompañaron sus hermanos, ni la madre de su primer hijo —ya

no había relación entre ellos– ni la tía Felicita. Su única visita fue su novia del momento, Rocío Román Guerrero, quien un año más tarde sería la madre de su segundo hijo, Frank Ernesto.

–Mi familia no vino a verme por lo económico y mi tía ya estaba muy abuela, muy achacadita, tenía unos ochenta años. A ella le avisé por teléfono desde el hospital.

En diciembre de 1991, Felicita Ortega, consternada, fue testigo de las secuelas de la guerra sobre el sobrino que había criado cuando fue a visitarla en Valledupar. En enero siguiente, José Gregorio Ortega y José Gregorio Ramírez volvieron a encontrarse en el Batallón de Sanidad de Bogotá. Allí, a veces, para entender los dramas ajenos, José Gregorio Ortega trataba de imitar escenas que veía, como el soldado que sin una pierna, sin un brazo y sin un ojo se ataba los cordones de los zapatos con los dientes. Él no pudo. Luego regresaron a Bucaramanga y, durante los dos años que siguieron, José Gregorio y José Gregorio viajaron cada noventa días a Bogotá para revisión. La junta médica concluyó en 1994 que ellos, así como los dos soldados y el cabo de su batallón que también cayeron con minas mientras perseguían al Eln con los policías secuestrados, debían pasar al retiro.

–Todo lo viví con José Gregorio. Él fue mi lanza hasta que se mató.

Conoció la natación por sugerencia de un campeón: Moisés Fuentes, quien quedó parapléjico con diecisiete años, luego de que hombres armados le dispararan a él y a su hermano, que murió. Fotógrafa: @ María Paula Durán para el CNMH.

El 13 de abril de 2013, veintiún años y diez meses después del accidente en el sur de Bolívar, José Gregorio Ortega recibió una llamada de un amigo. Le informó que en la noche anterior José Gregorio Ramírez había muerto en un accidente de tránsito, en la vía de Bucaramanga hacia Piedecuesta. Él iba de parrillero en una moto y un taxi hizo una maniobra imprudente que lo lanzó por el aire junto

con el conductor de la moto. Murió por un golpe en la cabeza con el casco en la mano. El conductor sobrevivió. Justo antes, José Gregorio y su amigo José Gregorio habían estado juntos tomando cerveza.

***

Lograr desvestirse en piscinas públicas y usar solo un traje de baño fue tan trascendental para José Gregorio Ortega como haber aprendido a caminar con la prótesis. Sentía que quitarse el pie era como desnudarse. Al principio esperaba el tiempo que fuera necesario para garantizarse a sí mismo que nadie lo observaba y, ahí sí, zambullirse en el agua.

—Ahora voy a las piscinas olímpicas relajado, me cambio y dejo la ropita en mi camerino. Obvio somos normales. Tenemos una discapacidad física, que es diferente.

En 1996 recibió un radiograma del Ejército: había sido el ganador de un sorteo para viajar a Estados Unidos con otros tres soldados, exhibir sus prótesis y mirar otras que podrían importarse en Colombia. Estuvieron en Connecticut y en Houston. Era la segunda vez que salía del país, la primera había sido en 1988, cuando lo enviaron a hacer parte del Batallón Colombia Número Tres, el aporte local a la Fuerza Multinacional de Observadores ubicada en la Península del Sinaí, que se creó para reforzar el tratado de paz que firmaron Egipto e Israel en 1979.

—Nos hicieron una pequeña capacitación de inglés y de hebreo, ¡qué idioma más difícil ese hebreo! Para los soldados ir al Sinaí es el mejor premio. Nueve meses de relax. Bueno, ni tan relax, pero la pasa uno bien. Allá nos tocó prestar guardia y hacer recorridos en el búnker que nos correspondía porque está dividido por área y por países. Cada trimestre había paseos. Nos llevaron a Tierra Santa, a Arabia Saudita, a las pirámides de Egipto; conocí el Muro de los Lamentos y la tumba de Jesús. El Mar Muerto fue espectacular, ¡uno se mete y flota!

Contrario a las imágenes esquivas de su infancia, de su familia, de su accidente o de su madre, de su tiempo en el Sinaí sí conserva algunas fotos.

Al regreso de Estados Unidos murió la tía Felicita. O quizá fue durante su tiempo en Estados Unidos, el dato se refunde en su memoria. Lo que sí tiene claro es que no se pudo despedir de su "amita" y que con ella la vejez no fue muy compasiva. Sufría de diabetes, sus piernas se hinchaban y sus venas se reventaban, y los dolores en las articulaciones aparecían tan frecuente que ya ni había espacio entre uno y otro.

—Yo hablé con ella pero en la tumba. Ya no me oía, de pronto sí su alma.

Con la muerte de la tía Felicita, José Gregorio Ortega volvió a quedar huérfano, mas no sin

familia: después de Jesús Andrés —hoy suboficial del Ejército— vinieron Frank Ernesto, Neffer, Karen Dayana, Darlys Daniela y Jerónimo. Seis hijos en cuarenta y nueve años de vida.

El deporte también ha servido de conjuro contra el abismo. Luis Alfredo Celis, un soldado a quien una mina le arrebató la pierna derecha el 2 de junio de 1991 en Micoahumado —en la misma operación en la que cayó el soldado José Gregorio Ortega, pero un día antes—, lo animó a hacer atletismo. Él, después de mucho pensarlo, aceptó la invitación. Han ocupado los escaños más altos en maratones y pruebas, en la categoría de Amputados Debajo de la Rodilla, aunque no ha podido vencer a Luis Alfredo Celis. Está a la espera de que le den una prótesis más adecuada para correr, la que tenía se dañó mientras se ejercitaba y con la actual no puede.

Conoció la natación también por sugerencia de un campeón: Moisés Fuentes, quien quedó parapléjico con diecisiete años, luego de que hombres armados le dispararan a él y a su hermano, que murió. Moisés Fuentes, ganador de una medalla paralímpica de bronce en Pekín 2008 y de plata en Londres 2012, le dijo a José Gregorio Ortega que ingresara a la Liga Santander y que él se encargaría de darle las gafas, el gorro o cualquier otro elemento que pudiera necesitar. Así, la vida se le va en el gimnasio, en montar bicicleta, en ser vigilante de una empresa privada de seguridad, en su club de motociclistas

—que va a las piscinas a hacerle barra durante las competencias—, en nadar de lunes a viernes y en correr.

—Yo le quiero escribir a (Óscar) Pistorius, el sudafricano, a ver si me manda unas piernas de esas biónicas que tiene. Él está preso, ¿no? ¿Por matar a la novia, fue? Bueno, estará detenido, pero me imagino que tiene sus redes sociales. Le quiero contar que soy un soldado discapacitado del Ejército colombiano, que me encanta el atletismo. Él parece tener como la misma estatura mía, yo mido un metro con ochenta. Quisiera pedirle que me ayude con una prótesis de segunda, que si me regala una de las que ya no usa.

"¡VE, ESTE NO TIENE PATAS!"

El helicóptero debía devolverse a la Brigada Diecisiete ubicada en Carepa, Urabá antioqueño. Preservar la vida del cabo William Loaiza era lo más urgente, pero transportarlo hasta Medellín con tan poca cantidad de combustible hubiera sido arriesgado, hasta estúpido.

—Vamos a aterrizar para tanquear, mi cabo, pero tiene que aguantar —le dijo el enfermero—.

Su casa quedaba en frente del helipuerto. La aeronave aterrizaba cuando el cabo los vio pasar.

Eran tres hombres: un enfermero, un sicólogo y un sacerdote. Caminaban a paso lento, ese que lleva la gente al portar malas noticias como si fueran rocas sobre sus hombros. Timbraron. Su esposa abrió la puerta. Ellos llegaron tarde. Ella ya sabía.

Con la ayuda de la fundación Héroe Camina, William ingresó en la Institución Universitaria Salazar Herrera y asiste a clases nocturnas para volverse contador público. Fotógrafa: @ María Paula Durán para el CNMH.

***

El helicóptero tenía la misión de aterrizar en un punto entre Mutatá y Chigorodó sobre el Nudo del Paramillo, una zona selvática que conecta a Antioquia y a Córdoba. Está localizado en el Parque Nacional Natural Paramillo, en el que nacen los ríos Sinú y San Jorge y en el que habitan osos de anteojos, tigres mariposos, micos capuchinos, bagres pintados y caimanes agujos. Desde hace treinta años o más, el Nudo ha sido epicentro de la guerra colombiana. El Epl —que se desmovilizó en 1991— y las Farc fueron los primeros en notar la conveniencia de su topografía agreste y selvática. Luego, el Eln. Después surgieron los paramilitares de la casa Castaño, las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá. Y por último, bandas criminales -paramilitares- como los Rastrojos.

Era en ese lugar inhóspito que el cabo William Loaiza, al caer la tarde del 17 de julio de 2012, recostado sobre un poncho que sus compañeros habían convertido en camilla, miraba con atención la niebla que había descendido, cubría las copas de los árboles e indicaba que ningún helicóptero podría ir por él.

—Me morí acá —pensó—.

Tenía treinta y dos años, sentía solo ardor y seguía despierto. El soldado Cifuentes, que se volvió su enfermero tras la detonación, le había asegurado

que le salvaría la vida y cumplió su palabra. Con suero compensó la exagerada pérdida de sangre, le aplicó dos bolsas a chorro y una tercera gota a gota. Con el líquido, el calambre en las manos se fue.

Cuando la mina explosionó, en cámara lenta, el suboficial William Loaiza se observó a sí mismo elevarse y caer. Su primera reacción fue buscar su fusil, se creía vulnerable y al no ver a nadie alrededor, temió que la guerrilla lo hostigara.

—Volví a la realidad y empecé a preocuparme por mí, a mirarme y tocarme el cuerpo, los brazos, las piernas, los ojos. Vi las fracturas, vi los huesos salidos.

Pensó en ella. Recordó sus ojos azules, su piel blanca, su cabello rubio, sus mimos, la sensación de paz que lo inundaba al oír su voz; las más de mil cartas que se habían enviado durante su carrera militar y que no se agotaron con los celulares; su enojo cada vez que la llamaba "Gordita", su matrimonio sencillo en la Notaría Tercera de Manizales, las dos evidencias de su cariño llamadas Santiago y Jorman.

Ella se quedó en su mente mientras él perdía la consciencia.

***

William Loaiza, hoy sargento, conoció a su esposa en El Nevado, un barrio de Manizales del que salieron

expulsados por una ola invernal. Eran los años ochenta, eran niños y sus padres eran amigos. En el barrio El Paraíso volvieron a encontrarse. Desde que él la tiene en su memoria, ella cojea y usa un bastón para apoyarse a la hora de caminar. Nació con una enfermedad congénita conocida como displasia de cadera.

—Yo procuraba siempre ser su mano derecha y colaborarle mucho. Pero ahora...

William Loaiza tenía ocho años cuando sus padres, un dragoneante del Inpec y una ama de casa, se divorciaron. La ruptura lo afectó. A su hermano mayor, John Albert, mucho más. Su madre tuvo que trabajar para mantenerlos; el resto de su infancia y su adolescencia la pasó en compañía de su hermano pero, a la vez, fue solitario. Un día de 1999, en su último año de bachillerato, delegados de la Jefatura de Reclutamiento del Ejército se aparecieron en su colegio, el Instituto Universitario de Caldas, y él fue reclutado.

Un año más tarde, al concluir el servicio militar, volvió al barrio El Paraíso. Seis meses después ella quedó embarazada.

—Era una responsabilidad que teníamos que asumir. Empecé a buscar trabajo pero estaba muy escaso, o tal vez no tenía la preparación. Una amiga de mi mamá tenía un amigo sargento, y al ver que no

tenía muchas opciones, apliqué para hacer el curso de soldado profesional y él me ayudó a hacer los papeles.

El servicio militar, que prestó en Armenia, le había parecido una experiencia dura. No se acostumbraba a estar lejos de casa ni lejos de ella, su nueva novia, a quien logró declararle su amor gracias a los oficios celestinos de Álvaro, un amigo en común. El nacimiento de su primer hijo, sin embargo, era apremiante. Para hacerse soldado profesional se fue a Zarzal, un pequeño municipio del norte del Valle del Cauca que en esa época ya era escenario de confrontación entre los ejércitos privados de dos capos del cartel del norte del Valle: Diego León Montoya, alias *Don Diego* —extraditado a Estados Unidos en diciembre de 2008— y Wílber Varela, alias *Jabón* —asesinado en Mérida, Venezuela, en enero del mismo año—.

El curso duró seis semanas. Aprendió más de manejo de armas, de tácticas en las áreas de operaciones, de asuntos legales y jurídicos de la guerra, hasta de enfermería. Al terminar, el soldado profesional William Loaiza fue incorporado al Batallón Ayacucho de Manizales. Era el año 2000 y los diálogos de paz con las Farc estaban tan vigentes como el conflicto mismo.

El insomnio para todos los militares de la región lo provocaba entonces una mulata de un metro

con sesenta y cinco de altura, pelo negro, crespo y estático, contextura gruesa, nariz ancha, labios gruesos, una prótesis donde solía estar su ojo derecho y una reputación de sanguinaria de la que no se ha podido deshacer, a pesar de que han transcurrido ocho años desde que se rindió y de que fue gestora de paz en el gobierno de Álvaro Uribe. Era Elda Neyis Mosquera García, alias *Karina*.

Como soldado profesional, William Loaiza tuvo varios combates con *Karina* y con el frente Cuarenta y Siete de las Farc en municipios de Caldas como Pensilvania y Riosucio y del suroccidente chocoano como San José del Palmar y de Risaralda como Pueblo Rico. Recuerda en especial la toma de Arboleda, cometida por *Karina* y su gente el 29 y el 30 de julio de 2000: unos quinientos guerrilleros atacaron este corregimiento de Pensilvania. Murieron doce policías y dos civiles y el policía Luis Fernando Ramírez fue reportado como desaparecido. Nueve años más tarde, un juzgado especializado de Manizales condenó a *Karina* a 33 años de prisión por esa incursión. En el pueblo la gente decía que los guerrilleros habían jugado con las cabezas de los policías muertos, pero William Loaiza aclara que él no lo constató.

Paradójicamente no fue en enfrentamientos sino dentro de la Brigada Diecisiete, en Carepa, que el suboficial William Loaiza tuvo en frente suyo a *Karina* por primera vez. Para entonces, la jefa

guerrillera ya había dejado el alias y las armas. Poco antes de su accidente con la mina se la encontró en la modistería donde arreglan los camuflados y había una lavandería que, murmuraban en la brigada, era el negocio de la desertora. Él esperaba a que lo atendieran cuando la vio entrar.

—Me dio repudio, rabia. Sabía muy bien quién era. En la brigada se hacían comentarios de *Karina* pero con restricciones: nos contaron que una vez dos cabos hablaron mal de ella, ya desmovilizada, y al otro día los mandaron lejos.

***

Como integrante del Batallón Ayacucho, el soldado William Loaiza veía a su esposa con poca frecuencia. Ella, en casa, atendía a su hijo Santiago mientras él operaba por todo Caldas o, a veces, con el Batallón San Mateo, de Pereira, la capital del departamento cafetero de Risaralda, que se encargaba de municipios como Santuario, Pueblo Rico y Mistrató. En todos hacía presencia el Frente Cuarenta y Siete de las Farc. Eran tiempos de combate tras combate.

En 2003 lo convocaron a entrenarse para ser suboficial. Hizo el curso tres meses en Buga, municipio del Valle del Cauca, y tres más en Tolemaida, base militar situada en Nilo, Cundinamarca. Salió trasladado hacia la base de entrenamiento de Tierralta, Córdoba, coincidiendo con las

negociaciones de desmovilización que el presidente Álvaro Uribe adelantaba con las Autodefensas Unidas de Colombia en ese mismo municipio. Doce semanas más tarde lo enviaron a Majagual, Sucre, donde asegura que fue tan tranquilo como en Tierralta porque los paramilitares, que debatían si abandonarían la guerra, no atacaban. La excepción eran unos cuantos reductos. En Majagual, que queda cerca del Sur de Bolívar, la principal amenaza era la guerrilla.

En 2005 fue enviado al Cauca, al Batallón de Alta Montaña General Benjamín Herrera Cortés que se había instaurado dos años atrás en el Páramo de las Papas. Se sitúa en el Macizo Colombiano, que para los conocedores de medio ambiente es la estrella fluvial más importante del país. Allí brotan los ríos Magdalena, Cauca, Patía y Caquetá. Para las Fuerzas Militares, se trata de un corredor estratégico al que recurren las Farc y el Eln para moverse hacia Putumayo, Nariño, Caquetá, Huila y Cauca. Su esposa se mudó a Popayán, la capital caucana, con sus hijos Santiago, de cuatro años, y Jorman de uno.

En el Páramo de las Papas, las minas comenzaron a tornarse realidad. La primera vez que una hizo explosión cerca de él, al menos, la suerte estuvo de su lado.

—Llegamos a una carretera destapada que va de Valencia a Santa Rosa, Cauca. Le indiqué

a mi escuadra de diez soldados que armaran sus cambuches sobre la vía. Uno de ellos no me hizo caso y se fue tres metros más allá. Hizo un lecho con hojas, puso la colchoneta y entonces sentimos la explosión. Salió caminando, pálido, con la suela de las botas un poco agrietada, pero no le pasó nada, gracias a Dios. La mina estaba vieja.

En 2007 patrulló varias veces en Tumaco, un pueblo de Nariño sobre la costa pacífica en el que operan las Farc y el Eln y del que los carteles sacan cargamentos de droga hacia Centroamérica y Estados Unidos. En una ocasión descubrió un laboratorio en el que las Farc procesaban petróleo crudo, robado del oleoducto Trasandino, para hacer gasolina y Acpm y usarlos para elaborar cocaína. Los soldados destruyeron el laboratorio y la guerrilla, en retaliación, explosionó la torre de energía y minó su alrededor.

Quince días después, el grupo del suboficial William Loaiza fue trasladado a Ipiales, municipio de Nariño que marca la frontera con Ecuador. Esperaba que un camión lo recogiera para retornar a Cauca y tomar un descanso, pero una emboscada de la guerrilla a un pelotón en El Mango, Cauca, alteró los planes. Una treintena de militares murió en el asalto y la orden fue recuperar los cadáveres. Según el diario El País de Cali, El Mango, un corregimiento de Argelia que está a la misma distancia de Popayán que del Pacífico, es la localidad más atacada por la guerrilla en todo el departamento.

—Ellos estaban en combate, hicieron unas bajas y en el levantamiento de cuerpos se relajaron. Ahí los cogió el enemigo, los doblegó y los mataron. Nosotros desembarcamos en camiones y en una trocha una mina me mató a mi sargento y al soldado que manejaba el radio. Cogimos por otra trocha y como a las cuatro horas activaron explosivos a veinte metros de donde estábamos. Nos tocó coger por pura maraña cerro arriba. Esperamos a que amaneciera y dimos con los soldados muertos. Todos fueron evacuados. Cuatro soldados perdidos aparecieron después. Se habían escondido sin camuflado y sin armamento. Uno se robó un pantalón y una camisa de una finca. Se desnudaron para evitar que los identificaran y los mataran.

De Cauca lo trasladaron para Antioquia en donde entró a apoyar el Plan Meteoro, que se había activado seis años atrás. Fue la primera gran medida de seguridad que anunció el presidente Álvaro Uribe en agosto de 2002, recién posesionado, para atacar a la guerrilla que solía usar las carreteras como vía de escape con secuestrados a bordo. Como lo hizo el Eln el 17 de diciembre de 2000, día en que irrumpió en dos restaurantes y una finca ubicados sobre el kilómetro dieciocho, en la vía que de Cali conduce al mar Pacífico, y plagiaron a setenta personas. Debilitar el poder de los grupos guerrilleros en las vías era urgente.

—Me ubicaron en la autopista entre Medellín y Bogotá, que ya estaba mucho más calmada.

Inauguraban nuevos paradores, los hoteles cogían otra vez fuerza. Aunque todavía había guerrilla y sucedían cosas. Una vez nos atravesaron sobre la vía una tanqueta de leche y una ambulancia que transportaba a una señora embarazada quedó atrapada. Ordené que corriéramos una roca para que pudiera pasar, la tanqueta no se podía mover porque estaba llena de explosivos. Lo que no sabíamos era que en la roca había explosivos también, me afectó a dos soldados con esquirlas. A la ambulancia le tocó devolverse y dejar a la señora en un hospital de San Carlos.

***

Tendido sobre el poncho que le servía de camilla, mientras aguardaba por el helicóptero que lo salvaría, el cabo William Loaiza pensó por un segundo qué habría sido de su vida si hubiera estudiado la carrera que él en realidad quería: bioquímica. Al terminar el colegio había obtenido un cupo en la Universidad de Caldas y ese era el plan a seguir después del servicio militar.

—Pero mi novia quedó embarazada y primero lo primero.

Ella estudia para ser regente de farmacia y recién logró un cupo de pasantía profesional con una empresa que distribuye medicamentos de alto costo. Él, con la ayuda de la fundación Héroe Camina, ingresó en

la Institución Universitaria Salazar Herrera y asiste a clases nocturnas para volverse contador público. De día cumple labores administrativas en la Cuarta Brigada de Medellín.

—Para mi esposa, por su displasia, fue muy difícil conseguir la práctica. Si con ella es así, ¿qué puedo esperar yo?

Hubiera preferido estudiar bioquímica. Escogió contaduría porque pensó que podría seguir trabajando en el área administrativa del Ejército y porque la Salazar Herrera queda cerca de la Cuarta Brigada, donde también vive. Así puede moverse por sus propios medios. Convertirse en bioquímico es un propósito al que no ha renunciado.

***

En diciembre de 2011 lo trasladaron a la Brigada Diecisiete, en Carepa, Urabá. Una región que ha sido escenario de guerra desde los años setenta, época en que surgieron allí las Farc y el Epl. Una esquina privilegiada por su acceso a los océanos Atlántico y Pacífico que el Estado condenó con su desidia.

El cabo William Loaiza se integró al pelotón de reserva de la Brigada Móvil Once, una unidad especial que se metía a terreno a realizar operaciones específicas con información de inteligencia previa.

—Los soldados eran excelentes. Me pareció muy bacano el trabajo, salíamos a operaciones y volvíamos a la casa. Almorzaba seguido con mi familia, con mi esposa. Nos habían asignado una casa fiscal dentro de la brigada. Ella cuidaba a los niños y yo mantenía en terreno.

El 17 de julio de 2012 inició con una misión doméstica: ir al mercado. En esas andaban el suboficial y su mujer cuando él recibió una llamada de su capitán: "*Lo necesito acá pero ya. Nos vamos*". Tomaron un taxi y se devolvieron a la Brigada Diecisiete. Él entró a su casa, tomó el equipo que siempre mantenía listo para emergencias, se cambió y salió. En el helicóptero lo esperaba todo el equipo, unos dieciséis hombres incluido el cabo Morales: el plan B del capitán en caso de que el suboficial William Loaiza no apareciera a tiempo. Morales se bajó de la aeronave y Loaiza tomó su lugar.

La aeronave despegó, estuvo en el aire unos minutos y, por alguna razón que el sargento olvidó, se devolvió a Carepa. Él aprovechó, se bajó de la aeronave, corrió los escasos metros que separaban al helipuerto de su casa, se despidió de sus niños, le dio un abrazo y un beso apresurado a su esposa y se devolvió al helicóptero. Así comenzó una operación que el grupo de reserva preparaba desde hacía una semana para llegar a un campamento guerrillero que había sido bombardeado en el Nudo de Paramillo.

—Pienso que meternos fue un error. En la zona ya había soldados y no eran más de diecisiete guerrilleros, los que estaban en terreno podían manejar la situación. Pero el comandante se llenó de afán, no sé, y nos metió a apoyarlos. No alcanzamos a organizarnos y se nos quedaron muchas cosas. Nos fuimos sin detector de metales y sin guía canino. Al llegar no había nadie.

El grupo del suboficial no desembarcó en el campamento directamente. La orden fue arribar a él a pie.

—Yo no lo hubiera hecho porque sabía que iban a joder a alguien por ahí. Por el helicóptero los guerrilleros ya nos habían detectado. Es la historia de siempre en el Paramillo: los helicópteros descargan a los pelotones y la guerrilla, ubicada en las partes altas, lo ve todo. A los quince días el helicóptero regresa para darle víveres al pelotón y así la guerrilla se da cuenta de cuál es la ruta que llevan los militares. Es un error que todavía se comete, pero órdenes son órdenes.

Era un terreno quebrado, como lo es en todo el Nudo de Paramillo: montañas, cañones y vegetación. Luego de dos días, el teniente a cargo de los soldados en el área dio la orden de caminar por cierta senda.

—Un soldado le dijo al teniente: 'Yo por ahí no me meto, no voy a poner más mochos'. Entonces

subimos rompiendo maleza. El terreno era pesado, muy empinado. Yo paré, mi grupo también, y le pregunté al teniente qué hacíamos.

El teniente le pidió al cabo William Loaiza que buscara al capitán con el que había despegado desde Carepa para reportarse por radio. Loaiza acató y con cinco soldados más se fue a buscar señal y, de paso, agua. "*Pilas con las minas*", le advirtió un cabo antes de partir. Encontraron un caño pero el agua estaba turbia y había huellas frescas de botas de caucho; alguien había estado ahí poco antes. El suboficial se devolvió a reportar el descubrimiento. Luego fue a hablar con el cabo Fori, quien se había recostado sobre el tronco de un árbol. Loaiza no sabía si pernoctarían en ese lugar y para resolver su duda se paró a hablar de nuevo con el capitán.

—Di un paso hacia atrás y pisé la mina, la tapaban unas hojas.

La explosión lo dejó en bóxer y en camiseta.

***

—Está muy nublado y así es muy difícil evacuar a ese muchacho. Pero yo lo saco como sea.

Al suboficial William Loaiza le contaron que esas fueron las palabras del piloto del helicóptero que se dirigía al Nudo de Paramillo a rescatarlo. La

niebla, efectivamente, no permitió que la aeronave aterrizara; el enfermero tuvo que bajar con una soga y una camilla.

El helicóptero, luego de haber regresado a la Brigada Diecisiete a tanquear, aterrizó en el aeropuerto Olaya Herrera, en el suroccidente de Medellín. El enfermero, cacheteando al suboficial, lo había mantenido despierto. En la clínica León XIII, que está cerca de la Universidad de Antioquia y del Jardín Botánico, una médica lo recibió:

—Descanse que ya lo tengo.

William Loaiza obedeció y cerró los ojos.

En Carepa y en Medellín, la noticia de su accidente se había esparcido. Minutos antes de que el enfermero, el sicólogo y el cura fueran a su casa, el cabo Morales, el mismo que casi se une a la operación en el Nudo de Paramillo en lugar de William Loaiza, había ido con su esposa a avisarle a la esposa del suboficial. La información no era muy clara, pero desde entonces era evidente que le había ocurrido algo y era grave.

Ella alistaba todo a la carrera para viajar a Medellín y a él, a la par, lo ingresaban a una sala de operaciones. Por unos segundos su cuerpo se rindió; tuvieron que reanimarlo. Despertó al día siguiente hacia mediodía. Abrió los ojos y ella fue lo primero que vio.

—Nancy —murmuró—. Yo sabía que usted iba a estar acá.

Nancy contempló la cara redonda de su esposo, sus lunares, su nariz respingada y chata, sus ojos pequeños. Apretó una de sus manos y le respondió:

—Usted sabe que yo siempre voy a estar acá.

Él procedió a levantar la sábana que cubría sus piernas. O lo que quedaba de ellas. Desde el Nudo de Paramillo se había percatado de que la explosión le había mutilado el pie izquierdo y que le había destruido los huesos del pie derecho. Permaneció dos semanas en cuidados intensivos en los que lo operaron o le hicieron lavados quirúrgicos casi todos los días. Al final, por las infecciones, quedó con dos muñones un poco más arriba de la mitad de los muslos.

Una mina instalada en el Nudo de Paramillo hizo de William Loaiza un hombre sin piernas. Describe con tanta tranquilidad lo que le pasó que si alguien lo oye sin verlo podría pensar que las piernas continúan en su sitio.

***

Lo más duro, cuenta el sargento William Loaiza, fueron los dos meses y medio de recuperación en la clínica.

Con la ayuda de la fundación Héroe Camina, William ingresó en la Institución Universitaria Salazar Herrera y asiste a clases nocturnas para volverse contador público. Fotógrafa: @ María Paula Durán para el CNMH.

–Empecé a padecer dolores y mantenía en la cama. Me iba a enloquecer.

Al despertarse de la primera cirugía, además de ver a su esposa Nancy, notó que tenía una bolsa pegada a su estómago. Era el resultado de una colostomía que le practicaron porque la explosión afectó el funcionamiento de sus esfínteres –hace poco el coloproctólogo le anunció que la bolsa estará con él el resto de su vida–. Encontró también unas varillas sobre su pelvis fracturada. Nancy, sin separarse de su lado, se veía perturbada y perdía peso rápidamente. Se mudó con sus hijos a una casa fiscal en Villa Hermosa, donde solía estar la sede del Batallón Girardot de Medellín, y con el esfuerzo de una malabarista los atendía a ellos y a su marido a la par.

–Ella vivía de allá para acá, se le notaba el cansancio. Venía a verme y de una se recostaba en un mueble y se dormía.

Procuraba no mostrarme debilidad. A los niños les había explicado lo sucedido y cuando por fin pudieron visitarme, a los dos meses del accidente, me llenaron el cuarto de bombas y de carteleras, me dieron besos y se portaron conmigo como siempre. Ellos lo asumieron muy bien, a pesar de estar pequeños lo asumieron con mucha madurez. O eso es lo que mostraron. A mis visitantes Nancy les pedía que no lloraran en frente mío. Ni mi mamá lloró, al menos no en el cuarto.

La incapacidad de moverse sumía al suboficial William Loaiza en el desespero. Le echaban cremas en la espalda para evitar magullarse. Las varillas sobre la pelvis las tuvo durante nueve semanas. El dolor no se iba y una mala noticia empeoró todo: su amigo Álvaro, el que le había ayudado a pedirle a Nancy que fuera su novia dieciséis años atrás, había muerto de un infarto fulminante.

—Al salir del hospital me mandaron medicamentos siquiátricos pero me mantenían dormido. Una vez tomé uno un viernes y me desperté el lunes, parecía un zombie. Hasta que mi esposa me dijo: '*Qué pereza usted así, dormido a toda hora*'. Eso me dio fuerza y no los volví a tomar. Al regresar a casa me dolió en el alma saber que yo, que siempre le había colaborado a ella por su displasia, ya no podía hacerlo. Pero me di cuenta de que era más el miedo. Nos acomodamos, le ayudo en lo que puedo. A Nancy de niña la molestaban por su bastón,

“A nadie le gusta la guerra, y aunque empecé aquí por necesidad, con el tiempo fui cogiéndole amor. Solo por eso uno se aguanta ir al monte a dormir mal, a comer mal, a estar lejos de la familia.” Fotógrafa: @ María Paula Durán para el CNMH.

y aunque ella siempre ha sido relajada, me dice que ha aprendido mucho de mí en el sentido de no renegar por la condición física. Para mí es un orgullo saber que la ayudé a superar algo.

La casa de Villa Hermosa dificultaba sus traslados. Al año les asignaron un apartamento en la Cuarta Brigada —en el que han estado tres años— y el cambio fue efectivo. Allí mismo trabaja y hace terapias, por lo que puede ir en su silla de ruedas a un lado y al otro. En las noches asiste a sus clases de contaduría pública también en la silla de ruedas, pues la universidad queda a unas cuadras de distancia y las calles que las separan son planas. Para estudiar bioquímica no contaba con esa ventaja. Solo lo varan los ascensores dañados y no le gusta pedir a otros que lo ayuden a desplazarse. Dice que prefiere no importunar.

—En la calle a veces me miran con pesar. Con los niños me pasa seguido, dicen cosas desde su inocencia. No me molesta, me da risa. Por ejemplo, al venirnos a la Cuarta Brigada estábamos bajando el trasteo y un niño me vio y le dijo a la mamá: "¡*Ve, este no tiene patas*!". La mamá le llamó la atención. Yo le dije que estuviera tranquila, que los niños son niños.

Un año más tarde recibió las prótesis de sus piernas, pero ha sido difícil. No se ajustan bien y se le caen. Aprendió a caminar con ellas pero le dolían los riñones. La ausencia de rodillas ha hecho todo el proceso mucho más trabajoso.

—Cuando eso ocurre uno se pone cinturones para sostenerlas, pero yo no puedo por la bolsa de la colostomía. He empezado muchas veces muy animado la terapia. Vuelvo, les cojo el ritmo y ¡ay! Otra vez se me caen. Espero unos meses a que las arreglen, vuelvo y me adapto, vienen arregladas, empiezo otra vez animado y otra vez se caen. Así sigue un círculo vicioso. Ahora estoy a la espera de que me entreguen unas más avanzadas.

Aguarda también a que el Ejército determine qué va a ser de él. La junta médica estableció que tenía el ciento veinticinco por ciento de discapacidad, es decir, discapacidad total y una cuota extra porque necesita ayuda de terceros. Él siente que podría realizar cualquier trabajo administrativo, aunque a veces transita por la Plaza de las Armas en la brigada, se encuentra con una formación militar, se detiene a observarla unos segundos y se echa un suspiro con exceso de nostalgia.

—Da guayabo. Extraño la mística militar, las cosas bonitas del Ejército. A nadie le gusta la guerra, y aunque empecé aquí por necesidad, con el tiempo fui cogiéndole amor. Solo por eso uno se aguanta ir al monte a dormir mal, a comer mal, a estar lejos de la familia. Creo que sigo activo porque estudio, me dieron la oportunidad de que me prepare y me gradúe. Por lo que he visto, al que termina de estudiar le dan la baja. Me faltan cinco semestres de carrera, toca esperar a ver si otra fundación me

ayuda con los semestres que me faltan o a conseguir trabajo al graduarme. Yo sé que puedo hacerlo.

***

Una hora antes del accidente, el suboficial Loaiza y un soldado, cubiertos por unos árboles inmensos que poco espacio dejaban para la luz del sol, discutían un viejo mito que circula en el Ejército: si las minas están marcadas con el nombre de quienes las van a pisar. William Loaiza dudaba. Entrecerró los ojos, frunció las cejas y le preguntó a su compañero:

– ¿Será que es cierto?

MANUEL, EL CANGREJO

–Mis compañeros me dicen Cangrejo.

Cuando el mayor Manuel Cardona López habla sus manos revolotean por arriba, por abajo, por delante, por detrás. Las abre o las cierra para hacer énfasis en ciertas sílabas, así como hace con sus ojos verdes. Aunque más que hablar, él, director de Explosivos y Guerra contra Minas del Ejército, quien maneja las estadísticas de militares heridos o muertos con minas en todo el país, dispara ráfagas de palabras: va de anécdota en anécdota como quien cruza un río brincando entre piedras. Si lo que dice demanda seriedad, pone los codos sobre su escritorio e inserta los dedos de su mano izquierda en la media luna que tiene por mano derecha, que se forma con el pulgar y el meñique –que tampoco es propiamente un meñique–. Esa media luna le valió el apodo de Cangrejo.

Manuel hoy en día es director de Explosivos y Guerra contra Minas del Ejército. Fotógrafa: @ María Paula Durán para el CNMH.

—Esta mañana me pasó algo: tomábamos unas onces para despedir a un compañero de Brasil, se iba de regreso a su país. Había unos pandeyucas y apenas los vi les dije a los de la cafetería que los iba a denunciar porque yo no había cedido mis derechos de autor. ¡*Tráiganme al jefe*!, les dije.

— ¿Qué fue, mi mayor?
— ¡Esos pandeyucas son como mi mano y a mí nadie me pidió permiso!

Arroja tremendo comentario y ni siquiera se ríe. Es chistoso y cruel a la vez, él lo sabe, pero lo que espera es que su interlocutor aprecie su sentido del humor. Ese mismo que lo ha llevado a posar en fotos junto a una langosta: es la imagen de un animal y un hombre que tienen en común extremidades que parecen tenazas.

—Ya me he acostumbrado. No me da miedo mi mano, no me da pena lo que soy. Soy mochito, sí, sí, pero me gusta hacer cosas. Hasta me volví ambidiestro. Yo utilizo navajas. Si necesito apretar una tuerca o pelar una naranja, saco mi navaja y listo. La que tengo ahora mismo —saca del bolsillo izquierdo de su pantalón una negra— es una Victorinox. Esto, mire, es una pinza para explosivos. MacGyver tenía una suiza, ¿no? A mí me apasionaba mirar MacGyver. De niño mi mamá me llamaba: '¡Vení para acá, Manuel!', y yo le decía: '¡No me digás así, decime MacGyver! ¡O Kapax!'. ¿Sí sabe quién es Kapax?

En el Amazonas me tomé fotos con él. Ya está muy señor. Ahora es la figura de mostrar en un hotel. En fin. ¿En qué iba?

Cuando tenía veinticinco años y el accidente con la mina recién había sucedido, quería que le implantaran la mano de un muerto. Estaba convencido de que ese era el modo de contrarrestar el perjuicio que la mina había causado en su cuerpo y así se lo manifestó al doctor Steven Moran, director del Centro de Cirugías para Trasplantes Reconstructivos de la clínica Mayo en Rochester, un pequeño pueblo en el norte de Estados Unidos. El médico, sin embargo, le advirtió que tal decisión empobrecería su calidad de vida, que tendría que tomar corticoides para siempre.

—Entonces no hubiera podido tomarme ni una copita de vino. Aunque no me gusta el trago, ni soy fumador. Bueno, en 2000 me gradué y compré unas pipas. Se me hacían elegantes, era por probar. Ahora que lo pienso, de pronto las compré por el señor Juan. Él era amigo de mi abuelito Manuel y fumaba pipa. De niño me agradaba estar con gente mayor. No de la edad de mi mamá, no, no, no, sino como mi abuelito. Con los adultos aprendí que la crítica era buena. Soy militar pero me gustaba mucho Gustavo Petro como senador y opositor. ¡Pero malísimo administrador! Ojalá volviera a ser congresista porque esos son los que sirven, no como el fallecido senador Barco, que era un cacique. En fin. ¿En qué iba?

La explosión, el mayor Manuel Cardona no se explica por qué, no hace parte de sus recuerdos pero le dejó un recordatorio de por vida: una mano que simula la forma de una media luna. Fotógrafa: @ María Paula Durán para el CNMH.

Resultó en la clínica Mayo, una de las más reputadas del mundo, por donde pasó incluso el escritor estadounidense Ernest Hemingway, en 1960, para recibir terapia de electrochoques cuando estaban "de moda" con los pacientes siquiátricos. Su destierro hacia esa pequeña localidad del estado de Minnesota, de menos de ciento veinte mil pobladores, era consecuencia del accidente que había vivido el 30 de marzo de 2005 en el Meta, en el municipio de Puerto Rico, en la vereda El Danubio,

mientras hacía parte de una operación del Plan Patriota: la gran ofensiva del gobierno Uribe contra las Farc –la más intensa en la historia del conflicto–. Dos días antes había llegado a la zona a limpiar una escuela sitiada por minas en donde habían caído heridos un capitán, dos suboficiales y nueve soldados.

Manuel Cardona, comandante del grupo de Manejo de Artefactos Explosivos (Marte) de la Cuarta División y responsable de "cualquier cosa que tuviera que ver con explosivos", fue solicitado en la escuela de El Danubio por la Brigada Móvil Número Cuatro. El 28 de marzo de 2005 ahí se encontraba a las nueve de la mañana, con un soldado de apoyo y con la misión de desenterrar los artefactos que habían sido colocados con ahínco en el lado derecho de esa casa de ladrillos descuidada, de un solo piso, donde estudiaban niños de la vereda. Notó que el encargado de explosivos del Frente Veintisiete de las Farc, su contraparte, ponía tapas de botellas de jugo para marcar las posiciones de las minas; de la tapa apenas si se veía una parte. Tomó el detector de metales y comenzó a sondear la tierra y a buscar las tapas.

A las seis de la tarde, Manuel Cardona y el soldado que lo asistía habían encontrado y destruido casi sesenta minas.

– ¿Se ha visto la película The Hurt Locker? Ese es el traje especial para los que trabajamos con explosivos.

Así no entré yo a la escuela de El Danubio. Iba con protección básica no más. Es que ese traje pesa muchísimo. Garantiza que lo entierren a uno completo, no que uno quede vivo. Desde que ingresé a mi Ejército siempre he trabajado con explosivos. Recién graduado de la Escuela de Cadetes, en el segundo semestre del año 2000, terminé ayudando a construir la base subterránea de Cerro Grande, el cerro más alto del Magdalena Medio, en la vereda Chorrolágrima de Remedios, Antioquia. Desde ahí se pueden ver Barrancabermeja y Puerto Berrío cuando está despejado.

En el Magdalena Medio, Manuel Cardona ingresó al mundo de los explosivos y destruía rocas para la construcción de esa base subterránea. Con poca frecuencia participaba en combates.

—Nos tocaron hostigamientos de la guerrilla, hicimos capturas de gente del cartel de la gasolina. Eran cositas pequeñas, no voy a decir: guau, qué Rambo. Había grupos paramilitares también. ¿Sabe cómo sabía? Porque en el Magdalena Medio no había ladrones. La gente salía con cadenas de oro, dejaban las llaves en los carros con los vidrios abajo y las puertas sin seguro. Lo que decían, es horrible, era que los ladrones amanecían flotando en el río Magdalena. Mientras permanecí ahí, solo una vez me enteré de que alguien amaneció en el agua.

Del Magdalena Medio fue enviado para el Batallón de Combate Terrestre Número Veintinueve en la

región ABC: Arauca, Boyacá y Casanare. Con ese grupo y con otros, a finales de noviembre de 2002, se fue a buscar un campamento del Eln que, según le había dicho un desertor de esa guerrilla al jefe de operaciones de la Brigada Dieciséis, hospedaba a por lo menos ochenta combatientes curtidos. En total, casi un centenar de militares se desplazaron a un punto rural de Paz de Ariporo, piedemonte llanero de Casanare, conocido como Barronegro —cerca de un resguardo indígena uwa llamado Chaparral-Barronegro—. Al llegar sostuvieron algunos combates, pero descubrieron que ni eran ochenta guerrilleros ni era curtidos. Se trataba de unos jóvenes recién reclutados.

Paz de Ariporo, entretanto, se había quedado sin protección. Apenas un teniente y veinte uniformados, del Grupo Mecanizado Guías del Casanare, habían hecho presencia para reforzar la seguridad por si algo sucedía. Y así fue. Al tiempo que los militares se daban cuenta de que el campamento no era lo esperado, un comando de unos doscientos guerrilleros se enfilaba hacia la vía que conduce desde Paz de Ariporo hasta Hato Corozal, en donde las Farc habían establecido un retén ilegal. El teniente y sus hombres, alertados por habitantes del pueblo, salieron con el propósito de disipar el retén pero ignoraban la cantidad de refuerzos de la guerrilla.

—Mataron a trece soldados y un cabo, fue un desangre total. Apareció la ministra de Defensa,

Marta Lucía Ramírez, berraquísima con los generales y los coroneles. Los regañó, los gritó. Hizo meter al otro día a las Fuerzas Especiales, a la Fuerza Aérea, a todo el mundo. Salieron con una operación más chichipata... No hubo nada en concreto. Y claro, el Frente Veintiocho viéndonos la cara de pendejos. Como soldado, doloroso. Como colombiano, terrible el engaño. Pero desde el punto de la guerra: es legal. Lo que pasa es que la guerra es fea. Yo le pido mucho a mi Dios que haya acuerdo de paz con las autodenominadas Farc, pero si no lo hay también con el autodenominado Eln, la paz va a ser una mentira. Con las bacrim igual. Nosotros, los que vivimos la guerra, queremos la paz.

***

Durante la infancia que vivió en Pereira, capital de Risaralda, el mayor Manuel Cardona sostuvo una sólida y estrecha relación con su abuelo materno, Manuel López, un campesino que cultivaba café y era dueño de cuatro jeeps Willys. El más antiguo era de color rojo y fue fabricado en 1948.

—Él era de esas personas convencidas del bien común, muy arraigado a la fe católica. Le tenía sus afectos al Partido Conservador, pero cuando mataron a Luis Carlos Galán, que yo tenía nueve años y me gustaba oírlo dar discursos, él fue quien llamó a contarme. Mi abuelo paterno, Israel, era más bien liberal y en sus años de juventud lo detenían por peleadorcito, por

ponerse a criticar al gobierno en plazas públicas. Él sigue vivo, tiene noventa y seis años y una memoria lúcida, y eso que le han dado dos derrames cerebrales. Mi abuelito Manuel me hacía ver el noticiero, me leía y me contaba historias. No pertenezco a la Asociación Colombiana de Historiadores ni nada, pero uno adquiere bagaje cultural y eso cuenta. Aunque a los niños de Colombia no les enseñan de historia ni de los animales que tenemos. De pequeño le escribí a una fundación que sacaba álbumes de animales para expresarle mi preocupación por la existencia del cóndor andino y de los pumas. En fin. ¿En qué iba?

Su pasión de la infancia fueron los elementos indígenas. Los arcos, sobre todo. Inspirado en la serie de Guillermo Tell, un personaje campesino legendario de la independencia suiza reconocido por su destreza con la ballesta, ubicaba a su hermana menor, Yuli, a unos metros de distancia con objetos sobre su cabeza y le lanzaba flechas con su arco de guadua, o quizá de macana —no lo recuerda con precisión—. Un día erró y le causó un enorme chichón en la frente.

—Mi hermanita fue a visitarme al hospital en Villavicencio y estuvo muy pendiente de mí. Vive ahora en Alemania. Es ingeniera química. En la Universidad Nacional, de donde se graduó, tenía compañeras que pagaban treinta mil pesos al semestre. El que quiera estudiar puede, así no tenga plata. Es

como mi lancita, Castaño Gómez Genaro. Su papá tenía una finca de dos hectáreas no más, por allá metida en una vereda de Manzanares, Caldas. Como fue el mejor Icfes del departamento recibió una platica que le ayudó a empezar en la Escuela de Cadetes y se ganó una beca en la Escuela por buen estudiante. Se leyó la Odisea en inglés mientras patrullaba y así aprendió el idioma, ahora está como profesor invitado en Estados Unidos. Y eso que tiene cuatro esquirlas en el cerebro. Es un excelente oficial. Hace como dos años Castaño me dijo que había mandado una muestra de su saliva a National Geographic para que le armaran el árbol genealógico. Yo pagué cien dólares e hice lo mismo.

El resultado llegó a los tres meses. Manuel Cardona, de un metro con sesenta y cinco de altura, tez blanca, ojos claros y pelo rubio, tenía ascendencia indígena. El proyecto de rastrear las raíces genéticas de las personas, patrocinado por la empresa tecnológica IBM y por la Fundación Waitt, lo anunció National Geographic en mayo de 2005. Es decir, cuando Manuel Cardona se aprestaba a salir del Hospital Militar del Oriente en la base militar de Apiay, Meta, para empacar su equipaje e irse a Estados Unidos, a ver si le trasplantaban la mano de un muerto como él quería.

***

En la Clínica Mayo, en Rochester, Estados Unidos, permaneció once meses entre 2005 y 2006. El

invierno le pareció espantoso. Le hicieron una cirugía plástica en el rostro, que hoy es de un hombre de treinta y seis años pero aparenta ser el de un veinteañero.

—Yo era más pinta —dice con una contundencia que nadie se atrevería a refutar—.

En vez de recibir la mano de un muerto, los médicos le hicieron una propuesta que Manuel Cardona tardó treinta días en aceptar: hacer un trasplante del segundo dedo de su pie izquierdo y ponerlo donde solía estar su meñique derecho. Así se hizo tras una cirugía de catorce horas. Para exhibir el resultado de esa transacción, el mayor Manuel Cardona se quita el zapato y la media: los cuatro dedos restantes hacen por cinco, la diferencia a duras penas se nota. La mina le costó un pedazo del talón también, pero las cicatrices de la reconstrucción se pierden en su piel blanquísima. Los injertos para el pie salieron de sus glúteos y de sus muslos. Recién ocurrido el accidente casi le amputan la pierna, así que perder un dedo del pie para poder agarrar cosas con la mano no fue en realidad una pérdida.

La activación de la mina se produjo en un espacio en medio de la selva, cubierto por árboles de treinta metros que quedaron desnudos tras la explosión, en donde la guerrilla había erigido un alojamiento para unas sesenta personas y tres talleres con cortadoras y seguetas para fabricar minas y fusiles rudimentariamente. Dos

plantas eléctricas alimentaban los talleres y éstas, a su vez, se alimentaban con acpm. Al observar esa puesta en escena, la primera pregunta que se le vino a la mente a Manuel Cardona fue cómo carajos habían logrado las Farc introducir todo eso en la selva. Una de las tapas que cubría los depósitos de acpm salió volando con la explosión y se volvió una guillotina improvisada: así fue como perdió todos los dedos de su mano derecha.

– ¿Ha visto la película Kill Bill? ¿Le gusta el cine? Ojalá no le guste mucho el cine de Hollywood, me parece que siempre quieren mostrar un heroísmo norteamericano distorsionando la historia. Bueno, ¿ha visto en Kill Bill cuando la protagonista mocha a los japoneses y les sale ese montón de sangre? Así era con mi mano.

El pulgar fue el único sobreviviente, no se desprendió del todo. Quien lo puso de nuevo en su lugar fue el coronel Sergio Bocanegra, ortopedista, traumatólogo y cirujano de manos. Las demás cirugías fueron en la clínica Mayo y quienes allí se encargaron de su recuperación fueron dos enfermeros que antes habían sido soldados del Ejército estadounidense. Al verlos, pensaba en el soldado enfermero que le había salvado la vida en El Danubio, Meta. Hacia él, solo gratitud.

Lo mismo siente por el oficial de Aviación Ejército, un hombre de apellido Vallejo que, contra los protocolos, forzó la aeronave y partió a rescatarlo sin que lo escoltara un helicóptero artillado; no

quiso perder tiempo esperando a que apareciera uno a pesar del riesgo que implicaba para su propia seguridad. El oficial Vallejo era quien transportaba a Manuel Cardona cada vez que él era solicitado, como comandante del grupo Marte, para resolver algún episodio con explosivos.

En tierra y en el aire Manuel Cardona suplicó que no le avisaran a nadie de su familia, pero esa era una petición que sus compañeros tenían que desatender. Les dijo, entonces, que le informaran a su hermano menor Freddy Andrés, comandante de la estación de Policía de La Pintada, Antioquia.

Su padre, José Cardona, se enteró por error. En Palmira, a donde se mudó con su familia desde Pereira hace más de veinte años, llevaba a sus nietos al colegio y sonó el celular de su hijo; se había quedado con el aparato semanas antes para hacerle unos arreglos. Un compañero de curso de Manuel Cardona creyó que quien hablaba era su amigo y desparramó sus interrogantes al instante en que oyó el "aló" al otro lado de la línea:

—Cardona, ¿es verdad que quedó sin piernas? ¿Es cierto que perdió las manos? Me dijeron que no puede ver, ¿es así?

José Cardona calló un momento, pasó saliva con dificultad y trató de disimular el temblor en su voz. Luego preguntó:

– ¿Cuál Cardona? ¿El del Ejército o el de la Policía?

Así se abrió la puerta que Manuel Cardona se rehusaba a abrir: que su familia se enterara de lo que había sucedido en El Danubio, zona rural de Puerto Rico, Meta, el 30 de marzo de 2005. Había desminado la escuela dos días atrás. Luego había estado en combate con el Frente Veintisiete de las Farc, que cuidaba, lo sabía el Ejército, a un integrante del Secretariado de las Farc que sufría de diabetes –y que moriría en un bombardeo en septiembre de 2010, en La Macarena–: el *Mono Jojoy*.

La noche anterior al accidente había tenido un sueño del que prefirió no contarle a nadie. Soñó que, en medio de un enfrentamiento, había intentado esconderse detrás de algo y un guerrillero lo descubría. Soñó que el guerrillero ponía la boca del fusil contra su pecho y disparaba dos veces. Soñó que, herido, alejaba el arma de su cuerpo, se persignaba con la mano derecha y decía: "Gracias, Diosito, por dejarme vivo".

– ¿Sabe de qué me acordé? La hamaca en la que me alzaron para meterme al helicóptero, en la que yo dormía, era de un niño reclutado por el Eln. La encontré en el Magdalena Medio, en un campamento abandonado donde había tarjetas de identidad de personas menores reclutadas. Era verde, ligera y de tela muy fina, se doblaba y cabía en un puño. Pedí permiso y, como no implicaba nada para inteligencia militar, me la quedé. ¿De qué hablaba

yo? Ah, sí, del accidente. La Cuarta División venía de norte a sur en la operación Destructor, en busca del Secretariado de las autodenominadas Farc, y la Fuerza de Tarea Omega hacía presión de sur a norte. La gente no lo ve, pero el Ejército es de mucho sacrificio. Pero, ¿sabe qué profesión es realmente sacrificada? Las monjas.

Rumbo hacia el río Guaviare, Manuel Cardona y los demás militares hallaron una fábrica ilegal en medio de la selva y pronto se dieron cuenta de que todo el complejo, además de abandonado, estaba minado. Manuel Cardona, como comandante del grupo Marte, fue llamado para que inspeccionara el lugar. Se acercó primero a los alojamientos y notó que a las tablas del piso les habían quitado las puntillas: el peso de alguien hubiera sido suficiente para hundir la tabla y activar algún artefacto. Ahí descubrió siete de esos artefactos. En los tres talleres contiguos donde había cortadoras, seguetas y para fabricar minas antipersonal y fusiles rudimentariamente localizó, cuando menos, otras trece. En un par de horas las destruyó todas.

Para continuar, dado que en su mano no iba un arma sino un detector de metales y sin traje especial, solicitó que una unidad lo escoltara. Primero verificó el área, creó una especie de carril seguro y dieciséis hombres lo siguieron hasta cierto punto, donde se quedaron escoltándolo. Por experiencia sabían que la guerrilla podía estar merodeando, que esa fábrica

podía ser una trampa para ratones. Marcó un punto de incidente en el que dejó un botiquín: ahí tendría que llegar para ser atendido en caso de que algo saliera mal. Luego vio su objetivo: las plantas eléctricas. Eran dos, ubicadas en forma de V. En el medio había una mesa, y sobre esta, partes de fusil y una mina.

—Yo pensé: el man (el de los explosivos de las Farc) quiere que entre por la mesa. Esa mesa era como si le sirvieran a uno un plato de comida que le gusta mucho. Así que decidí entrar por un lado.

Se tendió sobre el suelo lleno de vegetación. Con banderines color naranja fluorescente, que le había dado el Ejército inglés en un curso al que había asistido recientemente, empezó a marcar otra senda segura. Con cuidado, arrastrándose, alcanzó una de las plantas y, de repente, una luz lo enceguеció, escuchó un pito y al reaccionar ya no tenía los dedos de la mano derecha. No veía por el ojo derecho, con dificultad por el izquierdo. La única imagen que percibía era la sangre que salía a chorros de su mano. Con esa misma mano se persignó y dijo: "*Gracias, Diosito, por dejarme vivo*". Igual que en su sueño.

Corrió hacia el punto de incidente mientras gritaba: "¡Mamá, mamá, mamá!". Se tiró boca arriba sobre el pastizal y sintió su pierna derecha en llamas. La miró: su pie derecho pendía y los huesos estaban

expuestos. El soldado enfermero del grupo corrió a auxiliarlo. Exigió que le pasaran un radio para él mismo solicitar el helicóptero, luego pidió que no le avisaran a su familia y, al final, se calló. Ya las fuerzas no le daban. Sentía frío y las imágenes de su vida se convirtieron en una película que se proyectaba en su mente a toda velocidad. Le pidió perdón a Dios y le rogó que no lo enviara al infierno, le solicitó que por lo menos lo despachara al purgatorio. Se resignó y asumió que la muerte venía.

La primera vez que Manuel Cardona encaró la muerte ocurrió cuando era estudiante de la Escuela de Cadetes General José María Córdova, en Bogotá. No tenía más de veinte años.

—Tenía un amigo muy juicioso, hablaba inglés perfecto y un poquito de francés. Pero era muy introvertido, reservado con sus cosas. Empezó a fallar en clase y nadie le prestó atención. Un día que nos tocó hacer turno de centinelas en el alojamiento yo pulía mi casco y escuché un golpe, como si se hubiera caído una cómoda. Otro compañero entró al baño y salió a decirme que a alguien se le había venido la sangre. Corrimos y al entrar... pucha, qué reguero de sangre. Abrimos una de las puertas y ahí estaba mi amigo, desparramado sobre el sanitario, con la cabeza destrozada. Se había colocado el fusil arriba de los dientes. La mamá fue a la Escuela y me abrazaba pero, ¿yo qué le iba a decir? Por ahí

“Lo que me motiva es que ningún niño en el campo quede amputado.” Fotógrafa: @ María Paula Durán para el CNMH.

tengo fotos de él. Se llamaba Jair Fernando Cárdenas Molano.

***

—Esa es mi historia. Fui a Estados Unidos, me recuperé, seguí mi vida en Colombia. Empecé a estudiar ingeniería mecatrónica en 2008. Siempre me gustaron las matemáticas. No es que yo fuera guau, qué man tan volador, pero me iba bien. Seguí en mi trabajo con las minas. Mi proyecto final de carrera fue el modelamiento electromagnético de un detonador eléctrico usado en las minas antipersonales. El Ejército usa ahora un sistema de defensa dirigida, pequeñas cargas que se colocan en las bases con un cable. Si alguien en una garita ve a un enemigo, puede activar la carga de forma remota. Está permitido porque es controlado. Nunca me dieron ganas de hacer algo más, este es mi deber. Esos artefactos afectan a los militares, pero también a los civiles. Lo que me motiva es que ningún niño en el campo quede amputado.

El abuelo Manuel supo del accidente de su nieto favorito, pero el golpe de la noticia lo amortiguó la demencia senil que para entonces ya lo derrotaba. A veces alguien le preguntaba "¿quién es el?" y su respuesta era: "Mi hermano, el soldado". Murió un año después de que su nieto hubiera activado sin percatarse una de las minas que, arrastrándose por el suelo, buscaba para desactivar. La explosión,

el mayor Manuel Cardona no se explica por qué, no hace parte de sus recuerdos pero le dejó un recordatorio de por vida: una mano que simula la forma de una media luna. O, como le dicen sus compañeros, la mano de un cangrejo.

"Por favor, hermano, dispáreme en la cabeza". Con esa súplica recibió el capitán Juan David Arias al soldado que, tras oír la explosión de la mina, había salido corriendo a rescatar a su comandante. El capitán Arias apenas tenía 21 años y había ingresado al Ejército sin entender bien la guerra. Derribado en el piso con una pierna partida en dos, trató de cumplir lo que se había prometido a sí mismo si una mina lo afectaba seriamente: quitarse la vida. Pero no podía. No tenía ni las fuerzas ni las manos para llegar a su fusil.

La historia del capitán Arias es tan dolorosa como común entre los militares víctimas de minas antipersonal, que ya suman más de seis mil según las estadísticas oficiales. Muchos de los que pierden algo con un artefacto de estos (un brazo, una pierna, su espíritu) se ven ante el dilema de acabar con su vida o seguir luchando. De enterrar el héroe que eran para su gente o reinventarse. Los desafíos de estos hombres son del tamaño de sus tragedias y, por eso, quién mejor para contar la guerra que ellos mismos, sus protagonistas: esos hombres que resuelven su destino entre la oscuridad, los animales, las balas y las minas.

ISBN:

PROSPERIDAD SOCIAL
Centro Nacional de Memoria Histórica
TODOS POR UN NUEVO PAÍS
PAZ EQUIDAD EDUCACIÓN
Schweizerische Eidgenossenschaft
Confédération suisse
Confederazione Svizzera
Confederaziun svizra
Embajada de Suiza en Colombia